



La Boda di Mia

El Harén de la Heredera : Libro 2

Lucy Felthouse

La boda de Mia

Libro 2

El harén de la heredera

Lucy Felthouse

Contenido

[Página del título](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

Capítulo Uno

Mia acababa de colocar la tapa de su labial cuando su teléfono emitió un sonido, indicando la llegada de un mensaje de texto. Sonrió; unos segundos antes podría haberla sobresaltado y hecho que se pusiera color en la nariz o algo así. *No* luciría bien. El mensaje probablemente era de Elias o Alex, avisándole de que estaban en camino. Dejó el labial y tomó el dispositivo.

Llego un poco tarde, no te enojés. Te explico cuando llegue. E
xx.

La sonrisa de Mia se desvaneció mientras asimilaba el contenido del mensaje. No estaba molesta porque llegara tarde; parecía que solo sería cuestión de minutos y, al menos, había tenido la cortesía de avisarle. No, era la otra parte del mensaje lo que le preocupaba. El hecho de que tuviera algo que explicar, y que hubiera escrito "*cuando llegue*" en lugar de "*cuando lleguemos*". Se suponía que Alex también iría con él. A menos que estuvieran por recogerlo después. Su casa estaba de camino para Elias, así que tendría más sentido pasar por allí primero y luego dirigirse a casa de Mia. Encogió los hombros. Pronto descubriría qué estaba pasando.

Estoy furiosa. Puede que ya no abra la puerta. Mejor pediré delivery y veré Netflix.

Agregó un emoji de guiño seguido de otro lanzando un beso, para que él supiera que estaba bromeando, y envió el mensaje.

No había terminado de dejar el teléfono cuando volvió a sonar. Puso los ojos en blanco. ¿Tendría una buena respuesta para eso? Probablemente; era el rey de las réplicas ingeniosas.

Sin embargo, el mensaje no era de Elias, sino de Thomas.

No quiero interrumpir tu velada ni lo que venga después, así que te digo buenas noches ahora. Te quiero. Pásalo bien, espero verte cuando vuelvas a casa. Tom x

El corazón de Mia dio un vuelco, como siempre le ocurría al ver, escuchar o incluso pensar en Thomas Walker. La mayoría de las personas encontrarían extraño, por decir lo menos, que el novio de una mujer le mandara un mensaje deseándole que lo pasara bien,

sabiendo que iba a salir con otros dos hombres. Pero ya no había nada ordinario en la vida de Mia.

En las pocas semanas desde la muerte de su padre, un desenlace esperado, pero cuya certeza no había sido menos devastadora, su vida se había puesto patas arriba. No solo había tenido que lidiar con un dolor aplastante, además de la responsabilidad y la burocracia asociadas a la gestión de la herencia, sino que también había recibido un golpe inesperado.

El testamento de su padre, como ella había anticipado, la nombraba heredera única, exceptuando varias generosas donaciones a obras benéficas. Sin embargo, también incluía un requisito, algo añadido más recientemente. Para heredar, debía casarse con un hombre adecuado, según las palabras de su padre, dentro de los doce meses siguientes al entierro. De no cumplir con esta condición, todo pasaría a manos de su desagradable y codicioso primo, Quinn.

Desconcertada, Mia intentó, en un primer momento, invalidar la enmienda del testamento. Su padre había estado tan enfermo y bajo el efecto de tantos medicamentos cuando lo modificó, que creyó que quizá no estaba en pleno uso de sus facultades. Por desgracia, el abogado de la familia le aseguró que se habían realizado todos los controles pertinentes y que la última versión, y su requisito, eran legalmente vinculantes.

Eso la había dejado sin más opción que encontrar un marido. De ninguna *manera* iba a permitir que Quinn se apoderara de la casa en la que había crecido y del resto de las propiedades. Él no tenía ningún interés en mantener los negocios en funcionamiento, negocios de los que dependían muchas personas para su sustento, incluida Mia. Lo único que haría sería arruinarlo todo, vender y malgastar los ingresos.

Poco después de recibir la impactante noticia, dos cosas sucedieron: su suerte cambió y todo se volvió una locura. Conoció a Elias, quien definitivamente cumplía con el perfil de un esposo "adecuado", pero también descubrió que a él le gustaba compartir mujeres con su mejor amigo, Alex. Mientras tanto, ella se había estado enamorando rápidamente de Thomas, quien, al ser el jardinero de la propiedad, no cumplía con los requisitos establecidos

en el testamento de su padre y, por lo tanto, no era candidato para casarse.

Avancemos hasta ahora, y, de alguna manera, estaba en una relación amorosa y muy satisfactoria con Thomas, quien, tras confesarle todo, le había dado su bendición para casarse con Elias, así como para seguir viendo a Alex. Pasó de ser una soltera de largo plazo a dueña de un harén de hombres en cuestión de semanas, y todavía le costaba creerlo. Era apenas el comienzo, y aunque Thomas estaba de acuerdo con la presencia de Elias y Alex en la ecuación, ella todavía no les había mencionado a Thomas. Sin embargo, dado que lo de compartir había sido idea de ellos, se sorprendería si tuvieran un problema con no ser los únicos dos miembros de su "colección". Aunque, cuando había tanto ego masculino de por medio, cualquier cosa podía pasar. Solo esperaba tener razón y que contarles a Elias y Alex sobre Thomas no arruinara todo. No solo les tenía mucho cariño a ambos y estaba emocionada por ver qué le deparaba el futuro con ellos, sino que convertirse en la esposa de Elias Pym resolvería su mayor y más urgente problema: asegurar su herencia.

Escribió una respuesta al mensaje de Thomas:

Saliendo ya mismo. Voy a contarles sobre nosotros. Deséame suerte. Yo también te amo, mucho. Espero verte cuando llegue a casa. Buenas noches xxx

Con una sonrisa, presionó "enviar" y guardó el teléfono en su bolso, sabiendo que él no respondería de nuevo para no interrumpir su velada. No es que a ella le molestara ser interrumpida por Thomas, pero él insistía en que debía tener el tiempo y el espacio para contarle a Elias y Alex, quienes, aunque no lo hubieran dicho explícitamente, venían como un paquete, que Thomas estaba en su vida y que había llegado para quedarse.

El timbre de su puerta sonó. Mia respiró hondo, se miró en el espejo una última vez y agarró sus cosas. Era hora de salir.

Abrió la puerta y se encontró con un sonriente Elias, tan apuesto como siempre con su elegante traje.

—Delivery y Netflix, mis narices. Vamos, preciosa, ¡a disfrutar de la noche!

Mia cerró con llave, guardó las llaves en su bolso y tomó el brazo de Elias. Juntos bajaron los escalones y salieron a la fría noche de enero hacia el taxi negro que los esperaba.

—Me temo —dijo Elias, una vez que estuvieron acomodados en la parte trasera del coche— que Alex no vendrá.

—¿Qué quieres decir con que no vendrá? —preguntó Mia, con un tono agudo.

Elias puso cara de disculpa, pero se encogió de hombros.

—Hubo una emergencia en el hospital. Siendo el cirujano más cercano, lo llamaron. No podía decir que no, ¿verdad?

Mia negó con la cabeza y se dejó caer contra el asiento, sintiendo cómo su corazón se hundía hasta su estómago.

—No, claro que no. Me da mucha pena que no pueda acompañarnos, pero, aunque seamos una compañía fascinante, no contamos como una situación de vida o muerte.

Elias le dio un apretón a la mano, sin soltarla.

—No, definitivamente no. Espero, sin embargo, que yo pueda ser suficiente entretenimiento para ti esta noche.

Mia le devolvió el apretón y luego se inclinó para darle un beso en la mejilla, aspirando al mismo tiempo el delicioso aroma de su colonia.

—Estoy segura de que lo serás. Además, esto es parte de lo que ustedes dos querían decir cuando hablaban de darle a una mujer la atención que merece *entre los dos*, ¿no es así? Alex, lamentablemente, no puede venir, pero como estoy saliendo con los dos, o lo que sea que sea esto, eso significa que no me quedo colgada. Estoy segura de que, en algún momento, serás *tú* quien tenga que cancelar. Estas cosas pasan.

Con una sonrisa, Elias dijo:

—Así es. Aunque en mi trabajo no tengo emergencias de ese tipo, y si las tengo, suelen tratarse más de quién se llena más los bolsillos que de salvar vidas. ¡Pero basta de eso! —añadió con entusiasmo, claramente deseoso de cambiar el delicado tema de su carrera profesional. Aunque Mia aún no entendía por qué le daba tanta vergüenza. Y si lo detestaba tanto, ¿por qué seguía en ello? No

iba a abordar ese tema en particular, no esta noche. Ya tenía un asunto potencialmente espinoso que discutir.

Pero ¿cómo hacerlo ahora? ¿Cómo hablar de la situación con Thomas sin que Alex estuviera presente? Contuvo un suspiro. *Qué demonios. Tendrá que esperar.*

—Entonces —dijo ella—, ¿adónde vamos?

—Tendrás que esperar y ver —respondió él con una sonrisa burlona.

Ella le dio un codazo en las costillas.

—¿Realmente?

—Sí, realmente. ¡Paciencia, mujer! Estaremos allí en... —miró por la ventana, presumiblemente para ver dónde estaban— en menos de diez minutos, si el tráfico lo permite.

—Mmm —Cruzó los brazos y puso cara de disgusto—. Supongo que tendré que esperar entonces.

—No hagas pucheros —Elias le dio un toque en la punta de la nariz—. Hace tiempo que no nos vemos, así que quiero sonrisas y risas, nada de morritos. Aunque sé que estás fingiendo.

—*iNunca* finjo! —exclamó ella, horrorizada.

—Espero que no —replicó él, con una sonrisa que se tornó pícaramente traviesa—. Mi futura esposa merece solo lo mejor, y eso incluye orgasmos. Reales.

El estómago de Mia dio un vuelco. Maldición, casi se había olvidado de eso. Había estado tan concentrada en mentalizarse para contarle a Elias y Alex que no eran los únicos hombres que compartirían su vida, que no le había quedado mucho espacio para pensar en su inminente boda. Pero, técnicamente hablando, aún no estaba comprometida. Habían hablado del tema y lo habían acordado informalmente, pero no había habido propuesta, ni aceptación, ni anillo.

Aún quedaba mucho tiempo para todo eso. Si ella y Elias tuvieran que coger un par de testigos e ir a una oficina de registro en el último minuto, aún contaría, su padre no había especificado el tipo de ceremonia, afortunadamente. Pero eso no era lo que ella quería hacer, y sospechaba que Elias no estaría muy entusiasmado con esa idea, tampoco.

—¿Ooh, tu futura esposa, soy yo? —bromeó, pensando que, dado que el tema de Thomas ya no era pertinente, mejor poner el tema de su compromiso sobre la mesa.

Elias frunció el ceño.

—Por supuesto que lo eres. Sé que no hemos elegido un anillo aún, pero seguimos sabiendo que estamos comprometidos...

Ella se encogió de hombros, esperando que su actitud pareciera más indiferente de lo que realmente sentía.

—De acuerdo, no exactamente. Nunca lo oficializamos, ¿verdad? Más bien hubo un acuerdo verbal algo suelto.

Elias gimió y frunció la nariz.

—Cuando lo dices así, suena espantoso. Sé que para todos los efectos es un arreglo práctico, pero quiero que sea mucho más que eso, Mia —le acarició la mejilla y pasó su pulgar por su piel—. Te he echado de menos.

El calor floreció donde él la tocaba, irradiando a través de su rostro y bajando por su cuello. Ella sonrió y puso su mano sobre la suya.

—Yo también quiero que sea más. Y también te he echado de menos. Ha sido un mes largo, ¿verdad?

Él asintió, luego desvió brevemente su atención para mirar por la ventana.

—Sí, pero con suerte, esta noche lo compensará, a pesar de la ausencia de Alex. Además, estoy seguro de que apreciaste el tiempo a solas después del... trastorno del final del año pasado.

Un pellizco de culpa la golpeó en el estómago. No se lo había dicho ni a él ni a Alex que había estado sola, ellos lo asumieron, y ella simplemente no se los aclaró. Era más omisión que mentira directa, y solo era porque quería hablar de Thomas con ellos cara a cara que no había dicho nada aún. Estaba intentando hacer lo correcto y, sin embargo, se sentía horrible por ello, más aún ahora porque la ausencia de Alex significaba un retraso adicional. Aun así, no podía hacer mucho al respecto. ¿Iba a decirle a Elias y dejar que él pusiera al día a Alex? No era la solución ideal, pero tal vez mejor que esperar hasta que las agendas de los tres coincidieran

nuevamente. Eso podría llevar otro mes, especialmente con la carga de trabajo insana de Alex.

—Sí... sobre eso —comenzó tímidamente, pero no pudo continuar ya que el coche se detuvo.

—Mantén esa idea, cielo —dijo Elias con entusiasmo, sacando algo de dinero del bolsillo interior de su chaqueta y luego bajándose del taxi.

Acostumbrada a al menos uno de sus caprichos a estas alturas, ella permaneció quieta hasta que él pagó al conductor y dio la vuelta para abrir su puerta. Ella tomó la mano que le ofreció y salió del vehículo.

—Siempre un caballero. Gracias.

—De nada —asintió al conductor del taxi y cerró la puerta.

Mientras el vehículo se alejaba, Mia se envolvió más en su chal y miró a su alrededor para intentar averiguar dónde se encontraban. Estaban en una especie de plaza, rodeados de edificios elegantes y caros, y algunos botes se mecían en el agua frente a ellos, pero no era el Támesis. Bueno, no la parte principal, esto tenía que ser una ramificación de algún tipo, un puerto.

No había estado prestando atención durante el viaje, ¿cuánto tiempo habían estado en el auto? No lo sabía. Lo único que tenía claro era que habían viajado aproximadamente hacia el sureste.

—Vamos —dijo Elias con una sonrisa, apretándole la mano—. Prometo que todo se revelará muy pronto.

Ella lo siguió, algo aturdida, mientras él la conducía por el borde izquierdo de la plaza, que estaba bordeada de bancos y grandes jardines. Cuando llegaron a un hueco en los edificios y pasaron el último, la vista se abrió hacia su izquierda. *Allí estaba* el Támesis. Continuaron sobre un puente peatonal, pasaron otro edificio de aspecto caro y se dirigieron hacia un muelle que sobresalía en el río. Un cartel decía: *Bienvenidos al puerto de Chelsea*. Siguieron sobre una pasarela, cruzaron un puente y llegaron a una pequeña plataforma. Algunas personas hacían cola para los servicios programados de barco por el río, con sus tarjetas Oyster y pases de viaje listos, pero ella sospechaba que no era ese su destino.

Como era de esperar, Elías movió la cabeza hacia un pequeño pero hermoso barco amarrado en un costado de la plataforma. Un hombre estaba de pie en el muelle junto a él, bien arropado contra el frío y claramente esperándolos.

—¿Qué te parece?

Con una sonrisa, ella respondió:

—Mientras tengan la calefacción puesta, estoy dispuesta.

Se frotó el brazo con la mano libre, su chal delgado no estaba haciendo mucho para ahuyentar el aire frío.

—Oh, Mia, lo siento mucho—declaró él, con los ojos muy abiertos por la preocupación—. Debería haberme asegurado de que trajeras un abrigo.

Soltó su mano, solo para envolverla con un brazo alrededor de los hombros, abrazarla y frotarle los brazos.

Ella se encogió de hombros.

—Soy adulta—o eso me dice mi certificado de nacimiento—. Debería haber pensado en eso yo misma. Vamos, subamos. Quiero ver qué tienes planeado.

Elías sonrió ampliamente.

—¿Te refieres a que quieres ponerte en un lugar cálido?

—Sí, eso también.

Capítulo Dos

—Vaya—dijo Mia al abordar el barco y ver el interior—. Esto es *impresionante*. Es como una limusina sobre el agua.

—Es *exactamente* lo que es, señora—dijo el hombre que ella asumió era el capitán, sonriendo—. Aquí tiene todo lo que necesita: champán, por supuesto, minibar, control climático, sistema de música e incluso WiFi. Solo entre, siéntese y disfrute del viaje.

Elias estrechó la mano del hombre.

—Vamos a hacerlo, muchísimas gracias.

Pasaron por la puerta, y Mia caminó con cuidado por el pasillo mientras se acostumbraba al movimiento del barco en el agua, observando los asientos, probablemente de cuero italiano, la alfombra de lujo, las superficies de madera pulida, la iluminación ambiental proporcionada por focos en el techo, la hermosa exhibición de flores junto al cubo de hielo que contenía el champán... *Ha puesto un montón de esfuerzo en esto. Pero supongo que estamos técnicamente en nuestra primera cita. No estoy segura de que el fin de semana con el Aventador cuente, ¿verdad?*

Sonrió con cariño al recordar el fin de semana que ella, Elias y Alex habían disfrutado en Kent, mientras recorría un circuito en un deportivo absurdamente caro. Elias había ganado la experiencia para ella en una subasta benéfica, la subasta en la que los tres se habían conocido por primera vez, y Alex que no andaba corto de dinero, había ido un paso más allá alquilando el circuito para ella para que pudiera realmente poner el coche a prueba.

Hubo un suave golpe, y Mia se giró para ver que Elias había cerrado la puerta, sellándolos en la cabina y, afortunadamente, manteniendo el frío fuera. Sintió algo de lástima por el capitán, pero parecía estar bien abrigado. Al menos no estaba lloviendo.

—¿Qué te parece? —preguntó Elias, quitándose la chaqueta y colocándola cuidadosamente, casi como si fuera un recién nacido, sobre uno de los asientos. Le dio una pequeña palmada antes de enderezarse.

—Es precioso. Ya me encanta.

El motor del barco rugió, y no intentaron hablar durante un momento hasta que la máquina se acomodó en su ritmo y el capitán comenzó a alejarlo del muelle.

—Me alegra. ¿Nos sentamos?

Se acomodaron en los lujosos asientos de cuero color crema en la parte trasera del barco, de modo que podían mirar hacia la izquierda y derecha para admirar las diversas vistas y puntos de referencia de la ciudad, en lugar de tener la espalda hacia ellos.

—¿Te gustaría algo de champaña? ¿O algo de comer? —Indicó una bandeja de aperitivos, incluyendo uvas, queso y vol-au-vents.

—Todavía no. ¿Me vas a decir a dónde vamos?

Elias arqueó una ceja.

—A Londres, por supuesto.

Ella puso los ojos en blanco.

—Muy gracioso.

—Está bien, está bien. Si te digo nuestro destino, ¿prometes relajarte y disfrutar del viaje?

—Trato hecho.

—Vamos a un hermoso restaurante a orillas del río en Canary Wharf.

—De acuerdo. Pero podríamos haber tomado un taxi hasta allí. O el metro.

Ahora fue el turno de Elias de poner los ojos en blanco.

—Por supuesto que podríamos haberlo hecho. Pero ¿dónde está tu imaginación? Quiero darte un buen momento, así que puedo hacer algo mejor que un taxi o el metro. Si tuviéramos prisa sería diferente, pero pensé que un viaje relajado por el río sería un comienzo maravilloso para la noche. Londres es tan hermosa de noche, especialmente desde el punto de vista de un barco.

Ella cedió con un asentimiento.

—Tienes razón, esto es un comienzo maravilloso para la noche. Nunca he estado en el Támesis de noche. Gracias.

Parte de ella quería decir que deseaba que Alex estuviera con ellos, pero no quería que Elias tuviera la idea equivocada y pensara que no quería pasar tiempo a solas con él, o que no era suficiente para ella por sí mismo. Reprimió un suspiro: los egos masculinos

podían ser cosas muy frágiles, y dado que ahora tenía que lidiar con tres de ellos, tenía mucho trabajo por delante. Pero, se recordó con una sonrisa, valía la pena, porque tres de los hombres más guapos del planeta eran todos suyos.

—Oye —le dio un suave empujón Elias—. Pareces el gato que se comió al canario. ¿Por qué estás tan contenta?

—Oye tú —lo empujó de vuelta—. Tú fuiste el que me hizo prometer relajarme y disfrutar del viaje. Así que estoy cumpliendo mi promesa.

—No puedo discutir con eso —Elias pasó su brazo alrededor de sus hombros, la atrajo hacia él y le dio un beso en el cabello—. Disfrutemos juntos de lo que esta maravillosa ciudad tiene para ofrecer.

Ella se acurrucó más en su abrazo y suspiró con satisfacción. Miraron por las ventanas, girando la cabeza de vez en cuando, como si estuvieran viendo un partido de tenis en cámara lenta, contemplando las vistas. Gran parte de lo que podrían ver durante el día estaba envuelto en oscuridad. Pero el contraste entre la oscuridad y la luz eléctrica hacía que lo que podían ver se destacara aún más: impresionantes edificios de apartamentos a orillas del río, barcos de todas las formas y tamaños balanceándose en sus amarres, el impresionante tramo del Puente de Battersea y luego la estructura más delicada del Puente de Albert. No mucho después, apareció a la vista el primer hito verdaderamente inconfundible: las torres de la Central Eléctrica de Battersea, aunque todavía estaban un poco lejos de ellas.

—¿Seguro que no quieres un tentempié? —preguntó Elias—. ¿Un vaso de agua? Estoy seguro de que tienen otras cosas no alcohólicas en el minibar; sé que no te gusta beber mucho alcohol con el estómago vacío.

—Nada de comer por ahora, gracias, pero el agua estaría genial. Gracias.

Se permitió mirar detenidamente su trasero impresionante en sus pantalones a medida mientras él se dirigía con cuidado al minibar y luego se inclinaba para mirar adentro. Tal vez más tarde, después de cenar, podría tener una vista aún mejor de él, preferiblemente sin

ropa. Sabiendo que él no podía verla, sonrió y rápidamente se la quitó del rostro cuando Elias se volvió con una botella en la mano.

—¿Con gas o sin gas?

—Sin gas. Gracias.

Elias se reunió con ella un momento después, con una botella de vidrio en cada mano.

—¿Podrías sostenerlas por un momento?

Ella las tomó. Elias no tardó en sacar dos vasos de los soportes incrustados en los lados del barco y luego verter agua en cada uno. Le pasó el suyo.

—Gracias —dijo ella.

—De nada —él sonrió, luego tomó un sorbo de su propia bebida y se acomodó en su asiento mientras se acercaban a la icónica central eléctrica.

Se relajaron en silencio por un rato, aun disfrutando de las vistas, hasta que aparecieron los primeros signos de que se acercaban al centro de Londres.

—Esto es simplemente impresionante —dijo Mia, mirando de un lado a otro tanto que temía torcerse el cuello—. Y ni siquiera hemos llegado a los hitos más obvios todavía.

—Me alegra que te guste. Esta fue otra recomendación de uno de mis colegas de trabajo.

Ella sonrió, recordando el hotel en el que se habían alojado en Kent, completo con un chef con estrella Michelin a cargo de su restaurante, había sido sugerido también por uno de sus colegas.

—Bueno, tus compañeros de trabajo tienen un gusto impecable, así que por favor diles que sigan sugiriendo ideas.

—Oh, lo haré, no te preocupes por eso. Me gusta ver tu rostro lleno de asombro como lo está ahora.

Su estado de ánimo decayó, pero le tomó un momento o dos averiguar por qué. Eligió cuidadosamente sus siguientes palabras, sin querer molestarlo ni sonar desagradecida.

—Aunque lo estoy pasando de maravilla esta noche, Elias, al igual que en Kent, no tiene que ser así todo el tiempo, ¿sabes? Disfruto pasar tiempo contigo y conocerte mejor. Se trata de tu compañía, y la de Alex, por supuesto, no sobre los lugares increíbles

que podemos visitar o ver a continuación. Estaría igualmente feliz con una hamburguesa en algún pub local.

—¿O Delivery y Netflix? —respondió él, con un brillo en los ojos.

—O Delivery y Netflix —ella estuvo de acuerdo.

—Entendido. Y lo sé, Mia. No será todo viajes en barco privados y restaurantes junto al río con nosotros, pero quiero que esta noche sea especial. Espero que esté bien.

—Por supuesto que está bien, Elias. Solo estaba comprobando que estamos en la misma página, eso es todo. Hemos sido increíblemente honestos el uno con el otro sobre muchas otras cosas, algunas enormes, y pensé que esta debería ser una de ellas. Aprecio que me lleses a noches o días espectaculares, pero quería enfatizar que no lo necesito, quiero o espero todo el tiempo. Mientras estemos juntos y nos divirtamos, no me importa lo que hagamos.

—En ese caso, creo que definitivamente estamos en la misma página. —Las comisuras de sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa secreta, pero antes de que ella pudiera preguntarle, el London Eye apareció, iluminado maravillosamente con bombillas de colores, y ella se olvidó de todo.

A pesar de vivir todo el tiempo en la ciudad, Elias parecía tan asombrado como Mia mientras flotaban junto a algunos de los lugares más icónicos de Londres: la sede del MI6, la Tate Britain, apenas visible entre los árboles que bordean la orilla, el Palacio de Lambeth, las Casas del Parlamento, el London Eye, ahora cerca y lleno de personas que también admiraban la ciudad desde un punto de vista diferente.

Ninguno de los dos habló durante un tiempo, hasta que la voz de Elias irrumpió en su cabeza.

Su atención había sido capturada por The Shard, que se alzaba en el cielo nocturno, y parpadeó, volviendo su mirada hacia él.

—¿Eh, qué? —Aclaró su garganta—. Quiero decir, ¿perdón? Lo siento, estaba distraída.

Elias se rio y señaló el enorme barco que se acercaba por su lado derecho.

—Dije, ¿has estado alguna vez en el HMS Belfast?

—No. ¿Y tú?

Él negó con la cabeza.

—No desde que era un niño. Es una tontería, ¿verdad? Cuando no vivía en Londres, cada vez que solía venir a visitar con mi familia, siempre hacíamos cosas de turistas. El Museo de Ciencia, el Museo de Historia Natural, el Palacio de Buckingham, la Torre de Londres... lo que sea, probablemente lo hicimos. Pero ahora que vivo aquí y tengo todas estas increíbles vistas y atracciones justo en mi puerta, no me tomo el tiempo para verlas.

Mia se encogió de hombros.

—Sé a lo que te refieres. Cuando estaba en la universidad aquí, o estaba en clases, estudiando o de fiesta con amigos. Tuvimos picnics ocasionales en los parques reales durante los meses más cálidos, pero eso fue todo. Luego, desde que compré mi casa en Holland Park, siempre tuve una razón específica para venir a Londres: reuniones de negocios, ponerse al día con amigos, pero sin tiempo para ser un turista. Supongo... —le dio una sonrisa tímida—, ahora que estaré en Londres más a menudo y por placer en lugar de trabajo, podré hacer más turismo. Estoy bastante segura de que visité muchos de los lugares más obvios cuando era niña, también, pero no lo recuerdo, o solo tengo recuerdos vagos, por lo que será como empezar de nuevo.

Tomó un sorbo de su agua.

Con una sonrisa, Elias dijo:

—Estaría encantado de empezar de nuevo contigo, ser un turista. Estoy seguro de que Alex también lo estaría. — De repente, su rostro se frunció en una mueca.

—Pero no pienses que tienes que venir a la ciudad todo el tiempo, Mia. Te lo dije antes, y sé que Alex siente lo mismo: estoy feliz de ir hacia ti también, los fines de semana. Me encantaría ver dónde creciste, la casa, los terrenos, el pueblo, los alrededores.

—Y me encantaría mostrarles los alrededores también. A los dos. Tendremos que organizar algo pronto, ¿verdad? Tal vez la próxima vez que Alex tenga un fin de semana libre. Los jardines no están en su mejor momento en esta época del año, aunque Tom hace un trabajo fantástico manteniéndolos increíbles todo el año.

Sonrió mientras la imagen de él ayudándola a decorar un gran pino para Navidad aparecía en su mente.

—No pasará mucho tiempo antes de que empiecen a brotar pequeños retoños, imagino. No tengo ni idea de cómo se llaman la mitad de las plantas, pero Tom siempre está dispuesto a explicármelo.

Elias levantó una ceja y las comisuras de su boca se contrajeron.

—Oh, ¿es así? ¿Y cuántos años tiene este tal Tom, exactamente?

El rostro de Mia se encendió de calor. *Vaya forma de meter la pata. ¡Estúpida! Ni siquiera deberías haber mencionado su nombre.*

—Ja, ja —soltó con esfuerzo, aunque incluso a sus propios oídos sonó débil—. No es lo que quería decir.

Lo cual era bastante cierto. Thomas siempre estaba dispuesto a hablarle sobre el jardín, sus plantas, arbustos y árboles, sus planes para mejorarlo. Su entusiasmo era tal que parecía desbordarse de él hacia ella.

—Es excelente para mantenerme al tanto de sus planes, lo que va a aparecer después y todo eso. Para ser solo él quien cuida los jardines, hace un trabajo asombroso manteniéndolo todo bajo control.

Esta vez, ambas cejas de Elias se alzaron.

—¿En serio?

¡Maldición! Ella desvió la mirada de nuevo hacia la ventana.

—¡Oh, mira! ¡La Torre de Londres y el Tower Bridge! ¡Casi nos los perdemos!

Sintió, más que vio, cómo Elias entrecerraba los ojos hacia ella, pero se negó rotundamente a apartar la mirada del impresionante castillo y su puente vecino.

Después de unos minutos, alzaron la vista hacia el tragaluz del barco para admirar la parte inferior del puente y el piso de vidrio parcial de su segundo nivel. Luego, Mia se giró para mirar por la ventana trasera, desesperada por mantener la apariencia de estar completamente fascinada por todo, de modo que Elias no volviera a la conversación anterior. Con suerte, lo olvidaría pronto.

En ese momento, un autobús rojo de dos pisos cruzó el puente, ofreciendo una vista tan absolutamente *londinense* que el corazón

de Mia se encogió con una inesperada sensación de ternura.

—Hermoso —susurró.

—Sí. Parece que estoy rodeado de belleza esta noche.

Cuando ella se giró para reprenderlo por su cursi comentario, lo encontró mirándola con una expresión tan intensa en el rostro que la dejó muda y con la boca súbitamente seca. Una parte de su cuerpo, mucho más abajo que su corazón, se contrajo. *Oh, ¿Cómo se supone que voy a regañarlo si me mira así? Pero parece que se ha olvidado de Tom. Debería estar agradecida por eso.*

Elias le retiró con suavidad el vaso de la mano y lo dejó, junto con el suyo, en la superficie plana más cercana. Luego se acercó de nuevo a Mia, le tomó el rostro entre las manos y le dio un beso ardiente, de esos que te encogen los dedos de los pies, y que amenazaba con hacerla olvidarse de Thomas también.

Capítulo Tres

Para cuando salieron de su beso, y solo lo hicieron porque la situación se estaba volviendo tan intensa que Mia estaba dolorosamente consciente de que el capitán estaba a unos pocos pies de ellos, los rascacielos de Canary Wharf ya se veían cerca. Como el barco había reducido la velocidad y estaba virando lentamente hacia la izquierda, Mia adivinó que era allí donde desembarcarían.

—¡Oh! —dijo, mirando hacia los bocadillos y el champán que no habían tocado.

—¿Qué sucede?

Ella señaló.

—No comimos nada de los bocadillos ni abrimos el champán. ¡Qué desperdicio!

Elias sonrió.

—Vamos a ir al restaurante más increíble de la ciudad, posiblemente del país, en un minuto. Honestamente, probablemente estarás contenta de haber dejado espacio en el estómago. En cuanto al champán, no está desperdiciado si no se ha abierto aún. ¿Quieres que lo traiga?

—Está bien. El restaurante no estará muy contento si entras con una botella de champán en la mano. Siento que no hayamos probado nada.

Con un encogimiento de hombros, Elias respondió.

—No estoy preocupado. No necesitamos alcohol para divertirnos, ¿verdad? Y puedo decir con sinceridad que este viaje por el río ha sido perfecto. —La besó en la mejilla—. ¿Te gustaría mi abrigo cuando salgamos?

—¿Está lejos el restaurante? —Miró cautelosa por la ventana. No iba a estar mucho más cálido afuera que cuando se habían subido al barco.

—De ninguna manera. Está justo enfrente del muelle. Mira —señaló—, justo detrás de esos árboles, allí.

—Ah, claro. Excelente. En ese caso, estaré bien solo con mi chal. Apenas estaremos afuera.

Elias se levantó primero, tomó su chaqueta y se la puso, revisando disimuladamente sus bolsillos mientras alisaba la prenda. Abrochó los botones, luego, aparentemente satisfecho con su apariencia, extendió la mano hacia Mia. Ella la tomó y permitió que él la levantara suavemente. Se dirigieron a la parte delantera de la cabina, caminando con cuidado mientras las olas hacían balancear el barco. Se quedaron detrás de la puerta hasta el último segundo, luego Elias la abrió y ambos se sorprendieron al sentir el frío que entró y los golpeó.

Mia apretó los dientes mientras seguía a Elias del barco al muelle, donde el capitán estaba esperando, habiendo asegurado de manera algo suelta el barco al muelle. Elias la soltó momentáneamente de la mano y se acercó a él.

—Eso estuvo fantástico, muchas gracias.

Los dos hombres se dieron la mano y el capitán respondió.

—No hay problema, señor. Me alegra que lo hayan disfrutado. Espero que recomienden la compañía a sus amigos. Y ustedes, señora, ¿le ha gustado el viaje? —Miró a Mia.

Ella asintió entusiastamente.

—Muchísimo, gracias. Me dio una perspectiva completamente diferente de la ciudad, y el barco en sí es hermoso. Me ha encantado cada minuto.

Sonriendo calurosamente, él respondió.

—Qué buena noticia. Si ustedes están contentos, yo también.

—Entonces debería estar muy feliz. —Le devolvió la sonrisa.

—Sí, —intervino Elias, poniendo un brazo alrededor de la parte baja de la espalda de Mia y acercándola a él—. definitivamente debería. Ahora debería llevar a esta hermosa dama adentro antes de que se enfríe demasiado. Gracias de nuevo.

—Disfruten el resto de su noche, ambos.

—Seguro que lo haremos, gracias, —dijo Mia.

Elias sonrió y asintió al capitán, luego él y Mia giraron y se dirigieron a lo largo del muelle hasta tierra firme. Después de detenerse para dejar pasar a un par de corredores, continuaron

hacia el restaurante. En ese momento, el estómago de Mia rugió. Se llevó una mano a él, atrayendo la atención de Elias.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo tengo hambre, eso es todo.

—De acuerdo, porque te espera una gran sorpresa. La comida aquí es increíble.

—Estás lleno de elogios para este lugar, ¿eh? ¿Eres en parte propietario o algo así?

Él se rio, luego negó con la cabeza.

—No, pero confieso que soy algo así como un cliente habitual. Está cerca del trabajo y de casa.

El corazón de Mia dio un brinco. ¿Eso quería decir que estaría lleno de personas que él conocía? ¿Estaba a punto de ser presentada a un montón de amigos y colegas de Elias sin previo aviso? No estaba preparada para todo eso aún, especialmente porque ni siquiera sabía cómo la presentaría él. ¿Una amiga, su novia, su prometida? Y cualquiera que fuera la forma en que la presentara, ella tendría que reaccionar en consecuencia.

Detuvo su marcha, tirando de Elias para que también se detuviera junto a ella.

—Oye, —él le puso una mano en el hombro y la miró a los ojos, preocupado—, ¿qué sucede?

—Yo... —Ay, ¿cómo lo expresaría sin parecer antisocial? Claro que quería conocer a sus otros amigos en algún momento, preferentemente antes de la boda, pero todo seguía tan... incierto en este momento. Sonrió de manera tensa y optó por ser brutalmente honesta—. ¿Habrá un montón de gente ahí que conozcas? Porque no estoy segura de estar lista para eso. Ni siquiera sé cómo me presentarías, y no quiero meterte en problemas diciendo o haciendo lo incorrecto y...

—Mia —respondió él con firmeza, apretándole un poco el hombro—, cálmate. No hay nada de qué preocuparse. Sí, hay una ligera posibilidad de que haya alguien que conozca, pero esta noche es para nosotros, y los demás lo respetarán y nos dejarán tranquilos. Es un ambiente bastante... íntimo, ya que las mesas son tan

pequeñas, así que definitivamente no da pie a andar por ahí conversando con otras personas, en todo caso.

El alivio comenzó a filtrarse por su cuerpo, luego se congeló. *¿Ambiente íntimo?* Entonces, si él era un habitual, ¿con quién pasaba sus veladas íntimas? Dadas las circunstancias, ¿tenía derecho siquiera de preguntar? ¿Y esas veladas terminarían ahora que estaba oficialmente comprometido con Mia?

—Cariño, ¿qué sucede? ¿Podemos hablar de esto adentro? No quiero que te pongas fría otra vez. Te doy mi palabra de que no nos molestará nadie.

Ella asintió débilmente y permitió que la condujera al restaurante, su estómago ahora revoloteaba más por la preocupación que por el hambre. Aunque el exterior no era nada destacado, el interior pedía atención. Era increíblemente elegante, con mucho mármol negro, cromado plateado brillante, candelabros de cristal y asientos de cuero blanco alrededor de pequeñas mesas negras. La descripción de Elias había sido exacta: este no era un lugar para socializar en grupo. Cuatro personas por mesa sería demasiado. Dos personas era lo justo.

Un joven guapo vestido completamente de negro y con el cabello oscuro recogido en una coleta estaba junto a un podio justo pasando la puerta.

—Buenas noches —dijo con una cálida sonrisa, que se ensanchó al ver a Mia—. Bienvenidos. Los acompañaré a su mesa. Por favor, síganme.

Recogió dos menús de cuero de una estantería incorporada en el podio, luego giró elegantemente sobre su talón y se dirigió hacia una mesa junto a la ventana. Los árboles que bordeaban el frente del edificio bloqueaban parte de la vista, pero aún se podía distinguir el río y algunos de los paisajes y lugares de interés a lo largo de él.

El joven esperó mientras Mia y Elias se sentaban, luego les entregó los menús.

—Que disfruten de su noche. Su camarero llegará en unos minutos.

—Gracias —respondieron al unísono, luego se sonrieron.

—Entonces —comenzó Mia, abriendo el menú—, obviamente lo conoces, ya que ni siquiera te pidió tu nombre antes de llevarnos a la mesa. ¿Con qué frecuencia vienes aquí y con quién?

Lanzó la última parte con tono casual, pero debió haber sido demasiado casual, ya que Elias le dirigió una mirada perspicaz.

—Vengo aquí aproximadamente una vez cada dos semanas, a veces más. Con clientes y colegas —miró a su alrededor—. Ya sé cómo se ve ahora: todas parejas enamoradas, pero mayormente estoy aquí durante el día o en noches entre semana. Parece que tiene una vibra diferente los fines de semana. Pero mientras la comida sea tan deliciosa como siempre, creo que te impresionará. Al menos espero que sí.

El alivio comenzó a filtrarse en las venas de Mia, pero ni eso detuvo la confusión que hervía en su mente. ¿Por qué estaba tan feliz de descubrir que Elias solo había estado aquí antes en un contexto no romántico? ¿Por qué importaba siquiera? Era parte del pasado, que no tenía relevancia en absoluto para el presente ni el futuro. ¿Por qué estaba considerando los celos, especialmente cuando era tan hipócrita? ¿Cómo podía tener varios hombres en su vida y aun así experimentar estos sentimientos?

—¿Mia? —Una vez más, los ojos de Elias estaban llenos de preocupación mientras la observaba por encima de su menú—. ¿Estás bien? Pareces como si tu cerebro estuviera a punto de explotar.

—Oh, qué encantador —respondió ella, levantando su propio menú más alto para esconder su rostro—. Debo recordar hacer una expresión pensativa más atractiva.

Aunque ya no podía verlo, escuchó su suspiro incluso por encima de los ruidos de los comensales y el personal a su alrededor, y la música de fondo.

—Sabes muy bien que eso no es lo que quise decir —masculló casi—. ¿Estoy perdiéndome de algo aquí? —Hubo una pausa, luego continuó—. No hay nadie aquí que yo conozca, salvo las personas que trabajan aquí, claro, así que no nos interrumpirán y no tendrás que lidiar con presentaciones espontáneas. Nunca he estado aquí en una cita, y realmente esperaba que tú fueras la primera, y espero

que la última, pero parece que he juzgado mal de alguna manera. ¿Podrías iluminarme, por favor? Porque, aunque pensé que era un tipo bastante listo, ahora me siento bastante tonto.

Mia bajó su menú nuevamente para encontrar a Elias mirándola con tanta seriedad que un frío nudo de culpa cayó directamente en su estómago. Suspiró, luego miró rápidamente de un lado a otro para asegurarse de que nadie los estuviera escuchando.

—Lo siento, Elias. Este es mi problema, no el tuyo.

Él negó con la cabeza.

—Mia, nos vamos a casar. Tus problemas son mis problemas. No estoy diciendo que tengamos que contarnos absolutamente todo, pero si te preocupa algo, quiero saberlo, incluso si no tiene nada que ver conmigo o si no puedo ayudar. Aunque en este caso, sospecho que sí tiene algo que ver conmigo.

Ella se encogió de hombros.

—Lo tiene y no lo tiene.

Elias frunció el ceño.

—Bueno, eso está tan claro como el barro.

Su expresión era tan inquisitiva que Mia no pudo evitar reírse.

—Eso está mejor, estás riendo. Ahora vamos, dime. Rápido, antes de que vengan a tomar nuestra orden.

Su tono era ligero, pero Mia sabía que era importante para él, así que tomó una respiración profunda, luego dijo en voz baja:

—Estaba... celosa. Luego no entendía por qué, dado nuestra situación tan única. No tengo derecho, especialmente porque es algo del pasado. Mis pensamientos volaron, lanzando preguntas por todos lados y por un momento no pude entender nada. Aún no puedo, de hecho, pero es algo que estoy segura de que resolveré eventualmente. Para usar una frase que ha salido mucho desde que papá murió, me estoy adaptando a mi nueva normalidad, y eso no sucederá de la noche a la mañana. —Se encogió de hombros—. Solo espero que tengas paciencia conmigo.

—¿Estás bromeando? —Elias arrugó la nariz—. Mia, nueva normalidad, vieja normalidad, lo que sea. Estoy aquí para ti, ¿de acuerdo? No me asustarás, así que por favor no te reprimas cuando tengas pensamientos como este. Ahora — hizo una revisión para ver

si había oídos curiosos antes de continuar—. Entiendo por qué estás confundida con el asunto de los celos. Pero en nuestra situación no hay derechos ni errores, y hay muchas variables, así que a veces tendremos que seguir adelante lo mejor que podamos, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—"Variables" es una manera de decirlo —dijo con una sonrisa traviesa, viendo cómo sus dudas se derretían y su ánimo mejoraba—. ¡Acabas de describir nuestras vidas de la forma posiblemente menos sexy de todas!

Elias levantó las cejas.

—Lo he hecho, ¿verdad? Y eso es todo un logro, considerando lo mucho de sexy que hay involucrado. —Sonrió y se preparó para continuar, pero se detuvo bruscamente cuando una atractiva chica china, también vestida completamente de negro y con el cabello cortado en un elegante bob oscuro, llegó a su mesa.

—Buenas noches —dijo ella, sonriéndoles—. Soy Cho, y seré su camarera. ¿Están listos para pedir las bebidas?

—Eh... —respondió Elias, pareciendo un poco desconcertado. Miró a Mia—. ¿Estamos listos?

—Todavía no he decidido qué quiero comer, así que, ¿deberíamos esperar a pedir el vino hasta saberlo?

—Buena idea. ¿Agua para la mesa?

—Perfecto.

Elias volvió su atención a Cho.

—Perdona, estábamos tan ocupados hablando que no hemos terminado de mirar el menú. ¿Podemos pedir una jarra de agua por ahora, y luego pedimos las bebidas cuando vengas a tomar nuestra orden de comida?

—No hay problema. Regresaré enseguida con el agua, luego les daré un poco más de tiempo para decidir qué quieren comer.

—Gracias —respondió él.

—Gracias —agregó Mia, sonriendo al ver alejarse a la chica y preguntándose distraídamente si su cabello era tan suave como parecía. Se sacudió la cabeza y volvió su atención al menú. La especialidad del lugar eran los filetes de res, así que tenía que probar uno, pero la pregunta era, ¿cuál?—. Ay, ¡tantas opciones!

Elias se rio.

—Dímelo a mí. ¿Quieres que te recomiende algo? O puedes preguntarle a Cho cuando regrese con el agua. Son muy conocedores aquí.

Ella frunció los labios pensativamente, luego dijo:

—No creo que consiga comer tres platos, por lo que ¿me recomendarías una entrada o un postre? Estoy decidida por el filete para el plato principal, solo que no sé cuál.

—Mmm... esa es una pregunta difícil. No he probado ni un solo bocado decepcionante en este lugar, y creo que ya he probado la mayoría del menú. Pero... dado tu gusto por lo dulce, creo que sería mejor que te saltaras la entrada y ahorraras espacio para el postre. El cheesecake está para morirse. Y en cuanto a los filetes, todos son geniales, por supuesto, pero el de solomillo es... ¿cómo se dice? ¿Algo tan delicioso que se podría morir por él?

—¿Delicioso?

—No es suficientemente fuerte, pero sí, ya entiendes.

—De acuerdo. Creo que ya me has decidido.

—Buen timing, porque Cho ya viene de vuelta.

Sonrieron y agradecieron a la camarera mientras ella les servía un vaso de agua a cada uno antes de colocar la jarra en el centro de la mesa.

—¿Están listos para ordenar?

—Sí, estamos listos, gracias —dijo Mia.

—Muy bien. —Miró primero a Mia—. ¿Le gustaría empezar con alguna entrada?

Mia negó con la cabeza.

—No esta vez. Me han dicho que el cheesecake está para morirse, así que dejo espacio para eso.

Cho sonrió y asintió con la cabeza.

—Buena elección. No lo digo solo porque trabaje aquí, pero realmente es así. ¿Y para los platos principales?

—El solomillo, por favor —Mia miró de nuevo el menú—. Con salsa de pimienta.

—¿Y cómo lo quiere cocido?

—Medio, por favor.

—Muy bien. ¿Y usted, señor?

—Exactamente igual, por favor, excepto que me gustaría la salsa de queso azul en vez de la de pimienta.

—¿Cheesecake también?

—Sí, por favor.

—No hay problema. ¿Y para beber?

Elias respondió:

—Cualquiera que considere que complementa mejor el filete, por favor.

—Muy bien. —La camarera pensó un momento—. Tenemos un maravilloso Pinot Noir. ¿Le gustaría que lo traiga?

Elias miró a Mia, que respondió:

—Sí, estaría genial. Gracias.

—Perfecto. Déjenme ir a hacer los pedidos a la cocina, y volveré enseguida con el vino.

—Gracias —dijeron Elias y Mia al mismo tiempo, luego rieron.

—Tenemos que dejar de hacer eso —dijo Mia, sonriendo—. La gente pensará que somos una pareja rara que termina las oraciones del otro.

—No sé si lo de terminar las oraciones, pero ya somos una pareja bastante rara —respondió Elias, sonriendo.

—Es cierto. Pero prefiero ser rara que aburrida.

—Yo también —levantó su vaso de agua—. Por no ser aburridos.

—Brindando otra vez —exclamó ella, pero tomó su propio vaso y lo chocó con el de Elias—. Por no ser aburridos.

Capítulo Cuatro

—*Oh* —dijo Mia, recostándose en su silla con un suspiro de satisfacción y colocando una mano sobre su estómago—. No exagerabas cuando dijiste que el cheesecake estaba para morir, ¿verdad? Mis papilas gustativas están haciendo una danza de la felicidad aquí.

Los ojos de Elias brillaron y sus hoyuelos aparecieron.

—Qué alivio. Pensé que te ibas a ir corriendo cuando llegamos aquí.

Mia le lanzó una mirada de disculpa.

—Lo siento. Yo soy...

Él levantó una mano.

—No hace falta, Mia. En serio. Me alegra que te hayas quedado y que hayas disfrutado de la comida.

Ella sonrió.

—Mucho. El problema es que hemos estado en un crucero privado por el Támesis y comido en lo que dices que posiblemente es el mejor restaurante del país. Ya sé que eres un hombre con recursos y amigos en lugares elevados, pero ¿cómo vas a superar eso?

Guiñó un ojo para mostrar que lo estaba tomando a broma.

—Ahora que lo mencionas, tengo una idea...

Ella se inclinó hacia adelante con entusiasmo, sus ojos bien abiertos.

--¿Realmente? ¿Qué sigue después de esto? *¿El uso exclusivo del Palacio de Buckingham?*

—Sí —dijo él. Tomó su mano, luego miró a su alrededor antes de sacar un pequeño estuche de terciopelo negro de su bolsillo.

El corazón de Mia latía con fuerza y su boca se secó. ¿De verdad iba a...?

Él colocó la caja sobre la mesa entre ellos, luego la abrió. Dentro había un hermoso anillo: una delgada banda de oro con cinco impresionantes rubíes.

—Este fue el anillo de compromiso de mi abuela. No salí a comprarte uno porque preferiría que fuéramos juntos para que puedas elegir uno tú misma. Me daría miedo hacer una mala elección y que te sintieras *obligada* a llevar un anillo que no te guste. Así que, por favor, considera esto un marcador temporal, si quieres, hasta que estés lista para ir y elegir algo más permanente, o incluso diseñarlo, si lo prefieres. No voy a arrodillarme, como supongo que encontrarías incómodo y embarazoso por la atención que eso atraería.

El corazón de Mia dio un brinco y su boca se secó. ¿De verdad iba a...?

Él apretó su mano y luego sacó el anillo de la caja.

—Entonces, supongo que solo queda una pregunta... Mia Harrington, ¿te casarías conmigo?

Consciente de que cualquier reacción excesiva llamaría la atención que Elias había acertadamente sospechado que no quería, extendió los dedos de su mano izquierda para facilitarle ponerle el anillo, luego susurró:

—Sí, Elias Pym. Sería un honor.

—Oh, no —respondió él, relajándose de alivio antes de deslizar el anillo en su dedo con una sonrisa—, el honor, hermosa dama, es todo mío.

Le levantó la mano hacia sus labios y le dio un beso duradero en los nudillos.

—Creo que esto es solo el comienzo de una increíble aventura y espero compartirla contigo —bajó la voz—, y con Alex, claro.

Y con Tom, quería añadir ella, pero este no era ni el momento ni el lugar, así que acarició su rostro por un momento, luego retiró su mano para poder observar el anillo.

—Y contigo, Elias. Este anillo es *hermoso*.

Giró la mano de un lado a otro, mirando la banda y sus brillantes piedras de un tono rojo rosado.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Él inclinó la cabeza.

—Claro.

—¿Y si no quiero otro anillo? ¿Y si prefiero quedarme con este? ¿Es eso posible? Entiendo que es un tesoro familiar y tiene valor sentimental...

Elias se sentó erguido en su silla.

—Mia, si quieres quedártelo, no hay problema. —Su rostro brillaba de orgullo—. De hecho, eso me haría muy feliz. Como te dije, siempre fue solo un marcador temporal, ya que no quería hacer una mala elección y que te sintieras obligada a usar algo que no te gustara, pero tampoco quería regalarte un anillo sacado de un paquete de Haribo Starmix.

Sonrió ampliamente y miró el anillo, luego subió la mirada hasta su rostro.

—Sabes, creo que a mi abuela le habrías caído bien. Ojalá nos dé su bendición desde donde quiera que esté ahora.

Reflejando su sonrisa, Mia respondió:

—Ojalá.

Entonces pensó en algo, y una vez que lo hizo, le sorprendió no haberlo considerado antes.

—Hablando de bendiciones, ¿lo saben tus padres? Supongo que sí, porque... —levantó la mano izquierda.

El corazón de Mia dio un vuelco cuando la sonrisa de Elias se desvaneció y bajó la mirada a la mesa por un momento antes de encontrarse con los ojos de ella.

—En realidad —respondió, con vergüenza evidente en su rostro—, no.

—¿Qué?

—No saben nada de nosotros... aún.

Mia abrió la boca para responder, pero de repente se dio cuenta de que al levantar la voz hace un momento, sin intención, había causado que algunos miraran en su dirección.

—Vaya —susurró, luego forzó una sonrisa—. Cariño —dijo dulcemente, deteniéndose justo antes de hacerle un ojito—, ¿te gustaría ir a pagar la cuenta? Ya estoy lista para irme.

Los ojos de Elias se entrecerraron casi imperceptiblemente, luego devolvió la sonrisa, aunque la suya era más cautelosa.

—Claro, *cariño*.

Gracias a la eficiencia del personal, Mia y Elias estaban fuera de la acera en pocos minutos. Ya no preocupada de ser escuchada ni de causar un escándalo, Mia giró hacia Elias, abrazando su chal con fuerza.

—¿Qué *demonios* estás tramando, Elias? ¿Cómo puedes...? —movié la mano izquierda frente a él, el anillo de cara hacia afuera—, ¿hacer *esto* y no decir ni una palabra a tus padres? ¿Saben siquiera que tienes el anillo?

Él le quitó la mano del aire y la sostuvo contra su pecho.

—Vamos, caminemos y hablamos. Y si pudieras dejarme decir una palabra, lo agradecería.

Su tono y actitud eran tranquilos, y Mia no podía decidir si eso debía calmar su ira o solo ponerla más enojada.

—Vale —respondió, todavía molesta—, camina. Y habla.

Él los acomodó para sostener su brazo, luego los condujo alejándose del restaurante, con el río a sus espaldas.

—Vaya, esto realmente no era lo que imaginaba para esta noche.

—Obvio, ya que Alex se suponía que iba a estar aquí también —respondió ella cortante.

Elias le lanzó una mirada irónica.

—Por una vez, me alegro de que no esté. Estaría partiéndose de la risa con mi épico fracaso.

—Me sorprende que no intentara disuadirte, para ser honesto. Él parece ser el más práctico de los dos.

Frunció el ceño.

—¿Disuadirme de qué?

—¡Hacer la propuesta con el anillo robado de tu abuela! —Ella puso los ojos en blanco.

Deteniéndose abruptamente y dándose vuelta para enfrentarla, respondió:

—¿El *qué* de mi abuela? Mia, creo que tenemos los cables cruzados aquí. Todo esto, esta noche, se organizó a última hora, después de que Alex tuviera que cancelar. Pensé que aprovecharía que estamos solos para proponerte matrimonio oficialmente. El anillo, que no está maldito, te lo aseguro, es mío. Bueno, lo era, hasta que te lo di, quiero decir. ¡Argh, lo que quiero decir es, era mío

para dar, prestar o lo que sea! Mi abuela me lo dejó en su testamento, creo que con la esperanza de que me animara a encontrar a una chica agradable, como ella decía, para asentarme. Ha estado en la caja fuerte de mi apartamento desde entonces, y pensé que era la solución ideal para un problema que ni siquiera sabía que tenía hasta que recibí la llamada del hospital. Ha sido todo un poco loco.

Él exhaló un suspiro, creando una nube visible en el aire frío, y se pasó una mano por el cabello.

—Lo siento mucho, Mia. La cagué completamente. Pensé que estaba siendo romántico y espontáneo, pero debí darme cuenta de que comprometerse oficialmente era demasiado importante para hacerlo de manera impulsiva. Si quieres cambiar de opinión, hacer esto en otro momento, o incluso decirme que me largue, lo entenderé.

Después de darle a su cerebro un momento para procesar y darse cuenta de que realmente no tenía ninguna razón para estar molesta con Elias, Mia extendió la mano y miró el anillo, que brillaba maravillosamente con la luz de las farolas cercanas. Ya parecía que pertenecía a su dedo.

—Entonces, déjame entender... el plan para esta noche era completamente diferente, pero cuando Alex tuvo que irse al trabajo, ideaste un loco plan en el último minuto para colmarme de romanticismo y comida deliciosa, y luego proponerte con un anillo impresionante que tienes todo el derecho de tener en tu posesión.

Elias levantó las cejas y asintió.

—Eso es, en resumen. Lo siento.

—Sí, ya lo dijiste. Y sabes qué... no hay necesidad de disculparte. Para nada.

Se acercó a él sonriendo y le rodeó la cintura con los brazos.

—Soy yo quien debería disculparse. Saqué conclusiones totalmente erróneas sobre el anillo, y ahora he arruinado lo que comenzó como una noche perfecta, pese a estar organizada a última hora.

Poniendo sus manos en sus caderas, Elias respondió en voz baja.

—No digas tonterías. No has arruinado nada. Pasamos un tiempo increíble en el barco, una comida de muerte—ahí va otra vez la frase—y dijiste que sí, oficialmente, a casarte conmigo. De hecho, yo diría que fue una noche increíble. Entonces—con sus manos acunó su cara—¿significa eso que vas a quedarte con el anillo? ¿No has cambiado de opinión?

Sonrió mientras lo miraba.

—¡Claro que sí, me lo voy a quedar! Es hermoso y ya me encanta. Y no, no he cambiado de opinión. ¡Vamos a hacerlo! ¡Por el amor a la bondad, realmente lo vamos a hacer! ¡Este año!

Se intercambiaron miradas excitadas, luego Elias cerró rápidamente la distancia entre sus rostros y le plantó un beso en los labios. Mia lo devolvió con entusiasmo, con su corazón y cuerpo llenándose de calor, haciendo que se olvidara del frío exterior.

Aparentemente Elias no lo había olvidado. Se apartó sonriendo.

—Por mucho que me guste besarte, ¿continuamos esto en mi casa, en el calor? Está a solo un par de minutos caminando. O si te sientes más cómoda, podemos ir a la tuya.

Mia negó con la cabeza.

—No, no hace falta cruzar toda la ciudad. Me siento perfectamente bien yendo a tu casa, aunque es muy dulce de tu parte preguntar. Especialmente porque ya hemos...—bajó la voz—...tenido sexo. O ¿lo habías olvidado?

Su risa, claramente tan inesperada para él como para ella, retumbó.

Mia se tapó la boca para tratar de callar su risa, pero sin éxito. La risa grave y sucia de Elias fue sorprendente, pero contagiosa. Y le encantó. Se permitió unirse a la risa y siguió a su lado feliz cuando él tiró de su brazo, aparentemente incapaz de hablar. Ni siquiera había pensado que había dicho algo gracioso, pero tal vez el vino y el estrés de la noche habían hecho efecto en él. ¿Y realmente importaba la razón de su risa? Estaba feliz, ella también lo estaba... eran una pareja joven, recién comprometida. ¿No era *eso* lo que realmente importaba? En el fondo, deseaba poder decir también que estaban enamorados, algo que normalmente va con los compromisos, o al menos la romántica en ella *esperaba* que fuera

así, pero cuanto más tiempo pasaba con Elias, más segura estaba de que esa parte de las cosas se desarrollaría antes de que pasara mucho tiempo. Para algunas personas, el amor a primera vista puede ser algo, pero no para ella. Además, aún tenían mucho tiempo para todo eso.

En ese momento, todo lo que Mia tenía que pensar era qué iba a suceder cuando pusieran un pie en el apartamento de Elias. No había estado exagerando, realmente estaba a solo un par de minutos y él apenas había dejado de reír cuando pasaron por la puerta de seguridad y entraron al complejo.

Mia levantó las cejas mientras absorbía la vista a su alrededor. No conocía en absoluto esta parte de Londres; era una ciudad colosal, constantemente en desarrollo y cambio, y ese rascacielos recién construido era bastante impresionante. Aunque realmente prefería estilos clásicos y edificios más antiguos, su propiedad en el oeste de Londres era una villa italiana de estuco blanco, catalogada como de Grado II, el lugar elegido por Elias era hermoso a su manera. Y eso era solo el exterior.

—Vamos —dijo él con una sonrisa, tirando de ella nuevamente—. Puedes curiosear en otro momento cuando no esté helando. ¿Crees que esto es bonito? Espera a ver la vista desde el balcón.

—¿Ático? —preguntó ella.

Elias resopló, aparentemente todavía muy divertido.

—Vaya, Mia. Yo *trabajo* en el banco, ¡no lo poseo! —Guiñó un ojo—. Pero espero que aún te impresione. Llevo casi dos años viviendo aquí y la vista todavía me deja sin aliento.

—No puedo esperar a verla.

Entraron al edificio y se dirigieron hacia los ascensores. Afortunadamente, uno de los cuatro coches estaba en la planta baja, y las puertas se abrieron inmediatamente.

—Después de ti, prometida —dijo Elias.

Mia arqueó una ceja mientras pasaba a su lado.

—¿Prometida, eh?

Él se unió a ella y presionó el botón del undécimo piso. Las puertas de acero se cerraron y el coche comenzó a ascender suavemente por el interior del bloque.

—Eso es lo que eres ahora, ¿no? Solo lo estoy probando, a ver cómo suena.

Ahora Mia soltó una risa.

—Eso solo lo hace sonar sucio.

Él adoptó una expresión inocente, pero las más mínimas hendiduras en sus mejillas le dijeron que estaba a punto de reírse de nuevo. Eso y el brillo travieso en sus ojos.

—¿Yo? ¡Eres tú quien retorció lo que dije! —le dio un golpecito juguetón en el trasero—. Chica traviesa.

Ella se encogió de hombros.

—Quizá lo sea, pero si no te gusta, ya es tarde. Estás atrapado conmigo.

—Ay, *qué pena* —respondió él, rodeándola con los brazos y acercándola a él—. Estoy *atrapado* con la mujer más lista y bonita del planeta. Qué mala suerte la mía.

El calor floreció donde sus cuerpos se tocaban, más caliente ahora que antes, ya que no competían con el clima invernal, pero Mia sospechaba que también era porque era obvio lo que iba a pasar a continuación. No estaba del todo convencida de que llegarían hasta el balcón y la vista, no inmediatamente.

—Deja de hacer el tonto —ordenó—, y bésame.

Él lo hizo, pero no por mucho tiempo, ya que el ascensor pronto comenzó a reducir la velocidad hasta detenerse en su piso. Elias le hizo un gesto para que saliera antes que él, luego señaló a la derecha. Mia caminó en la dirección que señaló, dándose cuenta rápidamente de que solo había una puerta en ese camino, vaya, *los apartamentos de este edificio deben ser enormes*, y esperó fuera mientras Elias sacaba las llaves.

Un momento después, él empujó la puerta y dijo de forma teatral.

—Bienvenida a mi humilde morada. Por favor, pasa y ponte cómoda. ¿O prefieres ir directamente al balcón para ver la vista? Te buscaré una manta.

Capítulo Cinco

Para sorpresa de Mia, no solo lograron llegar al balcón, sino que se quedaron allí un buen rato también. Si la vista no hubiera sido tan espectacular, tal vez se habría sentido decepcionada de que no se dirigieran directamente al dormitorio, pero tenían horas por delante para disfrutar de ese tipo de diversión. Con suerte, años.

Ahora mismo, ella estaba más que feliz de estar envuelta tanto en una manta como en los brazos de Elias mientras se apoyaban en la barandilla del balcón, él detrás de ella, descansando su barbilla en su hombro. El fresco y especiado aroma de su colonia, mezclado con lo que ella sospechaba que era su champú, llenaba sus fosas nasales y sonrió satisfecha.

Había edificios mucho más altos que el de Elias en la zona, pero debido a que el suyo estaba tan cerca del río, tenían vistas sin interrupciones hacia el centro de Londres.

—Es gracioso —dijo ella, girando la cabeza y dándole un beso en la mejilla—, cómo desde aquí The Shard y los rascacielos en el Square Mile parecen estar realmente bastante cerca, cuando ni siquiera están del mismo lado del río.

Elias asintió.

—Sí, yo también me he preguntado eso a menudo. La perspectiva es muy rara. Es fácil olvidar cuánto se retuerce y gira el Támesis, aunque estamos en una curva bastante grande justo aquí —señaló—. Ahí es donde nos bajamos del barco, mira.

Ella miró en la oscuridad, alcanzando a ver el muelle desde el que se habían bajado antes.

—Oh, sí. Vaya, realmente estás bien ubicado para el transporte aquí, ¿no? Siempre pensé que, como no muchas líneas del metro llegan por aquí, sería difícil moverse, en comparación con otras partes de la ciudad. Debería haberlo sabido, la verdad —hizo un sonido de desaprobación ante su propia estupidez—. No se habría convertido en un centro financiero si nadie pudiera llegar aquí, ¿verdad?

—Sí, es genial. Como no está tan ocupado como el centro de la ciudad, puedo ir en mi coche si quiero, sin estar en un tráfico interminable. O puedo subirme al DLR, la línea Jubilee, o incluso a un barco. Y luego está todo el trabajo que se está haciendo con Crossrail, también. Eso hará una gran diferencia por aquí cuando esté abierto. Yo voy a trabajar caminando, por supuesto. Hay cantidades de restaurantes y tiendas a poca distancia a pie también. Y con buen tiempo, una de mis cosas favoritas es recorrer el Thames Path hasta el extremo sur de la península y usar el túnel peatonal para llegar a Greenwich, luego subir la colina del Greenwich Park y admirar la vista desde allí. Siempre trato de ver si puedo encontrar este edificio, pero nunca lo hago. Hay demasiados más grandes en el camino. Y siempre están construyendo más.

Mia levantó las cejas.

—Eso es mucho para caminar. No te tenía de ninguna manera como el tipo de persona que disfruta estar al aire libre.

Se acurrucó más cerca de ella.

—Aún tenemos mucho que aprender el uno del otro.

—Cierto. ¿Y cómo es Greenwich Park? Debe de ser un lugar genial si está en tu lista de favoritos.

—Es enorme. Los edificios navales y todo eso están al pie de la colina, y el observatorio está en la cima. La subida no es para débiles, pero vale totalmente la pena. Es precioso, y un lugar increíble para hacer un picnic... tenemos que ir algún día.

—Me encantaría. Suena como que te gustarían los terrenos de mi casa... no mi piso, mi... casa.

Elias se rio.

—¿Te refieres a tu mansión?

Frunciendo el ceño, Mia respondió.

—Suena ridículo llamarlo así. Como si estuviera presumiendo. Soy muy consciente de que es una propiedad enorme, pero para mí siempre ha sido simplemente... mi hogar.

—De acuerdo, vamos con eso entonces. Es una parte tan importante de ti de la que me encantaría saber más: la casa, los jardines, la finca en general. Y verla yo mismo algún día.

Se lanzó a contarle sobre la casa y los jardines. Probablemente sonaba como una agente inmobiliaria tratando de vendérsela, pero si él lo pensó, no lo comentó. En cambio, escuchó, embelesado, mientras ella hablaba, y hacía alguna que otra pregunta ocasional.

Cuando terminó, Elias asintió lentamente.

—Vaya. Ya empiezo a entender por qué estás dispuesta a luchar tan duro por ella. Es muchas cosas, ¿no? Un hogar, un negocio, un referente local, una fuente de empleo... no hay forma de que tu primo deba poder arruinar todo eso. —Sonrió—. Sé que ya estoy *atrapado* contigo —le guiñó un ojo—, pero ahora estoy aún más feliz —aunque no estaba seguro de que eso fuera posible— de que esté en mis manos ayudarte a conservarla. Tu pasión por ese lugar es tan evidente. Y contagiosa. Ya me encanta, y ni siquiera lo he visto.

—Lo harás —dijo Mia, fijando la vista en las luces centelleantes de Londres a lo lejos—, pero hay algo más que debemos hacer primero.

—¿Ah, sí? —Elias se puso tenso.

—Ajá. Ahora que lo nuestro es oficial, tenemos que hacer todo lo formal. Anunciarlo en el periódico, todo ese tipo de cosas. Oh... y tendré que conocer a tus padres, como es debido esta vez. Lo del evento benéfico no cuenta, sobre todo porque probablemente pensaron que era la novia de Alex esa noche.

—Ah, claro. Tienes razón, por supuesto. —Dejó escapar un gruñido y apoyó la frente en su hombro, lo que hizo que sus siguientes palabras se amortiguaran bajo la manta—. Y tendremos que hacer eso primero, me temo. Mi madre me mataría si se enterara de mi compromiso por el periódico o por alguien más.

Mia se rio.

—De acuerdo. Te dejo a ti el trabajo de empezar a organizar lo de presentarme a tus padres. Y sí, me imagino que a la mayoría de las madres no les haría gracia enterarse del compromiso de su hijo por el periódico. Sé que a la mía no le habría gustado.

Reprimió una ola de tristeza al pensar que ninguno de sus padres estaría en su boda. Esta era una noche para la felicidad, para mirar hacia el futuro, no para ponerse melancólica.

—Y hablando de descontento, ¿qué opinarán tus padres sobre todo el asunto del apellido? Sé que tú no tienes problema con eso, pero ¿cómo reaccionarán cuando descubran que, en lugar de que yo me convierta en una Pym, tú te vas a convertir en un Harrington? — Solo al decirlo en voz alta se dio cuenta de que ni siquiera sabía cómo se sentía al respecto. No es que tuviera otra opción, no si quería heredar.

Elias levantó la cabeza de nuevo y respondió:

—Es difícil decirlo, y es un tema que tendremos que abordar con cuidado. No queremos que nadie se entere de la razón, digamos, práctica por la que nos vamos a casar, porque no queremos interferencias, especialmente de tu querido primo. No soy hijo único, así que no tengo que preocuparme por el asunto de ser el último de mi línea, pero aun así la gente hará preguntas. Supongo... —Se quedó callado por un momento, aparentemente sumido en sus pensamientos—. No hemos hablado de cómo ni dónde nos vamos a casar, ni del tipo de ceremonia que vamos a tener, pero la forma más obvia de evitar ese problema en particular es no mencionar apellidos durante la ceremonia. Así nadie tiene que enterarse. Nos aseguraremos de que el oficiante no diga nada, por supuesto. O podemos irnos a cualquier lado y casarnos con un par de testigos, desconocidos que encontremos por la calle. Así ninguno de nuestros amigos o familiares sabrá quién ha tomado el apellido de quién. Si no están presentes, ni lo pensarán. Solo asumirán algo, que es algo con lo que normalmente no estoy de acuerdo, pero en este caso nos puede venir muy bien.

—Oh, claro —dijo ella con una sonrisa—, ¿cómo no se me ocurrió eso? Bien pensado.

Se giró en sus brazos, enlazando las manos detrás de su espalda, y se puso de puntillas para darle un beso. Murmuró contra sus labios:

—Parece que el hombre con el que me voy a casar es inteligente además de sexy.

El aliento cálido, con aroma a vino, le envolvió el rostro mientras él soltaba una risa ronca.

—No sé si soy tan listo, pero de algo de lo que sí estoy *definitivamente* seguro es de que estoy loco por ti. —Le sujetó las caderas a través de las capas de manta y ropa y la atrajo hacia él.

—¿Ah, sí? —replicó ella, de repente demasiado excitada como para molestarse en reprocharle su comentario cursi.

—Mmm-mmm.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—Creo que ya hemos pasado suficiente tiempo admirando la vista desde mi balcón. ¿Qué te parece si comprobamos la vista desde mi cama? —Elias empezó a retroceder hacia la puerta corrediza que daba a su apartamento, tirando de ella para que lo siguiera.

Mia se echó a reír.

—¿Tiene algo de especial la vista desde tu cama?

—Tendrás que esperar para descubrirlo, ¿no? —respondió con un ronroneo, para luego detenerse de golpe. De repente, la tomó en brazos y cruzó la puerta con ella. Después de un breve momento torpe en el que luchó por cerrar el cristal sin soltarla, se dirigió hacia su dormitorio. Al parecer, Elias tenía un sistema automatizado para la iluminación, ya que las bombillas se encendían a medida que avanzaban, iluminando el camino desde el balcón hasta la habitación. Probablemente se apagarían solas tras un tiempo determinado. *Quizá algo estándar en estos nuevos edificios de lujo.*

De camino al dormitorio, Mia se quitó los zapatos, que cayeron con un fuerte golpe sobre el suelo de madera del salón. No les dio más importancia. Estaba demasiado concentrada en lo que sucedería a continuación, demasiado llena de anticipación erótica. Como había dicho antes, ella y Elias ya habían tenido sexo, pero Alex había estado presente, lo que había dado lugar a una dinámica completamente diferente: un trío. Un trío increíble, inolvidable. ¿Cómo sería ahora cuando eran solo ellos dos? Su corazón latía con una mezcla de excitación y nerviosismo, pero se recordó a sí misma que cuando había estado con Tom, la experiencia había sido igual de satisfactoria, aunque distinta a cuando estuvo con Elias y Alex al mismo tiempo. Simplemente era...diferente. Y dado el rumbo que estaba tomando su vida, tendría que acostumbrarse a lo diferente.

Ciertamente no habría oportunidad de aburrirse.

Cuando Elias cerró la puerta del dormitorio con su trasero, el nerviosismo se había desvanecido, dejando solo deseo. Mia soltó una risita cuando él la bajó a la cama y luego abrió la manta como si estuviera desenvolviendo el mejor regalo del mundo.

—¿Te dije lo hermosa que luces con ese vestido?

—No, en realidad no —respondió ella, haciendo un puchero de broma.

Elias se quedó mirándola un segundo, con los ojos bien abiertos. Luego dijo:

—Tienes razón, no lo dije. Qué descuido de mi parte. Te pido disculpas, pero estaba un poco distraído y bastante nervioso por la noche... por pedirte que te casaras conmigo. Así que, con retraso, luces impresionante con ese vestido. —Se mordió el labio pensativo—. De hecho, luces impresionante todo el tiempo. Pero eso no es excusa para no habértelo dicho.

—¿Elias?

—¿Hmm?

—Estás divagando.

—Lo siento —le dedicó una pequeña sonrisa, que pronto se amplió y se volvió sugerente—. ¿Te importaría si descubro lo impresionante que te ves *sin* ese vestido?

—Para nada. Siempre y cuando pueda ver lo guapo que te ves *sin* ese traje. Es justo.

Inclinó la cabeza.

—Una vez más, tienes razón. Mantén ese pensamiento. —Después de presionar un beso rápido en sus labios, cruzó hasta la ventana y cerró las persianas, sellándolos del mundo exterior. Luego se quitó los zapatos y la chaqueta, lanzando esta última sobre una silla en la esquina, y metiendo los primeros debajo de la silla mencionada. Solo entonces regresó a la cama y se unió a ella encima de esta. —¿Dónde estábamos?

En lugar de responder, ella agarró su corbata y lo jaló para un beso apasionado. Mientras sus labios chocaban y sus lenguas se entrelazaban, ella soltó su agarre de la corbata y usó ambas manos para deshacerla y quitársela, antes de lanzarla al otro lado de la

habitación. Luego se apresuró a desabrochar cada uno de los botones de su camisa hasta que llegó a su cintura, donde jaló el material fuera de la cinturilla de sus pantalones, antes de soltar los últimos dos botones. Inmediatamente, alisó sus manos sobre la piel desnuda de su pecho, encantada de encontrarla hermosamente cálida al tacto. Gimió felizmente en su boca, luego movió sus manos a sus hombros, lista para empujar la camisa y revelar más de su delicioso cuerpo.

Elias rompió el beso.

—Ah-ah, espera un momento. —Se sentó, luego levantó sus brazos. —Tengo que quitarme estos malditos gemelos primero. Hablando de un asesino de la pasión.

Mia rodó sus ojos, repentinamente impaciente.

—Date prisa, entonces... prometido. —*Ay, tengo un prometido, oficialmente. ¿Cómo diablos sucedió esto?*

Él desvió su atención de su muñeca izquierda al rostro de Mia en esa palabra. Entrecerró los ojos.

—¿Qué dijiste?

—Me oíste. —Ella sonrió. —*Dije* date prisa, entonces... *prometido*.

Él pasó sus dientes sobre su labio inferior y sacudió la cabeza.

—Eso suena extraño y emocionante al mismo tiempo. Y sí —continuó luchando con sus gemelos —me estoy apurando, me estoy apurando.

El momento en que Elias se puso de pie, con su espalda hacia ella, ella tomó el asunto en sus propias manos. Rápidamente, pero en silencio, empujó la manta de la cama fuera del camino. Luego desabrochó su vestido y se lo quitó, luego lo dejó caer en la gruesa alfombra, donde aterrizó sin hacer ruido. Luego se quitó cuidadosamente sus joyas, excepto su hermoso anillo de compromiso nuevo, y las puso en la mesa de noche más cercana.

Para cuando Elias había puesto sus gemelos en su tocador, se había quitado la camisa y se había dado la vuelta para regresar a la cama, Mia se había arreglado en lo que esperaba que fuera una pose sexy.

La mirada de ciervo en la carretera en el rostro de Elias cuando la vio implicaba que la pose era de su agrado. Muy de su agrado, se dio cuenta mientras sus pupilas se ampliaban y la protuberancia en la entrepierna de sus pantalones crecía cada vez más. En el espacio de un latido, pasó de ciervo a depredador mientras sonreía ampliamente, luego abrió su cinturón antes de arrancarlo suavemente de los bucles y dejarlo caer al suelo. Sus pantalones y calcetines siguieron, y en segundos se había acomodado a su lado y la había arrastrado a sus brazos.

—Tal como sospechaba —murmuró, presionando besos en su cuello —te ves igual de hermosa fuera del vestido, más aún, de hecho.

Mia dejó escapar un pequeño resoplido.

—Típico hombre, te gusta más una mujer casi desnuda que una vestida. Estoy sorprendida.

En lugar de responder, Elias aparentemente optó por mantenerla callada asegurándose de que su boca estuviera ocupada de otra manera. La besó en los labios, un beso largo, duro y exigente que la dejó sin aliento y rogando silenciosamente que la follara.

Cuando finalmente se apartó, parecía tan ebrio de lujuria como ella, pero todavía logró empezar a quitarle su ropa interior. Capturó su boca en otro beso urgente y hambriento mientras deslizaba las tiras de su sostén por sus hombros, luego se dio la vuelta para desabrochar el broche. Se alejó una vez más, dejando escapar un gemido bajo mientras arrastraba la prenda de su cuerpo para revelar sus senos, que ya estaban pesados y anhelando su toque. Sus pezones se erguían orgullosamente, atrapando la mirada de Elias y manteniéndola firmemente.

—Absolutamente impresionante —murmuró, luego se dirigió a sus bragas.

—Ah-ah —dijo ella, deteniéndolo con una mano en su muñeca. —Tú primero. Levantó una ceja, desafiándolo silenciosamente a discrepar.

Él se encogió de hombros.

—Como deseas. —Se deslizó hacia el borde de la cama, luego se puso de pie y se quitó sus ajustados boxers negros antes de tomar

un condón de su mesa de noche. Regresó a ella con una sonrisa en su rostro. —¿Satisfecha?

La visión de su forma desnuda aumentó su calor, pero no iba a dejarlo escapar tan fácilmente.

—Creo que tal vez debas preguntarme eso después —le respondió, reflejando su expresión, que pronto se desvaneció mientras sus palabras se hundían.

—Ooh —dijo él, recuperándose pronto de su sorpresa —descarada. No puedo prometer la resistencia de dos hombres, desafortunadamente, y tengo precisamente la mitad del número de partes del cuerpo, pero afortunadamente están todas en perfecto funcionamiento, y puedo prometer que haré mi mejor esfuerzo para asegurarme de que estés satisfecha. Solo espero que no me devuelvas el anillo de compromiso cuando hayamos terminado. —Guiñó un ojo, luego tomó su mano izquierda y presionó otro beso en sus nudillos. —Porque ya parece que pertenece allí.

Su corazón saltó emocionado con sus palabras, había tenido el mismo pensamiento anteriormente.

—Dado que estoy en peligro de divagar nuevamente, y no deseo recibir otra reprimenda de mi futura esposa, ¿puedo quitarte esas bragas de tu delicioso cuerpo ahora?

Ella asintió.

—Puedes.

—¡Aleluya!. —Dejó caer el condón en el edredón, luego enganchó sus dedos en la cintura de su tanga de encaje. Al mismo tiempo, colocó sus labios justo debajo de su ombligo, luego comenzó a besar un sendero hacia abajo, dejando una línea de calor abrasadora en su estela. Justo antes de llegar a la parte superior de sus bragas, comenzó a tirar de ellas hacia abajo, luego besó cada trozo de carne a medida que se revelaba, deteniéndose cuando llegó a su entrepierna, pero continuando para arrastrar el trozo de material hacia abajo de sus piernas. Arrastró una respiración profunda, luego dejó escapar un gemido antes de moverse a una posición que le permitió quitarle la ropa interior por completo. Se unieron a sus otras ropas en el suelo, y él se apresuró a insinuar su cabeza de regreso entre sus muslos.

Deslizó sus manos debajo de sus piernas y la acercó.

—Cristo, pero esto es celestial. Perfección absoluta.

Mia, que estaba al borde de explotar mientras esperaba que él la tocara allí, donde más lo necesitaba, había estado a punto de decirle que dejara de hablar y tomara acción, cuando él se le adelantó.

Su boca caliente y talentosa se presionó contra los labios de la vagina ya hinchados, y su profundo gemido de placer rugió y vibró a través de su carne sensible, causando que ella soltara un grito.

—Oh —dijo, agarrando sus manos en su cabello, distraída por un segundo por el brillo aún no familiar de oro y rojo en su mano izquierda —Elias. No juegues. Por favor...

Ya sea que estuviera respondiendo a su súplica, o si había planeado hacerlo de todos modos, ella nunca lo sabría, pero él inmediatamente se sumergió y comenzó a deleitarse con ella. Sumergió su lengua en sus pliegues, probándola, luego cosquilleó en su entrada durante un momento, antes de subir lentamente hacia su clítoris. Le pareció a Mia que él tardó eones en llegar allí, así que cuando finalmente lo hizo, ella soltó un grito y movió sus caderas.

Elias se rio, enviando más temblores a través de su vagina, luego sacó sus manos de debajo de ella y las colocó encima de sus piernas. Presionando sobre la suave piel de sus muslos internos, levantó la cabeza y dijo:

— Tranquila, hermosa. Te harás daño si sigues así. No me envíes a trabajar con un labio hinchado, pensarán que he estado peleando. Y no puedo decirles la verdad ahora, ¿verdad?

—No habrá nada que decir si no te das prisa —casi gruñó, intentando tirar de su cabeza de regreso a su vagina. Ay, ¿cuándo se había vuelto tan exigente? Tal vez era una forma de adicción, cuanto más sexo tenía, más lo quería. Un ciclo vicioso de delicioso follar. Dejó que su cabeza se desplomara en el edredón y sonrió ampliamente.

Olvidó toda su diversión cuando Elias suavemente extendió sus labios inferiores, exponiéndola completamente a sus atenciones. Le dio a su clítoris una serie de fuertes lamidas, luego fijó su boca alrededor de él y comenzó a chupar, causando que se desataran escalofríos a través de su cuerpo. Agarró más fuertemente su

cabello y resistió la tentación de mover sus caderas de nuevo, después de todo, él había tenido un punto sobre el labio hinchado. Ay, era bueno, su succión en su botón justo lo suficientemente dura como para causar un poco de dolor, pero no tanto que arruinara el placer. El mordisco de incomodidad en realidad agregó a él.

El placer se acumuló, con su cuerpo subiendo constantemente hacia el orgasmo, la tensión en su abdomen aumentaba. No tardaría mucho más...

Elias movió su mano derecha entre sus piernas y deslizó dos dedos dentro de ella. Los curvó hábilmente, centro en su punto G y manipulándolo como un profesional mientras continuaba lamiendo y chupando su clítoris, incluso dándole un mordisco travieso de vez en cuando.

—Mieeeeeerda. —Empujó sus caderas hacia su rostro, urgiéndolo a seguir. Casi...

—Mmm... —vino la respuesta, causando otra serie de vibraciones que recorrieron su cuerpo.

Él era implacable, con cada uno de sus movimientos acercándola cada vez más al clímax.

Estaba en el borde mismo ahora. Escalofríos atacaron cada pulgada de su cuerpo, y su estimulación de su punto G la hacía sentir como si fuera a explotar, de una buena manera. Era casi demasiado, y rápidamente quitó sus manos de su cabello, luego las cerró en el edredón, mucho más seguro de esa manera. Para Elias, al menos. No estaba segura del edredón.

Levantó su pesada cabeza, intentando decirle cuán cerca estaba de venir.

—Ohhh... Elias. —Pero no pudo decir más, el placer abrumador le había robado su voz. La sensación de que iba a explotar se intensificó, y entonces todo sucedió al mismo tiempo. La presión en su abdomen se liberó en una increíble oleada, enviando éxtasis girando a través de cada célula de su cuerpo, y jugos salieron de su vagina.

Elias exclamó felizmente, luego después de un momento sacó cuidadosamente sus dedos de su sexo y se los metió en la boca.

Chupó sus jugos con evidente deleite, con la mirada traviesa en sus ojos diciéndole exactamente cuánto se estaba divirtiendo.

Ella sonrió débilmente, sin poder reunir la energía para nada más, mientras se sentía tan agotada por su orgasmo decreciente. Agotada, pero satisfecha, como sabía perfectamente que lo estaría. Le diría si él preguntaba, por supuesto, pero no se ofrecería a dar la información, porque su lengua actualmente descansaba pesadamente en su boca y su cuerpo se sentía sin huesos, líquido incluso, y en peligro de hundirse en el colchón.

Después de sacar los dedos de su boca con un sonido húmedo y audible, Elias se arrastró sobre su cuerpo tendido y depositó un beso en su frente húmeda.

—Eres increíblemente hermosa cuando llegas, cariño, ¿lo sabías?

Se acomodó a su lado y apartó su cabello de su rostro.

—¿Te apetece seguir? Porque... —desvió su atención hacia su erección, hinchada y perlada de líquido preseminal— necesito estar dentro de ti con desesperación.

Mia curvó los labios en una sonrisa perezosa.

—Sí, ya veo.

Intentando disipar parte de su languidez, bajó la mano y envolvió su erección con los dedos. El calor y el grosor en su palma enviaron una nueva oleada de deseo corriendo por sus venas. Más animada, añadió:

—Creo que ahora vas a necesitar ese condón.

Sin perder un segundo, Elias tomó el paquete, lo abrió y extrajo con cuidado el contenido. Un instante después, ya lo había colocado con destreza. Luego le sostuvo el rostro con una mano y se inclinó para besarla con dulzura antes de susurrar:

—¿Cómo me quieres, mi hermosa prometida?

—¿Sabes qué? —respondió ella, deslizand la yema de los dedos por su rostro hasta llegar a su mandíbula—. De la forma tradicional estará bien. Así podemos vernos a la cara.

Soltó una risa un tanto cohibida.

—Lo siento si suena cursi.

Elias negó con la cabeza.

—Para nada.

Sonrió y volvió a acomodarse entre sus piernas, su erección enfundada en látex palpitando ansiosa contra su vientre.

—*De la forma tradicional*, entonces.

A pesar de la elección de palabras, sospechaba que hacer el amor con él estaría lejos de ser algo ordinario. Porque nada en Elias era ordinario. Podía ser el perfecto caballero en público, pero estaba descubriendo rápidamente que, cuando se trataba de sexo, era infinitamente entusiasta, creativo y adaptable: una combinación increíble, sobre todo en un hombre con el que pronto iba a casarse.

Él la penetró con un movimiento rápido y decidido, y ella se amoldó con facilidad para recibirlo, sus jugos abundantes facilitando su camino.

—Cristo, Mia —murmuró con un gemido—, se siente *increíble*.

—Digo lo mismo —respondió ella, rodeándolo con los brazos y deslizando las manos hasta sus nalgas, al tiempo que apoyaba las plantas de los pies en la cama para poder acompañarse a sus embestidas. Al menos ahora, si se arqueaba contra él, no corría el riesgo de lastimarle su atractivo rostro. Estaba segura de que su pelvis podría resistir el impacto.

Pronto encontraron un ritmo delicioso, un vaivén pausado, con movimientos deliberados y presiones calculadas que aseguraban la estimulación del clítoris de Mia. Alternaban entre besos largos y perezosos y el simple acto de mirarse a los ojos, lo que, lejos de hacer que todo pareciera un simple polvo, le daba a la experiencia una intensidad que la conmovía tanto emocional como físicamente.

Se estaban conectando, comprendió, en un nivel más profundo de lo que había esperado tan temprano en su relación. Pero si algo le habían enseñado los últimos meses, era a esperar lo inesperado. No era amor, aún no, pero con cada instante que pasaba, con cada embestida, cada beso, cada sonrisa y cada caricia que compartían, tenía más certeza de que lo sería. No era cuestión de *si* ocurriría, sino de cuándo. Y dado que en unos meses se casaría con aquel hombre, aquella certeza era más que bienvenida.

No pudo evitar preguntarse, minutos después, mientras ella y Elias alcanzaban el clímax entre gemidos de placer y gritos desinhibidos, si no sería la mujer más afortunada del mundo.

Capítulo Seis

No fue hasta que Mia apoyó la mano izquierda en el pasamanos de la escalera mecánica, mientras esta la llevaba fuera de la estación de metro de Oxford Circus, que se dio cuenta de que había olvidado quitarse el anillo de compromiso. *¡Mierda!* No tenía pensado contarles a sus amigas sobre la propuesta de Elias ese día, especialmente porque sus padres ni siquiera lo sabían todavía, sin mencionar a Thomas y Alex. Luego recordó que, en realidad, ni siquiera sabían de Elias, mucho menos de lo rápido que avanzaba su relación. De hecho, no sabían prácticamente nada, ya que apenas habían hablado desde la muerte de Edward. No había sido algo deliberado, pero ahora que lo pensaba, quizás los había mantenido a ellos, y a sus otras amistades, a cierta distancia desde que perdió a su padre, necesitando hacer su duelo en privado y a su manera. Y no es que hubiera estado sola. Thomas había estado ahí para ella constantemente y, dado que él también era huérfano, entendía exactamente por lo que estaba pasando. Le aterraba pensar en cómo habría afrontado todo sin él.

No importaba, de todos modos. Phoebe, Gabrielle y Lucia eran sus amigas desde hacía años, lo entenderían. Y, *con suerte*, pensó mientras volvía a mirar su anular izquierdo, también *sabrían mantener la boca cerrada sobre la noticia por ahora*. No quería correr el riesgo de quitarse el anillo y meterlo en el bolso por miedo a perderlo, así que tendría que dejarlo donde estaba y afrontar las consecuencias cuando alguna de ellas lo viera. Lo que, según calculó, sucedería en menos de cinco segundos después de encontrarse.

Y estaba a punto de averiguarlo. Bajó de la escalera mecánica y se dirigió hacia las barreras de salida. Pasó su tarjeta Oyster por el lector, esperó a que se abriera la puerta y luego se abrió paso entre la multitud de siempre hasta la salida que necesitaba.

Al salir del edificio y adentrarse en las concurridas calles de la ciudad, Mia se puso a pensar. ¿Podría contarles algo más sobre su vida en ese momento? ¿Cuál sería su reacción si les dijera que no

solo se iba a casar con un hombre al que apenas conocía desde hacía unos meses, sino que además tenía una relación con su mejor amigo y con su jardinero? ¿Se horrorizarían, se sentirían asqueadas, celosas? ¿O, tras superar el impacto inicial, simplemente lo aceptarían?

Asintió y sonrió en agradecimiento a un automovilista que la dejó cruzar la calle, luego siguió su camino hacia el bar de Soho donde había quedado con sus amigas. Cuando vio la primera bandera arcoíris que le indicó que estaba cerca, su ánimo decayó. No, no *podía* contarles lo de su arreglo poliamoroso, estaba casi segura de que no lo entenderían. Soltó una risa irónica, asustando a un joven que pasaba junto a ella. ¡Sería más fácil decirles que era lesbiana, por el amor a la bondad! La sociedad estaba cambiando rápido, y en su mayoría para mejor, pero aunque las relaciones entre personas del mismo sexo ya no eran mal vistas como antes, el poliamor aún estaba muy lejos de ser comprendido y aceptado. Honestamente, ni siquiera ella tenía claro cómo iba a funcionar todo, así que hasta que pudiera explicarlo de una manera satisfactoria, era mejor guardar silencio.

De hecho, decidió que mantendría su... *inusual* estado civil en secreto hasta después de la boda. No quería arriesgarse a que alguien intentara impedir que ella y Elias se casaran, asegurando así su herencia. Una vez que todo estuviera legalmente bajo su control, le preocuparía mucho menos quién supiera qué estaba haciendo y con quién. Si la gente quería murmurar a sus espaldas después de eso, que lo hicieran.

Aún quedaba un largo camino por recorrer antes de que eso ocurriera, así que les daría la noticia a sus amigas con la mayor suavidad posible. Con suerte, la idea de vestidos, locaciones, flores, pastel y demás las emocionaría tanto que no le harían demasiadas preguntas sobre el cómo y el porqué de su repentino compromiso. Mia sonrió entonces. ¿Le preguntaría alguna si estaba embarazada?

Al poco tiempo, llegó a su destino y entró al bar, dirigiéndose directamente a su reservado de siempre. Phoebe y Lucia ya estaban allí, con copas de vino apenas tocadas frente a ellas. Gabrielle, como de costumbre, llegaría tarde. A lo largo de los años, las tres habían

adquirido el hábito de darle una hora de encuentro entre quince y treinta minutos antes de la *real*, con la esperanza de que así llegara a tiempo. Al principio había funcionado, pero por desgracia, ella se había dado cuenta del truco y ahora habían vuelto a la rutina de siempre: esperar a que Gabrielle apareciera.

Se acercó a la mesa.

—¡Hola, chicas!

Ambas se volvieron y sonrieron de oreja a oreja al darse cuenta de que era ella. Se levantaron de un salto y Mia intercambió abrazos y besos sinceros con cada una antes de que las tres volvieran a acomodarse en el reservado. Si en unos minutos no llegaba un mesero, iría a la barra a pedir su propia bebida, pero por ahora, estaba más que feliz de ponerse al día con sus amigas.

—Así que... —Mia metió su bolso entre ella y la pared y apoyó las manos sobre la mesa—. Ha pasado un tiempo... ¿por dónde demonios empezamos?

Las tres rieron, pero de repente Lucia se quedó completamente quieta, con el rostro serio y la boca abierta.

—Empezamos, Mia Harrington, por *eso*.

Señaló la mano izquierda de Mia.

Phoebe soltó un chillido, luego se tapó la boca con la mano y miró a su alrededor, disculpándose al darse cuenta de lo fuerte que había sido.

—¡Oh, Mia! ¿Es eso lo que creo que es?

Mia contuvo una risa. Estaba en lo cierto con su estimación de los cinco segundos. *Pero, al diablo con todo*. Asintió y deslizó la mano sobre la mesa para que pudieran ver el anillo más de cerca.

Sus amigas estaban tan ocupadas mirando y charlando que no notaron la llegada de Gabrielle. Mia sí lo hizo, y saludó a la otra mujer mientras ella cruzaba la sala. Cuando llegó a la mesa, Mia dijo:

—Hola, cariño. Qué bien verte. Perdona que no podamos levantarnos, pero quizás hayas notado que estas dos están un poco distraídas.

Al escucharla, Phoebe y Lucia levantaron la cabeza de golpe, y los abrazos y besos comenzaron de nuevo.

Una vez que se calmaron por segunda vez, Mia tuvo un breve respiro del torrente de preguntas con la llegada de un camarero. Dada la cantidad de ruido que ya estaban haciendo, no le sorprendió que el personal las hubiera notado. A menudo se ponía ruidoso cuando las cuatro estaban juntas.

—Buenas tardes, damas. ¿Qué les traigo?

Lucia intervino:

—Apenas he tocado la mía, así que estoy bien, gracias.

—Lo mismo —asintió Phoebe.

—Yo tomaré el vino blanco de la casa. *Grande*, por favor —dijo Mia. Tenía la extraña sensación de que iba a necesitar el extra de alcohol para sobrellevar esa tarde con sus amigas. Las quería muchísimo, pero cuando se trataba de sacarles información, eran implacables.

—Que sean dos, por favor —añadió Gabrielle.

—Muy bien, damas. ¿Les traigo algo más? ¿Unas tapas para la mesa, tal vez?

—Sí, por favor. Sería *maravilloso* —dijo Gabrielle, parpadeando coquetamente al camarero. Cuando él se fue, ella volvió a centrar su atención en la mesa. —*Interesante*. Sin embargo, creo que *tú* estás en posesión de algo mucho más interesante que un camarero indudablemente guapo —dijo a Mia, luego tomó su mano y la tiró hacia el centro de la mesa—. ¡Ahora suéltalo! ¿Quién te dio esta impresionante joya, y *qué* hace en tu dedo anular? ¿Y por qué estamos enterándonos de esto recién ahora?

—¡Gabi! —regañó Lucia, dándole un toque a su amiga en el brazo—. Cállate y deja que Mia hable, ¿quieres? ¡Si no hubieras llegado tarde como siempre, ya estaríamos recibiendo todos los detalles!

Gabrielle sacó la lengua a Lucia y luego se giró hacia Mia en silencio, con una expresión expectante en el rostro.

Mia retiró la mano y la envolvió con la otra en su regazo, luego respiró hondo en un intento de calmar su acelerado corazón y ordenar sus pensamientos. *Maldición, decirlo en voz alta lo va a hacer real.*

—Antes de contarles algo a cualquiera de ustedes, me temo que voy a tener que pedirles que juren total secreto. Nadie sabe nada todavía, ni siquiera sus padres, y no queremos que se sepa hasta que se lo hayamos contado, ¿de acuerdo? Así que, ¿puedo confiar en su absoluta discreción? Es increíblemente importante.

—Sí —respondieron Lucia y Phoebe al unísono.

La respuesta más reticente de Gabrielle llegó un segundo después.

—Claro.

—Bien. Gracias. No debería ser por mucho tiempo; en cuanto se lo hayamos dicho a sus padres, habrá un anuncio oficial, y entonces ya no tendrán que mantener el secreto, ¿de acuerdo?

—Tengo que preguntar, Mia —dijo Phoebe, frunciendo el entrecejo y apareciendo una línea de preocupación entre sus perfectamente arregladas cejas rubias—, si es un secreto, ¿por qué demonios vas por ahí con ese anillo tan bonito en el dedo? Es un poco obvio, ¿no?

—No era mi *intención* —respondió ella, poniendo los ojos en blanco—. Se me olvidó quitármelo antes de salir. Ahora, ¿vas a callarte y dejarme contar la historia o qué?

Tres asentimientos.

—Gracias. Bien, las tres preguntas de Gabi, me alegra decirles, pueden ser respondidas de una sola vez. El quién es Elias Pym. Él me dio este *anillo de compromiso* cuando me propuso matrimonio, y yo acepté. Fue recién anoche, de ahí que no lo sepan. *Nadie* sabe nada, porque literalmente acaba de pasar, ¿de acuerdo?

Miró a sus amigas: Phoebe, de piel clara y cabello rubio, Lucia, de piel oscura y cabello negro, y Gabrielle, con su brillante melena castaña y un tono de piel profundamente bronceado, todo natural, gracias a sus constantes viajes al extranjero como asistente de un hombre de negocios que recorría el mundo.

Phoebe, que era abogada y, por lo tanto, increíblemente buena en hacer preguntas incómodas y obtener la verdad, rompió el silencio.

—Primero, felicidades. Admito que me ha sorprendido un poco esta noticia tan repentina, pero tus ojos se pusieron todos blandos

cuando hablaste de él, lo cual es definitivamente una buena señal. Entonces, ¿quién es? ¿Cómo se conocieron? ¿Y cuándo? Y... ¿no es todo esto un poco, bueno, rápido después de perder a Edward? ¿O es por eso? La vida es demasiado corta y todo eso...

—Oye —interrumpió Gabrielle, arrugando la nariz y tirándose el cabello por el hombro—, ¿y ahora quién no deja hablar a Mia?

Phoebe le lanzó una mirada fulminante a Gabrielle, pero no dijo nada, solo levantó la mano hacia Mia para animarla a hablar.

Mia presionó los labios un momento para reprimir su risa, luego respondió:

—¡Madre mía, esto es como la Inquisición Española!

Sacudió la cabeza, y justo cuando estaba a punto de comenzar a responder la siguiente ronda de preguntas, apareció el camarero guapo con dos copas de vino y un bol dividido en cuartos lleno de aperitivos salados. Colocó las copas frente a Mia y Gabrielle, y los bocadillos en el centro de la mesa.

—Oh, *gracias* —dijo Gabrielle, con un tono dulcemente azucarado—. Eres muy amable.

—De nada —respondió el camarero, sonrojándose ante su descarado coqueteo—. Avísenme si necesitan algo más, señoritas.

Hizo una pequeña reverencia y se apresuró a irse.

Lucia soltó una risa ronca.

—Creo que lo asustaste, Gabi.

La castaña se encogió de hombros y levantó su copa de vino.

—El hombre no sabe lo que le conviene.

Tomó un sorbo, lo que inspiró a Mia a hacer lo mismo.

—Entonces —dijo Phoebe de manera señalada, cuando Mia volvió a dejar su copa sobre la mesa—, ¿dónde estábamos?

—Estábamos en medio de una sesión de interminables preguntas —respondió Mia secamente—. Déjenme pensar... Bien, *él* es un banquero de inversiones de treinta años. Trabaja en Canary Wharf. Es increíblemente guapo, claro, estoy sesgada, pero aun así... nos conocimos en un evento benéfico en noviembre. Y sí, tal vez sea un poco rápido, pero solo porque estemos comprometidos no significa que nos casemos mañana. Será en algún momento de este año, pero ni siquiera hemos hablado de fechas aún. Y... —se detuvo,

preguntándose cómo responder a lo relacionado con su papá sin mentir. No podía exactamente decir que no tenía *nada* que ver con él. Cuando el peso de las miradas de sus amigas se hizo demasiado, finalmente dijo— Eso es todo, realmente. —Ojalá tomen la indirecta y dejen ese tema de la conversación en paz ahora.

—Felicidades, cariño. Parece que te has conseguido un buen partido, ahí. Un banquero de inversiones en Canary Wharf —dijo Gabrielle, impresionada—. Espero conocer a este hombre *increíblemente guapo*. Oye, ¿tienes una foto?

Joder. Justo cuando Mia pensó que había logrado llevar la conversación a aguas más tranquilas, Gabrielle tuvo que soltar eso, ¿verdad? Tomó otro sorbo de vino para intentar combatir su repentinamente seca boca.

—No, no tengo. Elias no es muy aficionado a las fotos.

—Qué egoísta, ese cabrón —respondió Gabrielle con una carcajada—. ¿No sabe que sus amigas quieren echarle un vistazo?

Las demás rieron, y Mia se unió a ellas, sintiendo cómo su pánico comenzaba a desvanecerse un poco.

—Honestamente, no ha salido el tema —respondió—. Pero me aseguraré de transmitirle tu mensaje. ¿Ya terminaste de interrogarme? ¿Podemos hablar de otra cosa? Quiero saber qué han estado haciendo ustedes, cómo les va en el trabajo, en sus vidas amorosas, todo. Y una vez que estemos al día, tal vez podamos hablar de... —hizo una pausa para efecto dramático—. ¡La planificación de la boda!

Como esperaba, Phoebe y Gabrielle se animaron mucho, saltando en sus sillas y aplaudiendo con entusiasmo.

Lo que *no* esperaba era que Lucia se quedara en silencio, jugueteando con una de sus trenzas hasta que las otras se calmaron, y luego dijera:

—Claro que podemos hablar de otra cosa, cariño. Primero, lo siento, pero tengo que preguntar... ¿cómo estás? Quiero decir, ¿realmente, desde que perdiste a tu papá? He pensado mucho en ti, pero respeté tu evidente necesidad de espacio. Pero me importa mucho, nos importas, y solo quiero asegurarme de que estés bien. O tan bien como se puede estar.

Y, así, de repente, el ambiente en la mesa cayó más rápido que un globo desinflándose. Mia asintió lentamente, reconociendo las palabras de Lucia, y luego tragó otro sorbo de su bebida. Exhaló profundamente y frotó el tallo de su copa.

—Aprecio mucho que me hayan dado espacio. Y sé que se preocupan por mí. Yo estoy... bueno, parafraseando tus palabras, Luc, estoy tan bien como se puede estar. Tengo días buenos y días malos. A veces, de la nada, me pongo a llorar, pero bueno, son solo los primeros días, ¿verdad? Lo extraño constantemente, pero me alegra que ya no esté sufriendo. La mayoría del tiempo intento mantenerme ocupada...

—Y lo consigues, sabiendo que eres tú —comentó Phoebe con una sonrisa cálida.

Mia le devolvió la sonrisa.

—Bueno, sí, *estoy* ocupada con la administración de la finca, pero me encanta. Y ahora, con la boda a la vista, ¡voy a estar aún más ocupada! Así que espero que estén listas para ayudarme. Especialmente tú, Lucia, espero que, con tus contactos en la industria de la moda, podamos encontrar el vestido perfecto sin mucho lío. Pero me estoy adelantando. —Se detuvo y sacudió la cabeza—. Por lo que sé, podríamos decidir casarnos en el extranjero o hacer una ceremonia pequeña e íntima. Realmente no tengo idea en este momento. *De todos modos*, ¿no estábamos hablando de otra cosa ahora? ¡Estoy harta de oír mi propia voz! ¿Podemos cambiar de tema, *por favor*?

Pasaron el resto de la tarde bebiendo vino, comiendo bocaditos, que el camarero repuso dos veces, lo que hizo que Gabrielle pensara que tal vez no estaba tan asustado como había parecido, poniéndose al día, chismeando y, en general, poniendo el mundo en orden. Cuando Mia bajó al subterráneo, tenía dolor de garganta por toda la charla que había tenido, pero su alma se sentía más ligera de lo que había estado en meses. Se prometió no dejar pasar tanto tiempo antes de ver nuevamente a sus amigas más cercanas. Se le escapó una sonrisa. Buena suerte con eso: con la boda que tenía que planear, no había duda de que las vería y escucharía más que nunca. Y tal vez eso era exactamente lo que necesitaba, algo de compañía

femenina para equilibrar el tiempo que pasaba con los hombres en su vida.

Lo único malo era que tendría que pensar cuidadosamente todo lo que decía frente a ellas, para no revelar la verdad sobre lo que realmente estaba pasando en su vida amorosa. Apartó rápidamente ese pensamiento, decidida a aprovechar el buen ánimo en el que se encontraba y llevarlo consigo hasta casa. Claro, pensó, *Tom me está esperando en casa. Si el prospecto de verlo no me mantiene de buen humor, entonces nada lo hará.*

Capítulo Siete

Era lunes por la mañana y Mia estaba sumergida en el trabajo. Acababa de enviar un correo electrónico cuando unos pasos acercándose y el crujido de las tablas del suelo la hicieron levantar la vista hacia la puerta de su oficina. Rara vez se molestaba en cerrarla, a menos que estuviera en una reunión o en una llamada confidencial. Sonrió ampliamente y se puso de pie de un salto al ver aparecer a Thomas, pero su sonrisa se desvaneció cuando se dio cuenta de que él llevaba un jarrón con flores.

Rodeó el escritorio y esperó a que él dejara las flores. Thomas las depositó en un rincón despejado del escritorio y luego abrió los brazos. Mia corrió hacia él de inmediato y se abrazaron con fuerza.

—Hola, preciosa —susurró él contra su oído, su barba áspera rozándole la mejilla—. Te he echado de menos.

Ella lo estrechó aún más y respondió:

—Yo también te he echado de menos —sorprendida al notar que su voz sonaba ahogada.

Thomas lo notó también. Puso las manos en sus brazos y la apartó suavemente para mirarla a la cara.

—Eh —dijo, sus ojos azules abiertos con preocupación—, ¿qué sucede? ¿Qué ocurre? En tus mensajes decías que estabas bien, que te lo estabas pasando bien en Londres. ¿Alguien te molestó? ¿Elias? ¿Alex? ¿Tus amigas?

Mia negó con la cabeza y se llevó una mano al pecho.

—No, no, nadie me molestó. Lo *juro*—añadió al ver su expresión de incredulidad—. Como te dije, te extrañé. No me había dado cuenta de cuánto hasta que te vi otra vez. Perdona, debo de estar volviéndome sentimental con la edad.

Thomas entrecerró los ojos, como si evaluara si le estaba diciendo la verdad. Entonces su mirada bajó de su rostro a su pecho y, de repente, sus ojos se abrieron tanto que parecía cómico.

Mia estuvo a punto de reprenderlo por mirarle los pechos en medio de una conversación seria, pero entonces sintió un vuelco doloroso en el corazón al darse cuenta de lo que realmente estaba

mirando. La mano que tenía sobre el pecho era la izquierda, adornada, como lo había estado desde el sábado por la noche, con un hermoso anillo de compromiso de oro y rubíes.

—Joder —dijo Thomas, pasándose una mano por el pelo y soltando un suspiro pesado—. Así que lo ha hecho. —Frunció el ceño y la miró a los ojos—. ¿Con Alex presente? Es un poco raro, ¿no? Incluso para... —agitó una mano entre ellos y luego en dirección a un lado— nosotros.

Mia negó con la cabeza.

—No, Alex no estaba. Vamos —señaló el sofá de cuero a un lado de la oficina—, sentémonos. Te lo cuento todo.

—Joder —repitió Thomas cuando ella terminó de relatarle los acontecimientos del fin de semana—. Todo está pasando, ¿verdad? —Sacudió la cabeza, incrédulo—. No me malinterpretes, me alegra que estés un paso más cerca de hacer este lugar oficialmente tuyo, pero me fastidia un poco que Elias y Alex aún no sepan de mí. Entiendo por qué no lo has dicho todavía —añadió rápidamente, antes de que ella pudiera protestar—, pero ahora que tu compromiso es oficial, creo que deberías contarles lo antes posible. Cuanto más lo retrases, peor será.

—Sí —respondió ella con resignación—. No hace falta que me lo digas. Créeme, lo sé perfectamente. Ya veré cómo lo hago. Pronto. Lo prometo.

Se inclinó hacia adelante y miró el ramo de flores. Eran hermosas y parecían haber costado una fortuna.

—¿Y de quién son las flores? No será alguien que acaba de enterarse de lo de papá, ¿verdad?

Sabía que no eran de Thomas. Él jamás le compraría flores cortadas porque sabía que prefería verlas crecer en el jardín en lugar de marchitarse en un jarrón.

Thomas se encogió de hombros.

—Ni idea. Llegaron ayer a la hora del almuerzo por Interflora. Afortunadamente el intercomunicador de la verja suena en la cabaña, si no, el repartidor no habría obtenido respuesta. No sé si se las habría llevado o las habría dejado en la puerta. Ni siquiera sabía

que entregaban los domingos. Pero las llevé a la cabaña y me aseguré de que tuvieran agua y alimento.

—Gracias. Si pagan lo suficiente, seguro que entregan cuando el cliente quiera.

—Ah —dijo Thomas, claramente llegando a la misma conclusión que Mia sobre quién podía haberlas enviado—. Supongo que sí. Pero, ¿por qué enviarlas ayer si sabía que seguías en Londres? ¿Por qué no esperar a que volvieras?

—Tal vez olvidó que tenía que reunirme con las chicas y pensó que volvía directamente a casa —dijo ella con un encogimiento de hombros, pero en cuanto lo dijo, supo que no era cierto. Había salido de su apartamento mucho antes de lo que ambos habrían querido para regresar al otro lado de la ciudad, ducharse y ponerse ropa limpia antes de su cita con sus amigas. Habían acordado que, la próxima vez que pudiera quedarse en su casa, llevaría una bolsa con cosas para pasar la noche.

Buscó el sobre y lo encontró entre unas ramitas de paniculata. Con cuidado, lo sacó de su escondite floral, lo abrió y deslizó la tarjeta.

Mia,

No puedo disculparme lo suficiente por haber cancelado nuestra cita. El deber llamó (¿estás segura de que no es demasiado tarde para dejarlo todo?). Me destroza haberte fallado y no haber podido verte. Espero que Elias te haya hecho pasar un buen rato y que estas flores sirvan, aunque sea un poco, para compensarlo, además de expresar lo muchísimo que lo siento.

Lláname pronto, por favor. Te echo de menos.

Alex xxx

—Oh —exclamó ella, alzando las cejas.

—Pareces sorprendida —comentó Thomas, haciéndola dar un respingo. Se había acercado a su lado sin que ella se diera cuenta, completamente absorta en las flores.

Ella le tendió la tarjeta.

—Son de Alex.

—¿Estás segura de que quieres que la lea?

—Por supuesto. ¿Por qué no? No tengo secretos para ti. Y cuando todo esto se aclare, no quiero que haya secretos entre *ninguno* de nosotros.

—De acuerdo.

Thomas leyó la tarjeta en silencio y luego se la devolvió con un resoplido.

—¿Qué? —preguntó Mia, guardando la tarjeta en el sobre antes de dejarlo sobre el escritorio, lejos de miradas curiosas—. ¿Qué tiene de gracioso? Lo llamaron al trabajo. Es cirujano, por el amor a la bondad. Salvar vidas es muchísimo más importante que una cita, ¿no crees?

—Por supuesto —protestó Thomas—. No me refería a eso. En su profesión, el trabajo siempre va primero. Es literalmente cuestión de vida o muerte. Es solo que... bueno... —una media sonrisa asomó a sus labios, aunque parecía esforzarse en contenerla—. Se nota que no te conoce muy bien si cree que un ramo de flores va a compensarlo. ¡Si ni siquiera te *gustan* las flores cortadas!

Mia le dio un manotazo en el brazo y le lanzó una mirada de reproche.

—No seas infantil. No me conoce bien. Yo tampoco lo *conozco* bien a él. Lo mismo con Elias. Pero no hay necesidad de competir, Tom. Tú me conoces desde hace más tiempo, me conoces mejor. Nadie discute eso. Pero si queremos que todo esto funcione a largo plazo, tenemos que entender que no hay lugar para rivalidades. Lo único que conseguirían sería darnos dolores de cabeza. No digo que vaya a ser fácil, sobre todo al principio, pero tenemos que encontrar una *forma* que nos funcione a todos. Y eso significa llevarnos bien.

Hizo una pausa.

—O, al menos, intentarlo.

Ella suspiró y bajó la mirada al suelo, con una sensación desagradable instalándose en su estómago. —Tú no... —Con esfuerzo, levantó la cabeza y encontró su mirada—. No estás cambiando de opinión sobre todo esto, ¿verdad? Sé que es poco convencional y, francamente, una locura absoluta, pero nunca habría dejado que las cosas llegaran tan lejos si no creyera que estabas bien con ello. Y lo estabas. ¡Tú me animaste! No sé qué haré si te

echas atrás ahora, Tom. No quiero hacer esto sin ti. Te necesito... te amo.

Sabía que sonaba necesitada, pero sus pensamientos salían de su cabeza directamente por su boca sin ningún filtro de por medio. Y a veces, eso era exactamente lo que *debía* suceder. Reprimirse no tenía cabida en una situación como la suya.

—Ey —dijo él, alargando la mano para atraerla a sus brazos.

Ella hundió la cabeza contra su pecho y le rodeó la espalda ancha con los brazos, aliviada al descubrir que su corazón latía tan rápido como el suyo.

—Shh... —Él le besó el cabello y le frotó la espalda—. Está bien, no te pongas así. Por *supuesto* que no estoy cambiando de opinión. Te lo dije antes, estoy en esto a largo plazo, y lo decía en serio. No te vas a librar de mí tan fácilmente. Te amo, también, pedazo de tonta. Y te extrañé cuando no estabas. Me alegra mucho que estés en casa.

Le tomó el rostro entre las manos y la obligó a levantar la vista para encontrarse con sus ojos, que brillaban de emoción. Ella tragó con fuerza y dejó escapar un profundo suspiro de alivio, sintiendo cómo su estado de ánimo se elevaba de nuevo. *Oh, esto es como estar en una maldita montaña rusa emocional.*

—Bueno, es mejor así. Ahora... —Sonrió—. ¿Por qué no me demuestras cuánto me extrañaste? Bésame.

Los labios de Thomas estuvieron sobre los suyos casi antes de que terminara de hablar, y ella sonrió contra su boca un instante más antes de enlazar los brazos alrededor de su cuello y devolverle el beso con entusiasmo. Poco a poco, todo lo demás desapareció: su angustia, su estrés, el resto del mundo y las personas que lo habitaban... solo quedaban ella y Thomas, envueltos el uno en el otro, física y emocionalmente. Y era maravilloso.

Las cosas se intensificaron rápidamente. De sus labios escapaban ocasionales gemidos y gruñidos mientras sus lenguas se entrelazaban y sus manos exploraban. Mia estaba felizmente aferrada a los musculosos, y muy *apretables*, glúteos de Thomas, y él intentaba desabrocharle el sujetador a través de la ropa cuando un chillido agudo de sorpresa llegó a sus oídos.

Se apartó de Thomas como si se hubiera quemado, a pesar de saber perfectamente que ya era demasiado tarde para eso. *Demasiado* tarde. Solo había tres personas, aparte de ella, que tenían acceso a la casa, y acababa de estar besuqueándose con una de ellas. Eso dejaba a James y a Betty, y dudaba mucho que James pudiera emitir un sonido así.

Con el corazón latiéndole tan rápido que sintió náuseas, apartó la mirada del rostro atónito de Thomas y la dirigió a la puerta.

Tal como había esperado, Betty estaba allí, pálida como un fantasma y boquiabierta. La mujer, normalmente una parlanchina, se había quedado inquietantemente muda.

Mia, aunque completamente mortificada, encontró un pequeño consuelo en el hecho de que al menos solo habían estado besándose, habría sido infinitamente más embarazoso si Betty los hubiera sorprendido teniendo sexo. Pero entonces... ¿no habrían cerrado la puerta si iban a acostarse juntos? ¿O al menos la habrían entornado? ¿Quién sabía? Claramente no estaban pensando con claridad ni siquiera para besarse con la puerta abierta de par en par. La oficina de Mia no era precisamente la estación de King's Cross, pero que James o Betty los vieran era totalmente posible. Obviamente.

Después de unos instantes de silenciosa conmoción entre los tres, Betty finalmente reaccionó. Sacudió un poco la cabeza, parpadeó con fuerza y luego miró de nuevo a Mia y a Thomas.

—Lo siento muchísimo, de verdad, no quería interrumpir. No tenía ni idea de que... —Se calló de golpe al fijarse en algo. Algo en la mano izquierda de Mia. Sus ojos se abrieron de par en par y el color subió a sus mejillas. Mia deseó que el suelo se abriera y la tragara.

¡Había visto el maldito anillo de compromiso! ¿Cómo demonios iba a salir de esta? No había manera de que Betty creyera alguna excusa absurda sobre que no era un anillo de compromiso, ¿por qué iba a hacerlo, si estaba en su dedo anular? y, dado lo que acababa de presenciar entre ella y Thomas, llegaría inevitablemente a la conclusión de que era con él con quien se iba a casar. Esta

revelación podía hacer añicos el futuro de Mia. *¡Mierda, mierda, mierda!*

Mia miró a Thomas y no se sorprendió al verlo tan horrorizado como ella se sentía. Podía prácticamente oír los engranajes de su cerebro girando a toda velocidad mientras él también intentaba desesperadamente encontrar una forma de sacarlos de este embrollo monumental.

—Mia —dijo Betty con frialdad, dando un paso dentro de la habitación y acercándose a ellos—. Dime, querida, ¿qué es eso que llevas en el dedo?

Mia levantó la mano y miró el anillo como si lo viera por primera vez. Luego tomó una decisión precipitada, rezando para que no empeorara todo cien veces más. Se volvió bruscamente hacia Thomas, le susurró "Lo siento" sin sonido y luego le cruzó la cara con una bofetada. Naturalmente, no había puesto mucha fuerza en el golpe, dado que no quería hacerle daño al hombre del que estaba perdidamente enamorada, pero el sonido resonó horriblemente en la habitación, que había quedado en completo silencio.

—¡No puedo creer que hayas hecho eso! —gritó, sintiendo que el nudo en su estómago se apretaba aún más—. ¡Estoy *comprometida*! ¿Sabes qué? Creo que deberías irte. Hablaremos de esto *más tarde*, cuando me haya calmado.

Cruzando mentalmente los dedos para que Thomas entendiera lo que intentaba hacer y no pensara que se había vuelto loca, además de captar el énfasis en las palabras "*más tarde*", le lanzó una mirada furiosa.

Él levantó las manos, con sorpresa en los ojos por un instante antes de que esta se desvaneciera en lo que Mia esperaba que fuera comprensión.

—Me voy, me voy. Lo siento.

Con eso, salió de la habitación como si tuviera a los sabuesos del infierno pisándole los talones. Dado el modo en que Betty lo fulminaba con la mirada, Mia pensó que los sabuesos infernales serían preferibles.

Cuando los pasos de Thomas se desvanecieron, la ama de llaves se giró hacia Mia, quien se encogió. ¿Iba a recibir ahora una

reprimenda? Dado que su relación con Betty era una especie de híbrido entre empleadora e hija adoptiva, era completamente posible.

Para su asombro, Betty la envolvió en un fuerte abrazo con sus brazos regordetes. Acariciándole el cabello con ternura, le dijo:

—¿Estás bien, mi amor? ¿No te ha hecho daño? ¡Lo mato si lo ha hecho!

Desesperada por ganar algo de tiempo para pensar en su próximo movimiento, Mia se aferró a la ama de llaves, fingiendo estar alterada. Aunque no era del todo fingido. ¡Estaba realmente angustiada! Se encontraba en un lío enorme y no veía salida. Si esto continuaba, su revuelto estómago iba a vaciarse allí mismo, en el suelo.

Después de varios minutos, Betty pareció incapaz de soportar el silencio por más tiempo. Igual que Thomas antes, le puso las manos en los brazos y la apartó un poco. Mirándola preocupada a los ojos, dijo:

—Por favor, dime algo. Te lo ruego. Cuéntame qué ha pasado... o al menos dime que estás bien. Que no te ha hecho daño. —Dejó escapar un sonido entre un suspiro y un gruñido—. Pensé que era un buen chico. Creí que se llevaban bien, que quizás estaban cortejándose. Pero claramente me equivoqué...

Jadeó y tomó la mano izquierda de Mia, alzándola para observar la joya en su dedo anular.

—¡Porque, en tus propias palabras, estás *comprometida*!

Mirando a Mia a la cara, con los ojos abiertos como platos, Betty dijo:

—¿Pero qué demonios está pasando aquí?

Capítulo Ocho

—Betty... —dijo Mia en tono conciliador, tomando a la ama de llaves del brazo y guiándola hacia el sofá, mientras seguía buscando desesperadamente en su cabeza una explicación plausible. Betty podía ser ingenua a veces, pero no era estúpida. En cambio, ella se sentía la mayor idiota del planeta por haberse metido en esta situación en primer lugar. ¡Si tan solo hubieran cerrado la maldita puerta!

—¿Por qué no te sientas? Voy a preparar una tetera. Buscaré unas galletas.

Justo antes de llegar a la zona de los asientos, Betty se soltó bruscamente y plantó los pies en el suelo. Meneó un dedo en el aire.

—¡No me trates como si fuera una imbécil, Mia Harrington! Puede que no sea tu madre, pero nos conocemos desde hace mucho tiempo y merezco algo mejor. Sé que, técnicamente, ahora eres mi jefa y puedes despedirme si quieres, pero solo intento cuidarte. No creo que eso sea motivo de despido. Estás actuando como si la que hubiera recibido un impacto fuera yo. Bueno, lo he recibido, pero ya me entiendes. ¿Por qué lo estás protegiendo? ¿Qué no me estás diciendo? Y si no es con Thomas con quien te vas a casar, ¿con quién demonios lo harás? ¿Y dónde lo has estado escondiendo?

Por ahora, al menos, Mia podía ser sincera.

—Tú... eh... no lo conoces, Betty. Vive en Londres.

—Ahh —dijo Betty como si acabara de resolver el mayor misterio del mundo. Mia casi pudo ver la bombilla encendiéndose sobre la cabeza de la ama de llaves—. Así que *por eso* te has estado largando a Londres cada vez que tienes oportunidad. Yo pensaba que era porque necesitabas alejarte de este lugar, de todos los recuerdos. Algo comprensible, por supuesto. Pero ahora veo que la verdad es que uno de esos... *chicos de ciudad* —escupió las palabras como si hubiera dicho "delincuentes peligrosos"— te ha llenado la cabeza de pájaros. Te ha conquistado. Sabe que acabas de heredar una propiedad y un montón de dinero, ¿verdad? —Levantó las cejas con intención.

Mia se quedó boquiabierta, incapaz de creer lo que acababa de oír. Parpadeó y negó con la cabeza.

—¡Betty! ¿Te *escuchas* a ti misma? Ni siquiera estás teniendo sentido. Llevas años insistiendo en que busque un buen hombre y siente cabeza, y ahora que estoy dando pasos positivos en esa dirección, acusas a mi prometido de ser un cazafortunas y a mí de ser una completa idiota.

—Yo no he dicho tal cosa —protestó la mujer mayor, cruzando los brazos y con una expresión parecida a la de un bulldog mascando una avispa.

—Tal vez no con esas palabras. Pero si crees que Elias solo está interesado en mí por mi dinero, entonces estás dando a entender que soy lo bastante tonta como para involucrarme con alguien así. Y no podrías estar más equivocada. Elias tiene dinero *de sobra*, que gana como exitoso banquero de inversiones. Además, proviene de una familia mucho más rica que la mía. Por último, pero no menos importante, firmará un acuerdo prenupcial. Y eso no tiene nada que ver con Elias en particular: es algo que le prometí a mi padre que haría antes de casarme. —En cierto modo, esa última parte era cierta. Alzó las cejas—. ¿Algo más, Betty? ¿Alguna otra acusación o insulto que quieras soltar? Porque si fuera tú, los diría ahora, ya que estás a punto de convertirte en la segunda persona a la que pido que salga de mi oficina en menos de quince minutos. Debe de ser algún tipo de récord. —Apretó los puños para intentar detener el temblor de sus manos, mientras una mezcla abrumadora de ira, miedo y conmoción le recorría el cuerpo.

La mujer mayor abrió la boca, pero en lugar de hablar, dejó escapar un pesado suspiro y dejó caer las manos a los costados. Un segundo después encogió los hombros y dijo:

—Muy bien, Mia. Creo que las dos hemos dicho suficiente... por ahora.

Se giró y dio un par de pasos hacia la puerta, pero se detuvo y miró por encima del hombro.

—En realidad, no he terminado. No del todo. Dejando de lado este asunto del matrimonio... si Thomas te hizo daño antes, o en cualquier otro momento, *debes* hacer algo al respecto. Ese tipo de

comportamiento es completamente inaceptable, y nunca me lo perdonaría si me quedara de brazos cruzados sin hacer nada cuando sospecho que algo no está bien. Especialmente ahora que tu pobre padre ya no está aquí para protegerte.

Gracias, Betty. Como si necesitara que me recordaras eso.

Mia negó con la cabeza.

—Betty, te juro que Thomas no me ha hecho nada. Lo que viste antes fue un malentendido. Hablaré con él más tarde y lo solucionaremos. Todo volverá a la normalidad.

Parecía que se le estaba dando bastante bien esto de decir la verdad sin revelar nada. Afortunadamente, porque su vida ya era lo suficientemente complicada sin que su boca la metiera en más problemas.

—Hmm—murmuró la mujer mayor—. Bueno, será mejor que vuelva al trabajo. ¡Hay mucho que hacer! —soltó una risa sin humor y siguió su camino.

Mia se quedó clavada en su sitio, observando cómo Betty se marchaba. Luego, en cuanto desapareció de su vista, se apresuró hacia la puerta y la cerró con suavidad antes de girar la llave en la cerradura. Cristo... ¡si tan solo se le hubiera ocurrido hacer eso antes, nada de esto estaría pasando! Apoyó la frente contra la madera fría de la puerta e intentó ordenar sus pensamientos.

Era inútil. Su mente parecía una caja llena de ranas hiperactivas.

Con un suspiro, se giró y se dirigió a la zona de asientos, dejándose caer en el sofá con total derrota. Agarró uno de los grandes cojines y lo abrazó contra su abdomen como si fuera un escudo. Entonces, al ocurrírsele una idea, lo levantó hasta su rostro y lo presionó contra su boca antes de soltar un grito que nació en lo más profundo de su ser y terminó casi completamente absorbido por la tela y el relleno del cojín. Pánico, miedo, frustración y un montón de otras emociones negativas se desbordaron, y al final solo le quedó un tremendo dolor de garganta, pero con una sensación mucho menos intensa de que iba a vomitar.

Dado que era una gran mejoría con respecto a cómo se había sentido minutos antes, se puso de pie, sacudió y esponjó el cojín antes de devolverlo a su lugar, y luego regresó a su escritorio. Se

sentó y tomó el vaso de agua que había dejado ahí más temprano. Bebió de un tirón dos tercios de su contenido, lo que alivió su garganta de inmediato, y volvió su atención a sus correos electrónicos, sintiéndose notablemente mejor tanto física como mentalmente. Distraer su mente con asuntos de trabajo le ayudaría aún más, ya que no le quedaría capacidad para preocuparse por su vida personal y por los acontecimientos de esa mañana.

Acababa de comprobar que todos los pagos del alquiler habían llegado y, para su alivio, así era, ya que perseguir inquilinos estaba en lo más alto de su lista de tareas indeseables, cuando su teléfono móvil empezó a sonar. Hizo una súplica silenciosa para que fuera alguien con quien quisiera hablar y sobre un tema agradable, y agarró el aparato.

Arjun Chaudary llamando, decía la pantalla.

Sus cejas se alzaron por cuenta propia mientras Mia forcejeaba con el teléfono y casi lo dejaba caer antes de lograr sujetarlo, tanto en sentido literal como figurado. Carraspeó y deslizó el dedo por la pantalla para contestar, llevándoselo al oído y esperando poder escucharlo por encima del latido que de repente le retumbaba allí.

—Hola, habla Mia Harrington.

—Hola, Mia Harrington —respondió la voz de ligero acento que le hizo estremecerse—. Habla Arjun Chaudary, dueño del Aventator, ¿me recuerdas?

¿Que si lo recuerdo? Joder, recordaría a un hombre tan increíblemente atractivo, aunque fuera dueño de un montón de chatarra destinada al desguace.

A pesar del estruendo de su pulso, se tomó un momento antes de responder, como si intentara ubicarlo. *Muy bien, Mia, qué manera de hacerte la interesante.*

—¡Arjun! ¡Por supuesto! ¿Cómo estás? Es un placer oírte.

—Muy bien, gracias. ¿Y tú? —De fondo se escuchaban sonidos que indicaban que iba conduciendo.

—Sí, sí, estoy genial, gracias —*mentirosa*—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Bueno... —Hubo una pausa y, cuando habló de nuevo, sonaba más dubitativo—. Cuando nos conocimos, fui increíblemente atrevido

y te invité a cenar. En aquel momento, me rechazaste por razones perfectamente comprensibles, pero dijiste que en otra ocasión podría ser posible. Así que espero que el almuerzo de hoy lo sea.

Frunció el ceño.

—¿Hoy? ¿Almuerzo?

—Sí. Lo siento, sé que es con poca antelación, pero voy de camino a tu zona para una cita esta tarde. Solo que no me di cuenta de lo cerca que estaría de tu pueblo hasta que apareció en la pantalla del GPS, de lo contrario, te habría llamado antes. Entenderé perfectamente si estás demasiado ocupada, Mia. Sé que es una falta de consideración de mi parte avisarte tan tarde, pero he pensado en ti a menudo desde que nos conocimos y, cuando me di cuenta... bueno, no pude resistirme. No te quitaré mucho tiempo, como digo, tengo una cita esta tarde. Pero sería maravilloso volver a verte.

Se pasó una mano por el cabello, con su cerebro funcionando a toda máquina. Ella quería distraerse del trabajo.

Pero entonces... ¿no sería Arjun una distracción? ¿Una distracción inteligente y atractiva? Y solo sería por un par de horas...

A la mierda. ¿Por qué no? Quizá lograra darle un giro positivo a lo que, hasta ahora, había sido un día de mierda.

—Sí, está bien. Me encantaría. ¿Dónde quieres que nos encontremos? ¿Y a qué hora?

—¿A las doce y media? En cuanto al lugar... no lo sé. Mi cita es en el campus universitario, a unos kilómetros de ti, pero no conozco la zona, así que quizá puedas recomendarme algún sitio.

—Er... está bien.

Buscó en su mente por un momento y luego pensó: *Oh, qué demonios*, y mencionó el pub de su pequeño pueblo. Que la vieran allí con un hombre podría despertar el interés de los lugareños, tal vez incluso provocar un poco de chismorreó, pero podía vivir con ello. No estaba haciendo nada malo y, por lo que sabían, podía tratarse de una reunión de negocios informal. Las mayores ventajas eran la cercanía a su casa y la deliciosa comida que servían allí. Ah, y el hecho de que le permitiría salir un rato. Sabía que no podría evitar a Thomas y Betty por mucho tiempo, pero, aunque solo fuera

por ganar un par de horas para relajarse, tenía que ser algo bueno, ¿no?

—De acuerdo. Supongo que, si lo has recomendado, la comida es buena.

—Sí, es increíble. Nada elegante. Solo buena y honesta comida de pub. Si buscas algo más gourmet, tendremos que ir un poco más lejos.

—No, no, buena y honesta comida de pub es perfecta. ¿Será fácil encontrar el lugar?

Mia soltó una risita.

—Oh, sí. El pueblo es diminuto y es el único pub. Si no lo encuentras, probablemente necesites gafas.

Arjun también rio, y el sonido cálido y melódico le provocó un cosquilleo en las venas.

—De acuerdo. Espero que mi vista no me falle, entonces. Nos vemos a las doce y media, Mia. Lo espero con ansias.

—Yo también. Nos vemos entonces. Adiós.

—Adiós.

El clic indicó el final de la llamada. Mia dejó el móvil sobre el escritorio y presionó el botón de inicio para iluminar la pantalla y ver la hora. Tenía alrededor de una hora y media para prepararse y llegar al pub. El centro del pueblo estaba a poco más de un kilómetro de su casa, así que podía caminar sin problemas, pero una mirada por la ventana la hizo descartar de inmediato esa idea. Por más que el aire fresco le ayudara a despejarse, no quería llegar a su almuerzo con Arjun pareciendo un gato mojado. La lluvia caía constante y unas nubes gris acero colgaban bajas en el cielo, indicando que el mal tiempo había llegado para quedarse un rato. Maldita sea. *Toca ir en coche, entonces.*

Trabajó otra media hora, luego apagó la computadora y se dirigió a su habitación para arreglarse y cambiarse. Un conjunto de jeans y camiseta estaba bien para los días de trabajo en casa, cuando no veía a nadie salvo a Thomas, Betty y James, pero un almuerzo requería un poco más de esfuerzo. No demasiado, claro: no quería que los chismes del pueblo se desataran demasiado. Lo ideal sería

encontrar algo bonito que diera la impresión de una *comida de trabajo en lugar de una cita improvisada*.

Tras bastante deliberación, eligió un vestido recto de color verde azulado con un estampado floral, que combinó con medias negras opacas y botas de tacón de aguja. Se puso un cárdigan encima, lo que sabía que arruinaba un poco el conjunto, pero tampoco quería morir de frío en el camino al pub; en un trayecto tan corto, la calefacción del coche apenas tendría tiempo de encenderse. Se lo quitaría en cuanto llegara: allí siempre hacía calor, sobre todo en el rincón con la estufa de leña encendida.

Cuando estuvo satisfecha con su atuendo, se retocó el maquillaje, se roció un poco más de perfume, añadió un collar y unos pendientes y se dispuso a salir. Estaba a punto de cruzar la puerta de su habitación cuando se dio cuenta de que estaba a punto de cometer un error. Otra vez. Negando con la cabeza ante su propia estupidez, volvió apresurada a su oficina y abrió la robusta caja fuerte que descansaba en una esquina. Sacó el joyero de su madre y levantó la tapa. Luego, retiró su anillo de compromiso, sintiendo una punzada de pesar al hacerlo, lo colocó dentro y cerró con llave.

Afortunadamente, no se topó con nadie en su camino al garaje y, en cuestión de minutos, ya estaba atravesando las verjas de la entrada de su propiedad. Siempre atenta a la seguridad, Mia esperó a que se cerraran completamente antes de continuar su trayecto al pueblo, subiendo un nivel más la velocidad del limpiaparabrisas a medida que la lluvia arreciaba. Conducía con cuidado por los estrechos caminos serpenteantes, consciente de que no todos los conductores reducían la velocidad en esas condiciones ni siempre se mantenían en su carril, y no tenía ninguna intención de sufrir un accidente.

A pesar de su precaución, llegó a su destino con unos minutos de sobra y se miró rápidamente en el espejo de vanidad del coche antes de sacar el paraguas de la guantera y correr hacia el refugio del pub.

Una vez dentro, dejó el paraguas empapado en el paragüero junto a la puerta y se dirigió al bar. Vio a Arjun de inmediato. ¿Cómo no iba a hacerlo? Un hombre asiático atractivo, con un traje

impecable y evidentemente caro, era algo poco común en ese establecimiento, así que destacaba. Y, además, ella ya lo *estaba* esperando.

Él la vio y su rostro se iluminó al saludarla con un gesto de la mano.

Mia sonrió con amabilidad, plenamente consciente de que, si parecía demasiado emocionada, llamaría la atención. Luego se abrió paso hasta donde Arjun la esperaba en la barra, asintiendo y saludando con cortesía a los lugareños que conocía en el camino.

—Hola —dijo cuando por fin llegó junto a él. Se acercaron para saludarse con un beso en cada mejilla y luego se separaron. Mia puso discretamente un poco más de distancia entre ellos.

—Hola, Mia. Me alegra que hayas venido. ¿Qué quieres tomar?

—Estoy conduciendo, así que solo un vino blanco con soda, por favor. Además, vuelvo al trabajo por la tarde.

Arjun asintió y transmitió su pedido al camarero, a quien Mia en realidad conocía bien: era el dueño del pub.

—Hola, Liam. ¿Cómo van las cosas?

Él asintió en señal de reconocimiento mientras comenzaba a preparar la bebida y le respondió por encima del hombro:

—Hola, Mia. Cuánto tiempo sin verte. Todo bien, gracias. ¿Vienes a comer?

Asintió por costumbre, aunque él todavía le daba la espalda mientras añadía la soda a su copa de vino.

—Sí. Solo un almuerzo de trabajo. ¿Hay sitio en el rincón?

—Claro que sí. Es un poco temprano para la mayoría, así que hay espacio de sobra por ahora. Ve y siéntate, iré a tomar sus pedidos en unos minutos. Los especiales están en la pizarra.

Se giró y colocó su bebida sobre la barra con una sonrisa.

Ella la tomó y la alzó ligeramente en un gesto de saludo.

—Gracias.

Capítulo Nueve

Mia y Arjun se sentaron en la mesa más cercana al fuego, y ella se quitó el cárdigan y lo colgó sobre el respaldo de su silla. Arjun hizo lo mismo con su chaqueta de traje. O no tenía intención de llevar corbata a su reunión, o simplemente aún no se la había puesto.

Arjun echó un vistazo a su alrededor, como si evaluara el entorno, y luego volvió a prestarle atención.

—Así que... ¿almuerzo de trabajo? —preguntó, alzando una ceja oscura con intención.

Mia se mordió el labio, y el rubor le subió a las mejillas.

—Sí, lo siento por eso. Este es un pueblo muy pequeño, y los lugareños son increíblemente curiosos. Si pensarán que estamos en una cita, el chisme se propagaría como el fuego.

Con un ceño fruncido que solo empañó ligeramente su atractivo rostro, Arjun respondió:

—Pero yo pensaba que estábamos en una cita. Aunque sea una terriblemente breve. ¿O me he adelantado demasiado? ¿Ha cambiado tu... estado sentimental desde la última vez que hablamos?

Se podría decir que sí. La última vez que hablamos, tenía una relación casual con mi jardinero y acababa de empezar otra con los dos hombres que conociste aquel fin de semana. Ahora estoy enamorada de mi jardinero, comprometida con uno de los otros dos y no he vuelto a ver al tercero desde entonces. Pero acaba de enviarme unas flores preciosas. Bastante jodido, ¿no?

Oh, ¿cómo se suponía que iba a responder a esa pregunta con sinceridad? Jugó con uno de los posavasos de la mesa, incapaz de mirarlo a los ojos.

—¿Mia? —la instó Arjun tras varios segundos de silencio—. ¿Estás bien? ¿He dicho algo indebido?

Finalmente, forzó su mirada a encontrarse con la de él, pero se salvó de responder en el acto cuando Liam apareció.

—Conseguiste tu mesa favorita, Mia —comentó con una sonrisa—. ¿Qué van a comer?

Mia desvió la atención hacia él y negó con la cabeza.

—Lo siento, ni siquiera hemos mirado el menú todavía —esbozó una sonrisa tensa—. Estábamos demasiado ocupados charlando, me temo.

Liam asintió con comprensión. Probablemente escuchaba esa excusa una docena de veces a la semana.

—No hay problema. ¿Vuelvo en unos cinco minutos?

—Sería perfecto, gracias.

Con un gesto de asentimiento, el dueño se retiró.

—Será mejor que decidamos qué queremos y hagamos nuestro pedido. No quiero que llegues tarde a tu reunión —dijo Mia, tomando uno de los menús.

Arjun la imitó, pero antes de abrir el suyo, la miró fijamente y dijo con tono grave:

—Una vez que hayamos pedido, ¿vas a responder a mi pregunta?

El corazón de Mia dio un brinco.

—S...sí.

Abrió el menú apresuradamente y lo alzó, ocultando su rostro... o más bien sus ardientes mejillas. Tanto por salir a almorzar para distraerse de las complicaciones de su vida. En lugar de eso, parecía que solo había añadido otra más a la creciente lista. Decirle la verdad era inevitable, pero la cuestión era: ¿se marcharía, o estaría dispuesto a salir con ella de todos modos?

Eres una completa idiota. ¿Acaso prosperas inconscientemente con la imprevisibilidad de estar con varios hombres a la vez? Tal vez deberías hacerte ver la cabeza.

En cuanto Liam se retiró con su pedido, Mia se volvió hacia Arjun y lo encontró mirándola expectante. Para su desgracia, nadie más se había unido a esa sección del pub, así que ya no tenía más excusas para no responder. Bebió un sorbo de su bebida en un intento de aliviar la sequedad de su garganta y dijo:

—No has dicho nada indebido, Arjun. Mi... estado sentimental... e...es complicado.

Los labios de Arjun se curvaron hacia abajo y sus oscuros ojos reflejaron decepción.

—Oh, ya veo. ¿Estás saliendo con uno de los caballeros con los que estabas ese fin de semana?

Una fina línea apareció entre sus cejas.

—¿Elias, quizá? ¿O es Alex?

Pausó. Entonces, sonrió... pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

—Un banquero y un cirujano. Dos opciones dignas para una mujer como tú.

Suspiró hondo y añadió:

—Solo lamento no haberte llamado antes. Ahora es demasiado tarde.

—No lo es.

Mia apenas podía creer que había pronunciado esas palabras. ¿Realmente las *había* dicho, o lo había imaginado?

Una mirada a la cara de Arjun le dio la respuesta, pero no la que había esperado. Su ceño se frunció aún más.

—¿No lo es? Pero ¿cómo es posible? Has dado a entender que tu situación ha cambiado, y la última vez que nos vimos, me dijiste que no eras la novia de nadie. Lo que me lleva a pensar que ahora sí lo eres. ¿Cómo podrías salir conmigo si estás en una relación con otra persona?

¡Mierda, no podemos tener esta conversación aquí! ¿Y qué se supone que vas a decirle? Apenas lo conoces, no puedes contarle los detalles más íntimos de tu vida. ¿Quién te dice que no irá por ahí contándolo? Pero si no le dices nada, no volverás a verlo. Por listo que sea, ni siquiera un genio podría entender tu situación sin una pista. ¡Maldita sea!

Se aclaró la garganta, lo miró a los ojos y dijo con firmeza:

—Creo, Arjun, que esta es una conversación para otro momento. Y definitivamente en otro lugar. Un lugar privado. Sé que parece que te estoy dando largas o poniendo excusas, pero como dije, es complicado y no quiero hacerle un flaco favor a nadie explicándolo mal. Quizá podrías visitarme en casa después de tu reunión. ¿O tienes que volver corriendo a Kent?

Durante un desagradable momento, pensó que él iba a levantarse y marcharse. En cambio, Arjun suspiró, cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz. Cuando volvió a abrirlos, su expresión se había suavizado, para alivio de Mia.

—No puedo fingir que me gusta la idea de tener que esperar hasta más tarde para saber qué tienes que decir. Mi imaginación ya está desbocada, ofreciéndome escenarios, cada uno más inverosímil que el anterior.

Y apuesto a que ni siquiera tu brillante mente ha llegado a la verdad, porque lo inverosímil se queda corto.

—Pero... me gustas, Mia, y te respeto, así que creo que nos debo a ambos escucharte. No sé exactamente cuánto tiempo estaré en la universidad. ¿Estarás disponible el resto del día? ¿Importa a qué hora pase por tu casa?

Ella negó con la cabeza.

—No, no importa la hora. ¡Dentro de lo razonable! —rió—. Si apareces a medianoche, lo único que encontrarás será una mujer adormilada y malhumorada.

Arjun esbozó una pequeña sonrisa.

—Por supuesto que no será *tan* tarde. No creo que siga en la carretera más allá de las cinco y media. ¿Te envió un mensaje cuando esté a punto de salir del campus?

—Sí, será lo mejor. Te enviaré mi dirección completa y el código postal en respuesta.

Luego, con un tono más animado, añadió:

—¿De qué trata tu reunión? ¿Es algo de lo que puedas hablar?

—Oh, sí, puedo hablar de ello. Aunque, para ser sincero, no hay mucho que decir todavía, ya que todo está en fase de investigación y discusión. Básicamente, espero forjar algún tipo de asociación con la universidad. Tienen un excelente departamento de tecnología y quiero ayudarlos a desarrollarlo. Estoy en una posición en la que puedo financiar becas para estudiantes, comprar o mejorar equipos, pasar tiempo con los profesores y los alumnos, enseñar, asesorar... lo que más necesiten.

Mia ladeó la cabeza.

—Eso suena maravilloso, pero si no es indiscreción... ¿qué ganas tú con esto?

—Principalmente, una sensación de logro. Estaré ayudando a jóvenes, fomentando mentes. Y esos jóvenes, con sus grandes cerebros, espero que logren cosas extraordinarias.

—¿Jóvenes? —Mia soltó una risita—. ¿Cuántos años tienes, Arjun? ¿Veintitantos? Tampoco es que seas precisamente viejo.

—Sí —respondió él—, tengo veinticinco, así que sigo siendo joven. Pero eso no importa. Tengo los medios y, como he estado trabajando para rodearme de personas en mi empresa en quienes confío para delegar muchas de mis tareas diarias, ahora tengo más tiempo. Puedo usar ese tiempo para ganar más dinero, que realmente no necesito, o puedo hacer algo verdaderamente valioso. Devolver algo, como dicen.

—Vaya, eso es muy altruista de tu parte. Me impresiona. Estoy segura de que la universidad estará encantada de contar contigo. Sería una locura que no te aceptaran. Financiamiento sin condiciones y un genio de la tecnología colaborando con ellos... no hay que pensarlo mucho, ¿verdad?

Arjun se encogió de hombros.

—Uno pensaría eso, pero a veces la burocracia y la administración pueden entorpecer este tipo de cosas. Supongo que lo único que puedo hacer es esperar y ver qué pasa.

—Cruzaré los dedos por ti —dijo Mia con una cálida sonrisa.

Él le devolvió el gesto, y por primera vez desde que se mencionó el tema de su situación sentimental, la sonrisa le llegó a los ojos.

—Gracias.

El estómago de Mia dio un vuelco. *Increíblemente atractivo, absurdamente inteligente y, además, desinteresado. ¿Habrá algún defecto en este hombre? No puede ser perfecto, ¿verdad? Si lo fuera... ¿cómo es que sigue soltero?*

En ese momento decidió averiguarlo... siempre que él se presentara en su casa más tarde y escuchara su explicación.

Arjun, aun sonriendo, se recostó en su silla. Mia trató de no mirar cuando el movimiento hizo que los costados de su camisa se

abrieran apenas sobre la parte más ancha de su pecho, revelando un atisbo de vello oscuro.

—Entonces, Mia, aparte de tu evidente interés por los coches caros, ¿qué más te gusta? ¿Cuál es tu historia? Me resulta extraño saber tan poco sobre una mujer que ha conducido mi coche favorito, pero aquí estamos.

—Eh... —volvió a jugar con el posavasos, sintiendo que su ánimo decaía. No tenía muchas ganas de hablar sobre su padre, pero ¿cómo iba a conocer a este hombre si se negaba a hablar de sí misma? El hecho de que él estuviera interesado era un gran punto a su favor, por lo que tenía que armarse de valor y hacerlo. Actuar como una adulta.

Era extraño cómo, semanas después, hablar de su padre se volvía cada vez más *difícil* en lugar de más fácil. ¿No decían que el tiempo lo curaba todo? ¿O acaso estaba empezando a salir de una especie de estado de shock y ahora sentiría su pérdida con más intensidad? Ojalá no fuera así. Ya era bastante duro. Mantenerse ocupada a menudo era lo único que la ayudaba a seguir adelante.

Justo antes de que el silencio se volviera incómodo, Mia alzó la vista y encontró los oscuros ojos de Arjun.

—Mi historia... bueno, empecemos por decir que no es particularmente feliz.

Arjun arqueó las cejas y su expresión adquirió un matiz de anticipación empática.

—Entendido.

Mia tragó saliva y comenzó a hablar. No le dio un relato detallado de su vida, solo los momentos clave, que, por supuesto incluían la muerte de sus padres, aunque con años de diferencia. Terminó mencionando detalles más superficiales, como sus pasatiempos, películas y series favoritas, su gusto musical... Y justo cuando estaba por invitarlo a hacer lo mismo, apareció Heather, la esposa de Liam, quien era la chef del pub, con sus platos.

—Hola, Mia, cariño —saludó con calidez—. Qué gusto verte. Hola, bienvenido —añadió para Arjun, quien inclinó la cabeza y le dedicó una sonrisa, haciéndola sonrojarse.

—Hola, Heather. Igualmente. Se ven *deliciosos* —respondió Mia, observando los platos de comida.

—Gracias. Tengo un Ploughman's y un sándwich de filete de pollo.

—El de pollo es mío, Heather, gracias —dijo Mia.

Heather dejó el plato frente a ella y el otro en el lugar de Arjun.

—Aquí tienen. Que lo disfruten.

—Estoy seguro de que lo haremos —dijo Arjun, dedicándole otra sonrisa—. Mia tiene razón, se ven deliciosos. Muchas gracias.

—Oh, eh, no hay de qué —respondió Heather, claramente nerviosa por la atención de Arjun—. ¿Les traigo algo más?

—No, creo que estamos bien. ¿Arjun?

Él negó con la cabeza, y Heather se alejó, pero no sin antes lanzarle una mirada disimulada y arquear las cejas en dirección a Mia, como si dijera: *¿Y este bombón?*

Mia apretó los labios para contener una sonrisa y luego tomó su sándwich.

El tiempo no estaba de su lado y, cuando terminaron de comer, apenas quedaban unos minutos antes de que Arjun tuviera que irse a su reunión.

—Quizás me permitas contarte sobre mí esta noche, Mia. Si no es demasiado atrevido de mi parte, podría recoger algo de comida para llevar de camino a tu casa y compartir una cena antes de hablar. No me quedaré hasta muy tarde, por supuesto, ya que debo volver a mi casa en Kent esta noche.

La visita de Arjun significaba que no tendría mucho tiempo para hablar con Thomas. *Mierda. No puedo dejarlo colgado después de lo que pasó antes. Seguro que se está preguntando qué diablos está pasando. Ya han pasado horas desde que lo eché de mi oficina. Por lo que sé, podría haber hecho las maletas y dejado una carta de renuncia.*

En el fondo, sabía que no sería el caso. Thomas quizá no fuera un genio de la tecnología, pero era un tipo increíblemente listo y perceptivo. Tenía que haber entendido que todo había sido una actuación para beneficio de Betty. Pero, aun así, no había intentado contactarla desde entonces... ¿Estaría esperando a que ella diera el

primer paso, en caso de que siguiera con Betty o atendiendo clientes? No habían hablado de trabajo, así que él no tenía idea de cuál era su agenda para el día. Tal vez solo estaba siendo considerado, profesional. Eso esperaba, al menos. *Le di una bofetada. Pobre tipo.*

Dándose cuenta de que no había respondido a Arjun, dijo:

—Sí, está bien. No hay muchas opciones de comida para llevar por aquí: básicamente pizza y comida china, creo. Tal vez haya más cerca de la universidad, por los negocios que atienden a los estudiantes. Pero ¿seguiría caliente la comida cuando llegues a mi casa?

—Hmm, sí, entiendo tu punto. Pero pizza o comida china me van bien. ¿Tienes preferencia?

Ella se encogió de hombros.

—Acabo de comer algo bastante contundente. No puedes esperar que ya piense en la cena.

—Verdad. ¿Qué te parece si te *llamo* cuando salga de mi reunión y decidimos en ese momento?

—Me parece perfecto

Capítulo Diez

De vuelta en casa, Mia se preparó una tetera de té y la llevó a su despacho. No había visto a Betty ni a Thomas desde que había regresado del pub, y James probablemente ya se había ido a casa, así que pensó que podría aprovechar unas horas de trabajo sin interrupciones.

Mientras esperaba a que la computadora se encendiera, aprovechó para ordenar su escritorio, algo que tenía pendiente desde hacía tiempo. Guardó un montón de documentos, tiró unas notas garabateadas que ya no necesitaba en la caja de reciclaje que guardaba en un armario del escritorio y puso sellos en un montón de cartas que debían enviarse. Solo cuando la superficie quedó relativamente despejada, su mirada cayó sobre el ramo de flores.

Mierda, ¡las flores!

Las cosas habían sido tan caóticas desde que Thomas se las había llevado esa mañana que apenas había pensado en ellas, y mucho menos en agradecer al hombre que las había enviado. Ay, Alex debía de pensar que era una grosera o una desagradecida... o ambas cosas. Sobre todo, si creía que había estado en casa el día anterior. No tenía idea de si había hablado con Elias ni, de ser así, de qué habrían conversado. Se miró la mano izquierda: a pesar del poco tiempo que había llevado el anillo, su dedo se sentía desnudo. ¿Sabía Alex que el compromiso ya era oficial?

Resistiendo la tentación de golpearse la frente contra el escritorio, Mia tomó su teléfono, le sacó una foto al hermoso ramo y la adjuntó a un mensaje de texto para Alex:

"Mil gracias por las flores preciosas. Aquí las tienes, ocupando un lugar de honor en mi escritorio. Y no hay nada que perdonar ni compensar: el hecho de que te necesitaran para salvar vidas es más que suficiente para mí. Espero que estés logrando descansar un poco. Perdón por no haberte escrito antes: no regresé de Londres hasta anoche y fue mi jardinero quien recibió las flores y me las trajo esta mañana. Ha sido un día de locos. Avísame cuando tengas tiempo libre y te llamaré. Espero verte pronto. Mia xxx"

Envió el mensaje, dejó el teléfono y volvió su atención a la computadora, que para entonces ya había cargado su bandeja de entrada. Con un suspiro, eliminó un puñado de correos basura y comenzó a revisar los mensajes legítimos. Muchos eran solo informativos y no requerían respuesta, así que los leyó, los procesó y los archivó en sus respectivas carpetas para futuras referencias.

Cuando leyó por tercera vez un mensaje de uno de sus inquilinos y se dio cuenta de que no había entendido nada, apartó la vista de la pantalla con un gruñido. Su mirada cayó sobre la tetera, recordándole que todavía no había tomado ni una gota de té. Probablemente ahora estuviera bastante fuerte, después de haber dejado los saquitos dentro tanto tiempo, pero quizás un extra de cafeína era justo lo que necesitaba para poner su cerebro en marcha. Se sirvió una taza, agregó leche y azúcar y bebió el líquido caliente y reconfortante mientras intentaba, una vez más, concentrarse en el correo.

Para cuando terminó la taza, había llegado a la conclusión de que el problema no era su inquilino, sino ella. Las palabras, las frases y los párrafos estaban escritos y estructurados correctamente; lo que fallaba era su mente dispersa. Bien podría haber estado escrito en latín. Marcó el mensaje como no leído y decidió volver a él más tarde.

Ella suspiró de nuevo. Quedarse ahí sentada mirando la pantalla no le hacía ningún bien a nadie. Y, si era completamente honesta consigo misma, sabía perfectamente por qué tenía problemas para concentrarse en algo más que lo absolutamente mundano. Thomas. Tenía que arreglar las cosas con Thomas. El trabajo podía esperar, él era *mucho* más importante.

Sin molestarse en apagar la computadora otra vez, salió apresurada de su oficina, atravesó la casa y salió a los jardines. Solo cuando iba a mitad del parterre se le ocurrió que habría sido más fácil llamarlo primero para averiguar exactamente dónde estaba, pero ya era demasiado tarde, pues había dejado su móvil sobre el escritorio. Al menos había dejado de llover, aunque una mirada al cielo la hizo preguntarse cuánto tiempo más duraría ese estado de cosas.

Después de casi veinte minutos, y gracias al sonido metálico del rastrillo arrastrándose por el suelo, lo encontró despejando hojas secas de un gran parterre. Estaba rodeado por un sendero y un seto alto y frondoso, por lo que, de no haber sido por el ruido que hacía, probablemente habría pasado de largo sin darse cuenta de que él estaba allí.

—Hola —dijo, acercándose hasta la parte del sendero más próxima a donde él trabajaba, con el corazón latiéndole con fuerza mientras esperaba su reacción. Pero no hubo ninguna, ni siquiera un respingo, y una punzada de inquietud le llenó el estómago hasta que vio la razón de su falta de respuesta: los cables de unos auriculares colgaban de sus oídos y desaparecían bajo el cuello de su chaqueta. Probablemente estaba escuchando a todo volumen una de sus horribles canciones de heavy metal y no podía oírla.

No tenía intención de pisar el parterre, ahora estaba vacío de plantas, pero gracias a Thomas sabía que docenas, probablemente cientos, de bulbos estaban enterrados bajo la tierra y empezarían a florecer en las próximas semanas, si no lo habían hecho ya, para ofrecer un estallido de color y belleza en primavera. Observó el barro adherido a las botas de lluvia, sin duda empeorado por la lluvia de antes, y no tenía ningún deseo de ensuciarse el calzado. Optó por seguir rodeando el sendero hasta entrar en su campo de visión.

Se notó el momento exacto en que él la vio: dio un respingo y se llevó una mano al pecho, con expresión de sorpresa. Con la izquierda, se quitó los auriculares de los oídos, mientras que con la derecha aún sujetaba el rastrillo.

—¡*Ahí* estás! —dijo, con el alivio reflejado en el rostro—. Estaba tan preocupado... ¿Dónde has estado? ¿Estás bien?

La recorrió con la mirada como si buscara signos de alguna herida, luego cruzó con cuidado la tierra hasta ponerse a su lado en el sendero. Ahora que estaba cerca, ella podía oír la música amortiguada que aún sonaba en los auriculares.

Agradeciendo enormemente que pareciera preocupado y no molesto, respondió:

—Sí, estoy bien. ¿*Tú* lo estás?

Le acarició suavemente la mejilla que le había abofeteado antes, aliviada al comprobar que no quedaba marca alguna. Su barba le raspó la palma, y su mente saltó de inmediato al recuerdo de cómo se sentía aquella misma aspereza contra la piel de sus muslos internos. ¡Por el amor a la bondad, Mia, ahora no!

Él soltó una risita y rebuscó en su abrigo durante un instante. Los auriculares quedaron en silencio.

—Hace falta más que una bofetada para hacerme daño. Aunque admito que fue toda una sorpresa. Aun así, apuesto a que no tanto como para Betty. ¿Qué pasó después de que me fui?

Mia le contó lo sucedido hasta el momento en que Betty salió de la oficina.

—Maldición —dijo Thomas, pasándose una mano distraídamente por el pelo—. Eso fue intenso. No has hablado con ella desde entonces, ¿verdad?

Mia negó con la cabeza.

—No me he atrevido. Quería esperar hasta calmarme... y hasta que ella también se calmara. Y luego... bueno, hay algo más.

—Oh, ¿es que siempre tiene que haber algo más? —respondió él con un gruñido.

Ella continuó la historia, relatando la llamada de Arjun y la cita para almorzar que siguió. Terminó con:

—Me di por vencida con el trabajo porque no podía concentrarme. Tenía que venir a hablar contigo. Pensé que estabas enfadado conmigo, sobre todo porque no volviste ni me llamaste o enviaste un mensaje.

—No podía volver, Mia. No sabía si estabas sola, ¿verdad? No quería empeorar la situación. ¿Y por qué habría de estar enfadado? ¿Por la bofetada? ¿O por lo que dijiste antes de darme la bofetada?

—¡Por todo! No fue una buena reacción.

—No, no lo fue, pero entiendo que estabas acorralada y no veías otra salida. Además, yo tengo tanta culpa como tú. No es que me haya quedado ahí quieto mientras me besabas, ¿o sí? —Esbozó una pequeña sonrisa—. Entiendo por qué hiciste lo que hiciste, por qué dijiste lo que dijiste, y te perdono. Solo, por favor... no lo conviertas en costumbre, ¿de acuerdo?

Ella le devolvió la sonrisa y luego asintió.

—Por supuesto que no. Nunca quise hacerlo, y me he odiado por ello desde entonces. No puedo creer que no estés enfadado y que me perdones. ¿Qué demonios he hecho para merecerte?

—Más bien, ¿qué has hecho *tú* para acabar cargando conmigo?

Ella puso los ojos en blanco.

—No digas tonterías.

—Da igual eso... ¿qué vas a hacer con Arjun? ¿Es buena idea empezar a salir con alguien más cuando Elias y Alex aún no saben lo nuestro y el compromiso todavía no se ha anunciado? La situación ya es bastante delicada.

Ella se encogió de hombros.

—No sé si *voy* a empezar a salir con él. Desde luego, no puedo iniciar nada sin contarle la verdad, y no tengo idea de cómo reaccionará cuando lo sepa. Puede que lo acepte... hace seis meses habría dicho que era muy poco probable, pero últimamente he descubierto que todo es posible... o puede que no. Al menos, si soy sincera desde el principio, no habrá sentimientos profundos de por medio. De todos modos... —entrecerró los ojos—, ¿qué ha hecho que cambies de opinión? Creí que estabas bien con que tal vez saliera con Arjun.

—Lo estaba... lo *estoy*. Lo que *no* me gusta es que puedas salir herida o estresarte. Ya has pasado por bastante, y cada vez está más claro que todo este asunto del harén implica mucho equilibrio y malabarismos, y la mayor parte recae sobre ti. Ahora mismo, nada está saliendo del todo según lo planeado y sé que te preocupa. Solo quiero que sumar a Arjun a la ecuación no sea la gota que colme el vaso, ¿de acuerdo? —Hizo una pausa y un destello apareció en su mirada—. Y no tiene absolutamente nada que ver con el hecho de que sea ridículamente atractivo, absurdamente inteligente y rico.

A pesar de saber perfectamente que intentaba aligerar el ambiente, Mia no pudo evitar preguntar:

—¿Cómo *sabes* que es ridículamente atractivo?

—Puede que solo sea un humilde jardinero... —ignoró la mirada de fastidio y la sacudida de cabeza de Mia—, pero sé usar internet. Y, por suerte para mí, Google sabe cómo se escribe bien su apellido.

Es toda una celebridad en los círculos de ciencia y tecnología, ¿sabes?

—¿Ah, sí? ¿Y qué más te ha contado internet sobre él?

—Nada sobre su vida privada, si es eso lo que estás insinuando —respondió con una ligera elevación de ceja.

El calor subió a sus mejillas, volviendo inútil cualquier intento de negarlo.

—A veces es un fastidio que me conozcas tan bien. Es solo que... bueno, es raro que sea joven, guapo, inteligente y rico, y aun así esté soltero. Y, a menos que esté jugando algún juego enfermizo conmigo, cosa que no creo, no es gay. Cualquiera pensaría que tendría a las mujeres cayendo a sus pies.

Thomas negó con la cabeza.

—Nah, yo tampoco le veo pinta de gay.

—¡Ni siquiera lo has conocido! —exclamó ella, incrédula.

—Eso se puede solucionar pronto, ¿no? —replicó él sin perder el ritmo y luego miró su reloj—. Llega en un par de horas. ¿Por qué no le dices que traiga comida para tres?

Por una vez, Mia no pudo decir si bromeaba o no, así que decidió desafiarlo.

—Sí, está bien, lo haré. ¿Te apetece pizza o comida china?

Él se encogió de hombros.

—Me da igual. Feliz de ir con la mayoría.

Luego guardó silencio y alzó la vista al cielo.

—Uf, ¿eso ha sido lluvia?

—No lo sé... oh, sí, ahora lo sentí también —respondió ella, incluso mientras su mente seguía dando vueltas a la idea de que Thomas quisiera conocer a Arjun. Arjun, quien aún podía echarse atrás en cuanto supiera la situación. Ni siquiera había conocido a los otros hombres que formaban parte de su vida todavía. Pero tal vez Thomas solo aprovechaba la cercanía de Arjun... sabía que también tenía ganas de conocer a Elias y a Alex.

—Vamos —dijo Thomas, tomándola de la mano—. Busquemos refugio antes de que empiece a llover a cántaros... mira esa nube negra.

Empezó a caminar y ella apresuró el paso junto a él, saliendo de esa sección del jardín hasta el sendero principal, donde Thomas se detuvo y la miró.

—Estamos más o menos a la misma distancia de la casa y de la cabaña. ¿A dónde quieres ir?

Ella echó un vistazo a su ropa y sonrió al ver la mancha de barro en el lado de su cuello.

—A la cabaña, creo. Allí no nos encontraremos con nadie y, además, deberías ducharte y cambiarte antes de que llegue Arjun.

—¿Por qué? —reanudaron la marcha hacia la cabaña—. ¿No soy lo bastante bueno para conocer a tu posible nuevo novio, así como estoy?

Ella frunció el ceño.

—No pongas palabras en mi boca. Sabes perfectamente que no es eso lo que quise decir. No conocerías a *nadie* con esa pinta, ¿por qué Arjun debería ser la excepción?

Él le lanzó una mirada de soslayo, con una sonrisa ladeada en los labios.

—No parece molestarte cuando estoy sucio y oliendo mal. De hecho, creo que hasta te gusta. ¿Soy tu “hombre rudo” comparado con tus otros pretendientes, con su ropa de diseñador y sus perfumes caros?

Ella le apretó la mano con fuerza, aunque sabía que no le haría daño.

—Ahora lo estás diciendo solo para fastidiarme, déjalo.

Podía protestar, pero sus palabras le habían dado algo en qué pensar. ¿Había dado en el clavo sobre por qué todo este asunto de tener múltiples parejas, una vez resueltas las complicaciones, por supuesto, le resultaba atractivo en vez de aterrador? Sí, al principio solo había sido un medio para un fin, pero cuanto más se adentraba en ello, más quería que funcionara a largo plazo con Elias, Alex y Thomas... y quizá también con Arjun. Eran todos tan distintos, pero cada uno tenía algo que la unía a él, una conexión, un punto en común. Claro, comparado con los otros tres, Thomas probablemente sí era su “hombre rudo”, pero a ella no podía importarle menos. Las condiciones del testamento de su padre la obligaban a casarse con

alguien de estatus para poder heredar, pero a ella le daba igual todo ese rollo del estatus. Se casaría con Thomas sin dudarlo si pudiera, pero no era posible. La finca era tan importante para ella como él, y por suerte estaba en una posición en la que podía tener ambas cosas, aunque implicara casarse con alguien que no era él.

Abrumada por la suerte que tenía, le apretó la mano, esta vez con más suavidad.

—Te amo.

Él la miró y sonrió ampliamente.

—Yo también te amo. Pero... —su sonrisa se desvaneció—, ¿qué vas a hacer con Betty? Parece que estaba bastante cabreada... con los dos. Solo para que lo sepas, si la veo, salgo corriendo.

—¡Argh! ¿Realmente tenemos que hablar de eso ahora? Acabo de arreglar las cosas contigo y en breve tendré que decirle a un atractivo multimillonario de la tecnología que me va la poliandria. ¿Puedo ocuparme de una cosa a la vez, por favor?

—Sí, está bien —respondió él con buen humor—. Pero antes de que hagas eso, hay algo en lo que podrías ayudarme, si quieres.

—Por supuesto. ¿Qué necesitas que haga?

Llegaron a su cabaña justo cuando él apoyaba el rastrillo contra la pared. Luego metió la mano en el bolsillo, sacó las llaves y abrió la puerta, haciéndole un gesto para que pasara antes de seguirla y cerrarla tras de sí.

—Bueno —continuó, quitándose las botas embarradas y dejándolas en el felpudo—, la verdad es que me vendría *bien* un poco de ayuda para lavarme la espalda...

Una risa sorprendida escapó de sus labios.

—¡Tom! Por un momento pensé que hablabas en serio, que de verdad necesitabas mi ayuda con algo.

Él hizo un puchero y la miró con ojos grandes.

—Sí la necesito...

Dicho esto, se desabrochó y se quitó el abrigo, lanzándolo sobre el respaldo del sofá. Su camiseta le siguió de inmediato, y cuando sus manos se dirigieron lentamente al cinturón, la mirada de Mia las acompañó.

—Bueno —dijo ella, con una sonrisa extendiéndose en su rostro
—, visto así...

Capítulo Once

Mia se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras, con Thomas pisándole los talones. En cuestión de minutos, estaban desnudos y en el baño.

—Cuando dejé mi trabajo para venir a arreglar las cosas contigo, esto no era exactamente lo que tenía en mente —dijo Mia, sacando dos toallas gruesas y suaves del armario y colocándolas en la barra, listas para cuando terminaran en la ducha.

Thomas miró por encima del hombro mientras ajustaba la temperatura del agua.

—Tampoco era lo que yo tenía en mente cuando comencé a limpiar las hojas muertas de ese macizo de flores, pero aquí estamos. No te estás quejando, ¿verdad? —añadió con una sonrisa.

—¿Qué crees tú? —Ella se acercó por detrás, rodeó su cintura con los brazos y presionó su cuerpo contra su espalda. El calor de su piel se filtró en la de ella, y un escalofrío de placer la recorrió, concentrándose en su entrepierna. Él olía a sudor fresco con un toque de gel de baño, y ella grabó ese aroma en su memoria. Comenzó a explorar su cuerpo musculoso; disfrutando la sensación de los vellos ásperos en sus pectorales bajo sus dedos, antes de deslizarse lentamente por su abdomen, con la intención de provocarlo. Sin embargo, antes de que avanzara mucho más, sus manos rozaron el miembro de Thomas, ya rígido y ardiente. Lo agarró, sintiéndose satisfecha cuando este se hinchó aún más bajo su toque.

—Supongo que no importa lo que ninguno de los dos tuviera en mente... claramente se nos ocurrió una idea mejor, ¿no?

—Puedes decirlo otra vez —respondió Thomas con voz ronca. Dejó caer la cabeza hacia atrás, disfrutando obviamente de los suaves movimientos de bombeo que Mia le prodigaba. —De todos modos —aclaró su garganta—, ¿entramos en la ducha? De lo contrario, todo habrá terminado antes de empezar.

Ella lo soltó y retrocedió, luego entraron en la bañera y Thomas corrió la cortina.

—Entonces —dijo ella, arqueando las cejas—, ¿tu espalda está sucia?

Thomas asintió con énfasis, con una expresión de inocencia en su rostro.

—*Completamente.*

—Veamos qué podemos hacer al respecto, ¿te parece?

Él se movió para colocarse directamente bajo el chorro de agua, mojándose bien el pelo y el cuerpo. Luego le pasó a Mia una botella de gel de ducha y se dio la vuelta.

Ella disfrutó de la deliciosa vista mientras abría la tapa y vertía un poco del líquido viscoso y azul brillante en su palma. Hombros anchos, nalgas altas y tensas, muslos gruesos... todo enmarcado por el agua y el vapor que aumentaba rápidamente. Se lamió los labios y sonrió abiertamente. Realmente no le importaba si él era un poco rudo o el gobernante del universo; lo amaba y lo deseaba, y eso era todo lo que importaba.

Después de dejar el gel de ducha en el borde de la bañera, extendió el líquido en sus manos y las colocó sobre los hombros de Thomas. Se detuvo un momento para permitir que el gel azul resbalara por su espalda, luego comenzó a frotar la parte superior de sus hombros, hundiendo las yemas de los dedos en su carne, en algo que estaba entre un lavado y un masaje. Continuó por sus brazos, tomándose un tiempo extra para disfrutar de la dureza de sus bíceps y tríceps, antes de volver a sus omóplatos y descender gradualmente. Para cuando llegó a la parte superior de sus nalgas, el calor que la abrumaba no tenía nada que ver con el agua: estaba extremadamente excitada y no deseaba nada más que sentir su grueso miembro dentro de ella. Pero, decidida a continuar su juego sensual, siguió adelante: lavó sus nalgas, incluso se adentró entre ellas y rozó con los dedos el nudo de su ano, luego bajó por cada una de sus piernas antes de agarrar sus caderas y pedirle que se diera la vuelta.

Se había arrodillado para tener acceso a sus piernas, por lo que, cuando él se giró, su miembro quedó justo frente a su cara. Lo tomó en su mano y lo miró.

—¿Esto también está sucio?

—Sí. Incluso más que mi espalda, creo —respondió él con una sonrisa pícaro que hizo que su entrepierna se contrajera.

—Bueno, entonces tendré que frotarlo aún más a fondo que tu espalda, ¿no? —Agarró el gel de ducha y vertió más en su mano antes de volver a colocarlo. Luego centró su atención en el miembro de Thomas, rígido y apuntando descaradamente hacia su cara. Lo acarició suavemente con las manos, sonriendo cuando la acción tiñó su piel de azul.

—¡Tienes un pene de Pitufo!

Su risa resonó en su cuerpo, y su miembro se estremeció en sus manos. Bajó su mano izquierda hasta sus testículos y los sostuvo. Con su mano derecha, apretó su agarre y comenzó a moverla a lo largo de su miembro, disfrutando de cómo la resbaladiza textura del gel le permitía deslizarse hacia arriba y hacia abajo con facilidad. Cuando vio el líquido preseminal acumulándose en la punta, Mia estaba ansiosa por probarlo, pero no tanto como para llevarse un bocado de gel de ducha. Ignoró sus impulsos un poco más, luego se aseguró de lavar a Thomas de cuello a tobillos por delante, antes de animarlo a enjuagar la espuma, lo cual él hizo.

Cuando se volvió hacia ella nuevamente, ella seguía de rodillas, lista y esperando para continuar donde lo había dejado. Sus ojos estaban oscuros y cargados de lujuria, él bebió la imagen de ella y apretó su miembro, bombeándolo un par de veces antes de dirigirlo hacia su boca. Ella se abrió de buen grado y agarró sus nalgas mientras él retiraba su mano y continuaba introduciendo su miembro entre sus labios. Luego usó el apalancamiento para llevarlo más profundo, y aún más, hasta que el glándulo rozó su reflejo nauseoso. Thomas gimió.

Mia retrocedió ligeramente, luego se aseguró de humedecer bien su miembro con saliva antes de envolver los dedos alrededor de la base de su miembro y comenzar a mover su boca hacia arriba y hacia abajo sobre él. Alternó entre aplicar una succión fuerte y mover su lengua alrededor de él, provocándolo y atormentándolo hasta que estuvo claro que estaba al borde del clímax.

Él buscó a tientas por un momento, luego enredó sus manos en su cabello, sosteniendo su cabeza mientras ella aumentaba el ritmo.

—Mierda, Mia, eso es... tan bueno. Voy a venirme pronto.

Dado que ese era el objetivo, ella no se molestó en responder. En cambio, lo chupó más fuerte y más rápido, movió su mano izquierda hacia sus testículos nuevamente, luego deslizó un dedo detrás de ellos para presionar y frotar la piel suave de su perineo.

La estimulación adicional llevó a Thomas al límite. Su agarre en su cabello se apretó, enviando chispas de dolor a través de su cuero cabelludo, y dio un par de sacudidas con sus caderas antes de que sus testículos se tensaran y dispararan su carga en su boca. Ella movió sus manos de vuelta a sus nalgas, clavando sus uñas en su carne mientras tragaba su semen.

Cuando terminó, él retrocedió, sacando su miembro de su boca haciendo un pop. Mia estaba a punto de levantarse cuando Thomas deslizó sus manos debajo de sus brazos y la levantó de un tirón. Su jadeo se cortó cuando él capturó su boca y la envolvió en un beso lento y ardiente.

Lo interrumpió solo por un segundo para darle una amplia sonrisa y decir:

—Tu turno —antes de continuar el beso mientras deslizaba una mano entre sus cuerpos y buscaba su entrepierna, que estaba húmeda y ansiosa, con su clítoris palpitando de necesidad.

Ella gimió en su boca mientras él tocaba su sensible piel. Primero la cubrió con su mano grande y cálida, y la apretó con fuerza, haciendo que Mia gruñera y moviera sus caderas, instándolo a continuar. Pero él no necesitaba ningún estímulo, en realidad. Deslizó dos de sus dedos por su interior, recogiendo sus jugos y pasándolos sobre su clítoris hinchado y necesitado. Luego comenzó a alternar entre hacer círculos y presionar el pequeño haz de terminaciones nerviosas, enviando descargas de placer a través de todo su cuerpo. La presión se acumuló en su vientre bajo, aumentando con cada segundo que pasaba, con cada movimiento medido de los hábiles dedos de Thomas.

No pasó mucho tiempo antes de que se aferrara a él, preocupada de que sus piernas ya temblorosas no la sostuvieran cuando llegara al clímax. Pero entonces, no muy diferente a la ruptura de una presa, su orgasmo la golpeó, y la preocupación desapareció por

completo de su mente, dejando solo sensación, solo placer, que gradualmente se transformó en una intensa satisfacción.

Thomas la envolvió en sus brazos y la atrajo hacia él, luego le dio un beso en la frente.

—Vamos —dijo suavemente—, ahora vamos a limpiarte.

Con eso, él los maniobró con cuidado hasta intercambiar posiciones, permitiendo que el agua de la ducha cayera sobre la piel hormigueante de Mia. Ella se quedó quieta y en silencio, aún sumida en la neblina del orgasmo, mientras él le lavaba y enjuagaba el cabello con rapidez, pero con destreza, y luego hacía lo mismo con su cuerpo. Tras asegurarse de que ambos estaban completamente libres de jabón y espuma, Thomas cerró el grifo y salió de la bañera. Mia lo observó con una leve decepción cuando tomó una de las toallas que ella había dejado listas y se la enrolló alrededor de la cintura, ocultando algunas de sus partes favoritas de él.

Pero no pudo evitar sonreír cuando él tomó la segunda toalla, se acercó a la bañera y se la tendió. Mia salió con cuidado y murmuró su agradecimiento cuando él la envolvió en la suave y esponjosa tela impregnada con el aroma del suavizante y la llevó en brazos hasta el dormitorio.

—Bueno —dijo con voz espesa, tras recuperar finalmente el habla—, eso fue divertido.

Thomas soltó una carcajada y la dejó sobre la cama.

—Eso es quedarse corto. Lástima que no tengamos tiempo para seguir.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

Él hizo un gesto con la cabeza hacia el reloj de la pared, que marcaba apenas unos minutos para las cinco.

—¡Mierda! ¿Cómo demonios se hizo tan tarde?

Con una sonrisa ladeada, Thomas respondió:

—Dicen que el tiempo vuela cuando te diviertes, ¿no?

Ella le sacó la lengua antes de saltar de la cama.

—Ay, será mejor que me vista y vuelva a la casa antes de que llame. Puede que ya lo haya hecho—dijo que lo más tarde que pensaba salir de la reunión era a las cinco y media. ¡Joder!

Mientras se apresuraba hacia el armario, Thomas preguntó:

—¿Qué estás haciendo? ¿Vas a ponerte algo mío? No creo que sea buena idea, ¿o sí? Normalmente no me importaría, pero...

Abriendo las puertas y rebuscando dentro, Mia respondió sin volverse:

—No digas tonterías, claro que no voy a ponerme tu ropa. Voy a ponerme la mía. Acabo de ducharme, no quiero ponerme ropa sucia.

—¿Tienes ropa aquí? —preguntó él, incrédulo.

—Sí. ¡Por el amor a la bondad! ¿No te *diste cuenta* de que había cosas aquí que no eran tuyas?

Al encontrar lo que necesitaba, Mia reunió las prendas en sus brazos y las llevó hasta la cama, donde las dejó.

—Tengo artículos de aseo y maquillaje aquí, ¿por qué no iba a tener ropa?

—¿Artículos de aseo y maquillaje?

Mia puso los ojos en blanco, dejó caer la toalla y empezó a vestirse.

—Cristo, empiezo a pensar que podrían entrar a robarte y ni te darías cuenta. Afortunadamente hay muros enormes y portones alrededor de la finca, ¿verdad? —Luego, al notar que él seguía de pie en su toalla, mirándola medio desnuda, añadió—: Oye, tú también tienes que arreglarte, ¿recuerdas? A menos que quieras recibir a Arjun en toalla.

Sonriendo, él le hizo un gesto grosero con los dedos y se giró para buscar su propia ropa, murmurando algo sobre ropa, artículos de aseo y maquillaje, para diversión de Mia.

No podía creer que no se hubiera dado cuenta. Pero ahora que lo había hecho, no parecía darle demasiada importancia, lo que era un alivio. No le sorprendía: pasaban tanto tiempo juntos que se habían vuelto increíblemente cómodos el uno con el otro. Cuando ella estaba en casa, la mayoría de las veces pasaba la noche en la cabaña y volvía temprano a la casa principal, antes de que Betty o James llegaran. A veces, dejaba que Thomas saliera primero a los jardines y comenzara a trabajar para evitar que los vieran juntos. Luego, ella regresaba tranquilamente a la casa y, si se encontraba con el mayordomo o la ama de llaves, decía que había salido a dar

un paseo por los terrenos, lo cual era perfectamente creíble, ya que lo había hecho con regularidad durante años, aunque no solía hacerlo *tan* temprano por la mañana. Aunque los fines de semana eso no importaba, porque no trabajaban.

—Muy bien —dijo, mientras se ponía las botas—, voy a correr hasta la casa por si ha estado llamando. Me arreglaré el pelo y el maquillaje allí, tengo algo de tiempo, ya que todavía no tiene la dirección de aquí, así que lo más cerca que podría haber llegado sin más información es el pueblo. Y después tendrá que ir a buscar la comida, así que definitivamente podré ponerme presentable...

—¿Mia?

Ella se detuvo en su tarea de volver a ponerse las joyas.

—¿Sí?

—Deja de titubear y vete de una vez, ¿quieres? Yo me encargo de arreglarme, meter tus cosas en una bolsa y voy detrás de ti, ¿de acuerdo? Y de verdad me da igual si es pizza o comida china, ya sabes lo que suelo pedir.

—Está bien.

Dio un paso hacia la puerta, pero se detuvo.

Thomas frunció el ceño.

—¿Y ahora qué?

—¿Dónde deberíamos comer? El comedor me parece un poco... formal. No es una maldita cena de gala. Pero la cocina es tan... —Se encogió de hombros.

—Ah, ya ves, ese es el problema de tener una casa tan grande. Demasiadas habitaciones para elegir.

Él sonrió.

Ella le lanzó una mirada de reproche.

—Gracias, Tom, qué útil. Tanto que dices que no quieres que me estrese...

Thomas cruzó la habitación y le puso las manos sobre los hombros, mirándola con seriedad.

—Lo siento, solo estaba bromeando.

Le dio un beso rápido en los labios.

—Mira, sé que este tipo te gusta y que te preocupa cómo pueda reaccionar. Pero, pensando en positivo, si va a quedarse en tu vida,

querrás que conozca a la verdadera tú, ¿no? Así que deberíamos comer donde tú te sientas más cómoda. Si no le gusta, entonces de todas formas no encajaría contigo, ¿verdad?

—No, supongo que no.

Ella sonrió.

—¡Ahí está el genio que conozco y quiero!

Se estiró para revolverle el pelo juguetonamente y salió dando un salto antes de que él pudiera vengarse.

—Te veo en la casa en un rato —le lanzó por encima del hombro mientras se apresuraba a salir de la habitación.

—¡No si te veo primero!

Capítulo Doce

A pesar de haberlo anticipado, Mia dio un violento respingo cuando sonó el timbre de la puerta principal. Con el corazón desbocado, se apresuró hacia el panel de la pared en la cocina y presionó el botón. La pantalla parpadeó y apareció el rostro sonriente de Arjun, su tono de piel algo deslucido por las brillantes luces de seguridad que en ese momento lo enfocaban.

—¡Hola, Arjun! Me alegra que hayas encontrado el camino sin problemas en la oscuridad. Abriré las puertas; solo sube por el camino de entrada y aparca frente a la casa. Estaré en la puerta para recibirte.

—De acuerdo, nos vemos en un minuto —respondió él, antes de hacer un pequeño y gracioso saludo y presionar el botón para subir la ventanilla.

Al girarse, Mia vio que Thomas hacía una mueca desde su posición en la mesa de la cocina, donde ella había decidido que cenarían. Habían dispuesto todo con manteles individuales, platos, vasos y servilletas de papel.

—¿Y ahora qué te pasa? —preguntó, alzando las cejas.

—Ugh, encima tiene acento sexy. Este tipo es tan perfecto que empiezo a preguntarme si realmente necesitas a Elias y Alex, ini hablar de mí!

—Oh, por favor, basta —replicó ella, acercándose con un leve movimiento de cabeza antes de darle un beso suave—. No tengo tiempo para masajear tu ego ahora mismo; llegará a la puerta en cualquier segundo. Si has cambiado de opinión sobre conocerlo...

—¿Bromeas? —Él le tomó la mano y se irguió en su silla—. Me muero por conocerlo. Quiero ver si le encuentro algún defecto.

Mia no pudo evitar soltar una risita.

—Si te parece tan increíble, tal vez deberías salir con él también. Eso le añadiría una dimensión interesante a las cosas.

Thomas frunció el ceño y abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera dar voz a lo que fuera que le cruzaba por la mente, sonó el timbre.

—Sé amable, ¿de acuerdo? —le advirtió Mia con la mirada antes de apresurarse a abrir la puerta.

Mientras iba hacia la entrada, se alisó el cabello y se aseguró de que su ropa estuviera en orden. Al llegar, respiró hondo y exhaló despacio antes de abrir.

—Hola, Arjun. Bienvenido. ¡Adelante!

Se hizo a un lado y Arjun cruzó el umbral, cargado con cajas de pizza y una bolsa colgando de una mano.

—Gracias.

Echó un vistazo a su alrededor antes de girarse hacia ella.

—Tienes una casa preciosa, Mia. Naturalmente, no pude ver mucho del jardín en la oscuridad, pero estoy seguro de que en unas semanas estará lleno de vida.

La sonrisa de Mia se amplió. Ese era un tema del que él y Thomas podrían hablar y, con suerte, encontrar un punto en común.

—Gracias. Y sí, totalmente. Siempre es un buen momento del año cuando empiezan a brotar los primeros retoños. Siempre me alegra ver el final del invierno —cerró la puerta—. Vamos a la cocina, ¿te parece bien?

—Por supuesto —dijo él con un encogimiento de hombros—. Tú dirás.

—Genial. ¿Te ayudo con algo?

—No, gracias.

Con eso, lo guio hasta la cocina, pensando por enésima vez desde la muerte de su padre en lo extraña que era su vida. ¿Cómo era posible que estuviera a punto de sentarse a comer pizza con dos hombres atractivos y hablar de su cada vez más complicado enredo amoroso?

Thomas se puso de pie en cuanto entraron, con una sonrisa educada en el rostro, pero con un brillo de incertidumbre en los ojos que Mia estaba segura de que solo ella podría reconocer. Esperó a que Arjun dejara su carga sobre la mesa antes de adelantarse y extenderle la mano.

—Hola, amigo, un gusto conocerte. Soy Tom.

Mia observó el intercambio con interés y no poca ansiedad, analizando su lenguaje corporal en busca de cualquier signo de

posesión o agresividad, pero no encontró ninguno.

Arjun, quien ya sabía que Thomas se uniría a la cena, aunque no el motivo, desde que Mia lo mencionó por teléfono, le devolvió la sonrisa y estrechó su mano.

—Soy Arjun. Igualmente.

Soltaron el apretón, y Arjun se giró de inmediato hacia Mia.

—Ahora sí puedo saludarte como corresponde, ya que no tengo las manos ocupadas.

Ella sonrió y aceptó encantada su abrazo y el doble beso en las mejillas, sin sentir esta vez la necesidad de apartarse bruscamente, como le había sucedido en el pub. Allí nadie los observaba... excepto Thomas, claro, pero eso era diferente. Se permitió un segundo para disfrutar del aroma de su colonia, algo profundo, masculino y delicioso. Antes había captado apenas un atisbo, pero al no ser un aroma invasivo y haber mantenido cierta distancia, solo había sido eso: un atisbo.

Con algo de reticencia, se apartó y dijo:

—Gracias por traer la cena. Será mejor que comamos antes de que se enfríe.

—Sí, definitivamente —asintió él—. La hora del almuerzo me parece que fue hace muchísimo tiempo.

Se sentaron en torno a la mesa redonda, con Mia en el centro. Thomas sirvió las bebidas, mientras ella y Arjun abrían las cajas y las acomodaban dentro del alcance de todos.

—Esto huele delicioso —comentó Mia, tomando una porción de la pizza más cercana antes de servirse un puñado de papas gajo—. Y bien, ¿cómo estuvo tu reunión, Arjun?

El estaba a mitad de un trago cuando ella preguntó, así que no respondió de inmediato. Tragó, luego sonrió y asintió.

—Creo que fue muy bien. Nunca se puede estar seguro con estas cosas... he salido de reuniones en las que tuve una gran conexión con todos y parecían entusiasmados, pero luego la respuesta fue un no. Y, por otro lado, he tenido reuniones que pensé que habían sido desastrosas y al final recibí una respuesta positiva. Así que supongo que podría ir en cualquier dirección, pero mi instinto me dice que será un sí. Es decir, como dijiste antes, Mia, para ellos es una

decisión obvia, ¿no? Becas, financiación, mentorías... ¿qué podría no gustarles?

Se volvió hacia Thomas, quien estaba ocupado devorando una porción de pizza.

—Lo siento, Tom, probablemente no tengas idea de lo que estamos hablando.

Con la boca llena, Thomas agitó la mano en un gesto que indicaba que no importaba.

Con una sonrisa afable, Arjun volvió su atención a Mia y continuó:

—Lo único que puedo hacer es esperar. Dijeron que me darían una respuesta antes de que termine la semana. Pero sería una gran oportunidad para ellos y para mí.

Mia no pudo evitar pensar que también podría ser una gran oportunidad para ella, si significaba que Arjun estaría en la zona con más frecuencia. Pero se guardó ese pensamiento para sí misma. Era demasiado pronto para pensar así. Todavía era completamente posible que él descubriera su “situación sentimental” y saliera huyendo para no volver jamás.

—Esperemos que tomen la decisión correcta, entonces —dijo.

Arjun asintió, ahora con un bocado de comida en la boca. Mia luego se volvió hacia su otro lado y comentó:

—Oye, Tom, Arjun estaba hablando de lo increíbles que se verán los jardines cuando llegue la primavera...

—¿Ah, sí? —Thomas tosió, probablemente para disimular su sorpresa—. Sí, eso espero. Se ha hecho mucho trabajo de preparación, pero todavía queda mucho por hacer, por supuesto, y es un área enorme... me mantiene increíblemente ocupado.

Con eso, los tres se sumergieron en la conversación, manteniéndose en temas seguros como los jardines, el clima, los libros y la música mientras comían y bebían.

Durante todo el tiempo, Mia sintió que estaba en una especie de limbo. Aunque se sentía cómoda en la compañía de Arjun y disfrutaba la conversación con él y Tom, no podía relajarse del todo mientras el verdadero motivo de la visita de Arjun seguía pesando sobre ellos. Sin embargo, al mirar la mesa, se dio cuenta de que

entre todos estaban acabando con la comida rápidamente, así que no pasaría mucho tiempo antes de que la conversación tomara un giro más serio. Uno en particular.

Y, efectivamente, una vez que terminaron de comer y Mia y Thomas recogieron la mesa y volvieron a sus asientos, Arjun deslizó la mirada entre ella y el jardinero. Una leve arruga apareció entre sus cejas cuando preguntó, con cautela:

—¿Está bien... hablar ahora?

El corazón de Mia se encogió, pero al mismo tiempo se sintió aliviada de que la espera hubiera terminado. Siempre había pensado que, cuando se trataba de cosas desagradables en la vida, la anticipación era a menudo peor que el propio hecho. También le impresionó la forma sutil, aunque no particularmente elocuente, en que Arjun había dicho: *"¿Así que él va a estar aquí para esta conversación, o qué?"* Ella y Thomas no habían mostrado ninguna muestra de afecto desde la llegada de Arjun, pero le sorprendería mucho que él realmente creyera que solo eran amigos o meramente empleadora y empleado. Bueno, si no lo sospechaba, lo sabría con certeza muy pronto.

—Sí —respondió ella con un asentimiento decidido—. Tom está aquí por una razón. A menos que tengas algún inconveniente.

Esperaba que no, porque si Arjun no se sentía cómodo con la presencia de Thomas, entonces todo el motivo de este incómodo encuentro carecía de sentido.

Arjun sacudió la cabeza con énfasis, los ojos abiertos con preocupación.

—No, por supuesto que no. Solo quería asegurarme de que estaba bien hablar con libertad.

—Te lo agradezco. Y lo está, así que por favor no te preocupes. Ya te habrás dado cuenta de que Tom y yo estamos... juntos.

Se estremeció al dudar en la elección de la palabra, pero simplemente no sabía cómo describir su relación, lo que parecía ser un tema recurrente últimamente.

—En fin —continuó con un tono más animado—, como te dije antes, mi situación es increíblemente complicada. Y no había manera de que te lo explicara en un lugar público, donde alguien pudiera

escucharnos. Estoy... —alcanzó la mano de Thomas— estamos todavía tratando de entenderlo y asumirlo nosotros mismos, y hay muchas variables, así que no quiero que se haga público. La gente no lo entendería.

—De acuerdo... —dijo Arjun, mirando sus manos entrelazadas y luego observando los rostros de ambos, uno por uno—. Tienes mi palabra de que lo que me digas no saldrá de aquí.

Sonrió con suavidad.

—Trabajo en tecnología emergente. Sé guardar secretos.

—Supongo que sí —respondió Mia, devolviéndole la sonrisa. Le dio un leve apretón a la mano de Thomas, aunque no estaba segura de si era para tranquilizarlo a él o a sí misma—. Ahora que tengo tu palabra y no hay oídos indiscretos, te lo contaré todo.

Respiró hondo y lo miró a los ojos.

—Arjun, tengo múltiples relaciones. Todo ha sucedido en las últimas semanas y, para ser honesta, la mitad del tiempo yo misma no me lo creo. Pero antes de seguir, quiero que sepas que cuando te dije que no era la novia de nadie, te dije la verdad. En ese momento, tenía algo casual con Tom, sin saber en qué se convertiría. Y con Elias y Alex solo éramos amigos, aunque eso cambió ese mismo fin de semana.

Exhaló un suspiro y soltó una breve risa.

—Vaya, en serio, *todo* empezó ese fin de semana: lo de Elias, lo de Alex... y además te conocí a ti. El fin de semana que cambió mi vida.

Se detuvo un momento y observó atentamente el rostro de Arjun en busca de una reacción. No estaba segura de qué esperaba, pero sin duda no había imaginado que él simplemente se encogería de hombros.

Con expresión neutra, dijo:

—Supongo que, dado que Tom está aquí sentado y no parece sorprendido por lo que me estás contando, todas tus... parejas se conocen entre sí. Por lo tanto, esto no es engaño ni nada remotamente deshonesto. Es... —frunció el ceño y miró hacia el techo, claramente concentrado en encontrar la palabra adecuada. Luego chasqueó los dedos con fuerza, haciendo que Mia y Thomas

dieran un respingo—. Poliandria. Ese es el término. Recuerdo haber leído una referencia a ello en el hinduismo antiguo, aunque no recuerdo los detalles.

Por segunda vez ese día, Mia miró a Thomas y vio que su expresión reflejaba la suya. Esta vez no estaban horrorizados; estaban asombrados. Arjun no solo parecía completamente imperturbable por lo que Mia le acababa de decir, sino que además conocía el término técnico para ello.

Mia se obligó a volver la vista hacia Arjun, preguntándose si su reacción estaba retrasada y estaba a punto de levantarse y marcharse disgustado. Si iba a hacerlo, ojalá lo hiciera de una vez, como al arrancarse una tirita para reducir el dolor.

Cuando el silencio se prolongó más de lo que era cómodo, Mia tragó saliva y preguntó:

—¿A...así que... no tienes un problema con esto?

Otro encogimiento de hombros.

—En absoluto. Soy un tipo moderno y relajado. Mientras nadie salga lastimado, digo que hay que vivir y dejar vivir. Y claramente todos obtienen algo de esto, de lo contrario, no lo estarían haciendo, ¿verdad? Aunque, lo admito, me encantaría saber cómo comenzó todo. Lo único que *no* entiendo es por qué están tan desesperados por mantenerlo en secreto. Perdóneme si soy demasiado directo, pero casi parece que sientes vergüenza.

Sus palabras hicieron que Mia se detuviera, en especial la última frase. ¿Sentía vergüenza? Las circunstancias actuales hacían que mantenerlo en secreto fuera esencial. Pero después de la boda, cuando la propiedad fuera oficialmente y sin lugar a dudas suya, ¿podría imaginarse a sí misma y a los demás haciendo pública su relación? ¿Acaso era asunto de alguien más? Suspiró y comenzó a enredar sus dedos en su cabello.

—No es vergüenza, es solo que... hay más en la historia.

Arjun arqueó las cejas.

—Soy todo oídos.

Aferrando la mano de Thomas para darse valor, le contó el resto. Él ya sabía sobre la muerte de su padre, por supuesto, pero la escuchó en silencio, asintiendo y mostrando ocasionalmente

sorpresa mientras ella describía los acontecimientos de los últimos meses y cómo la habían llevado a estar involucrada con tres hombres y comprometida con uno de ellos. Aprovechando el impulso, concluyó diciendo:

—Y por eso, cuando dijiste que llegabas tarde, te solté que no era así. Porque, al parecer, no soy una mujer de un solo hombre. Así que si estás dispuesto a unirme a este torbellino de locura que es mi vida, genial. Pero si no, lo entenderé completamente... aunque esperaría que aún pudiéramos ser amigos.

—Como dije, nosotros mismos seguimos averiguando cómo funciona todo. Thomas aún no ha conocido a Elias y a Alex, y yo no les he hablado de él. Está lejos de ser una situación establecida, pero ¿cuándo ha sido algo en la vida realmente estable? Pero, para usar tu propia frase, porque acertaste de lleno, nadie está saliendo lastimado. Y en cuanto logre reunir a Elias y a Alex en una habitación para contarles sobre Tom, y después de conocer a los padres de Elias, todo irá a toda máquina. Con las relaciones, con la boda y con la vida. Nada de más limbos, evasiones ni verdades a medias.

—Eso no es del todo cierto, ¿verdad? —dijo Arjun. Los dedos de Thomas se tensaron en los suyos, y ella los apretó en advertencia.

—Puede que todos los involucrados sepan la verdad, pero el mundo exterior va a creer que simplemente estás comprometida con Elias.

—¿Y por qué *tendrían* que saber algo más? —intervino Thomas con un tono que rozaba la ira—. No es asunto de nadie, Arjun. Personalmente, me importa una mierda quién lo sepa, pero yo no tengo familia a la que pueda perder o con la que pueda pelearme por esto, y estoy bastante seguro de que no afectaría mi trabajo. —Soltó una risa seca—. Pero para los demás es diferente. Elias y Alex tienen padres, familiares, empleadores, que podrían no aceptar la idea y complicarles la vida. Alex es médico, una figura pública. No es algo que se pueda tomar a la ligera. Por mucho que deseemos que los prejuicios y los fanáticos no existan, lo hacen.

Durante un minuto o dos, el único sonido en la habitación fue el golpeteo rápido de los dedos de Arjun contra la mesa, como si

estuviera enviando un telegrama. Para Mia, era obvio que estaba teniendo el mismo tipo de proceso interno que a ella la atormentaba todos los días. Sopesando pros y contras, lanzando hipótesis, preguntándose si al final valdría la pena...

Finalmente, dejó de golpear la mesa, levantó la mirada y la encontró con los ojos.

—Me agradas mucho, Mia —dijo con seriedad. A ella se le hundió el corazón. Estaba segura de que vendría un "*pero*"—. Y, dado todo lo que me has contado, entiendo por qué te atrae esta situación y por qué podría funcionar. Pero no estoy seguro de que haya espacio para otro hombre en tu vida... en tu corazón. Es evidente cuánto te importan, cuánta pasión sientes, y desde mi perspectiva, tener una novia que no requiera mi presencia constante es increíblemente atractivo, porque estoy muy ocupado, pero al mismo tiempo no sé si obtendría lo que necesito de una relación si la atención de mi pareja estuviera dividida. ¿Tiene sentido?

Mia asintió lentamente.

—Sí, tiene todo el sentido del mundo, y te agradezco tu sinceridad. Pero en muchos aspectos, es como cualquier relación entre dos personas: hay que empezar por algún lado, conocerse, y así sucesivamente. Si se enamoran y quieren seguir juntos, genial. Si no, terminan y siguen caminos separados. En ese sentido, no es diferente, ¿verdad? No estarías atado a nada. Si descubres que no es para ti, o que yo no soy para ti, o viceversa, se acaba. Es pesimista pensar así, pero en la vida no se gana nada sin arriesgarse. Un hombre que ha logrado lo que tú has logrado debería saberlo bien.

Él bajó la mirada a la mesa, y los dedos de Thomas volvieron a tensarse, pero esta vez Mia supo que era por anticipación, no por enojo.

Cuando Arjun alzó la cabeza de nuevo, ella supo por la expresión de su rostro que sus palabras habían tocado un punto sensible. Su pulso retumbaba tan fuerte en sus oídos que tuvo que esforzarse para escuchar lo que él decía.

—De acuerdo, Mia. Tienes razón. Y estoy dispuesto a arriesgarme, a unirme a tu torbellino de locura.

Capítulo Trece

Tres días después, Mia salía del baño después de su ducha cuando escuchó su teléfono móvil sonar. Aceleró el paso hasta su habitación y se dirigió a la mesita de noche, donde el dispositivo parpadeaba y vibraba alegremente.

Alex Cartwright llamando.

El pulso de Mia se aceleró. Habían intercambiado mensajes de texto desde que ella le agradeció por las flores, pero aún no habían acordado hablar por teléfono. Cogió el dispositivo de un tirón y respondió.

—¿Hola?

—¡Mia! Temía no poder localizarte. No estoy llamando demasiado tarde, ¿verdad?

Miró el reloj en la pared. 9:18 p. m. Soltó una risa.

—No, está bien. Puede que trabaje mañana, pero todavía no es mi hora de dormir.

—Oh. —Se oyó un leve suspiro, como si él estuviera aliviado—. Entonces perfecto. Nunca sabes a qué hora se acuesta la gente, ¿no? Algunos se levantan a las cinco de la mañana, radiantes y llenos de energía, pero para esta hora ya están completamente agotados. Otros se levantan más tarde y se acuestan más tarde.

Sonriendo, Mia se sentó en el borde de la cama y ajustó la toalla alrededor de su cuerpo. ¿Estaba divagando porque estaba nervioso de hablar con ella? No parecía propio de él, pero hasta ahora siempre habían hablado con Elias presente. O tal vez era de esas personas que se desenvolvían mejor en persona que por teléfono.

—Sí, supongo que tienes razón. Para que lo sepas, yo pertenezco al segundo grupo. Me levanto alrededor de las siete y, entre semana, suelo acostarme entre las diez y media y las once. Si intentara levantarme a las cinco, sería un zombi. La única razón por la que me despertaría tan temprano sería para tomar un avión. En fin, supongo que no me llamaste para hablar de horarios...

Ahora fue él quien soltó una risita.

—No, claro que no. Perdón. Sé que dijimos que hablaríamos pronto para ponernos al día porque ha pasado mucho tiempo, pero en realidad te llamo con una propuesta.

Mia alzó las cejas.

—¿Ah, sí? Me intriga... Cuéntame.

—Sé que es con poca anticipación y que probablemente sea algo presuntuoso, pero como he trabajado horas ridículas últimamente, me están obligando a tomarme un descanso... desde ahora mismo. Lo que significa que, por primera vez en lo que parece una eternidad, tengo el fin de semana libre. Hablé con Elias y se preguntaba si este fin de semana sería un buen momento para que vayamos a visitarte.

¿Visitarme? ¿Aquí? Pero... ¡Mierda!

Mia arrugó el borde de la toalla con los dedos mientras su mente se aceleraba y su estómago se retorció en nudos.

—Eh...

—Oye —dijo Alex con suavidad—, está bien si ya tienes planes o si es demasiado pronto. No esperamos que dejes todo de lado, solo que surgió la oportunidad y decidí aprovecharla.

Mia respiró hondo, pero eso no hizo nada por calmarle el corazón desbocado. Todo estaba ocurriendo en el orden equivocado. Elias y Alex enterándose de Thomas. Presentar a los tres. Luego, quizá, hablar con Arjun y pasar por todo el proceso otra vez. Todo se había salido de control. Pero con tantas personas, agendas y ubicaciones involucradas, siempre iba a ser impredecible y difícil de manejar. No había forma de controlarlo todo para que sucediera como ella quería.

¿Y por qué demonios debería hacerlo?

Esto eran relaciones, la vida, no una reunión ni una presentación con un horario establecido. Ella era su novia, su prometida o lo que fuera, no su jodida jefa.

Con eso en mente, Mia decidió simplemente soltar el control, dejar de intentar micromanejar todo. Era absurdo, estresante e injusto para todos, sobre todo para ellos. No se había dado cuenta de lo controladora que estaba siendo, y ahora que lo hacía, se sentía como la peor persona del mundo. No estaba bien esperar que todo

se hiciera bajo sus condiciones. Tenía que ser flexible, pensar más en los demás, priorizarlos. Tal vez era síndrome de hija única.

Fuera lo que fuera, estaba decidida a corregirlo, empezando en ese instante.

—¿Mia? —La voz cautelosa de Alex sonó por el teléfono—. ¿Sigues ahí, cariño?

—Sí —respondió suavemente, sintiendo cómo los nudos en su estómago se deshacían—. Lo siento. Acabo de tener una... epifanía, supongo. En fin, no importa eso. Me encantaría que vinieran los dos. ¿Cuándo quieren venir? ¿Van a manejar o quieren que los recoja en la estación? Lo que les venga mejor, díganme y listo.

Bien hecho, Mia. Empieza como piensas seguir.

Hubo una breve pausa antes de que Alex respondiera:

—Eh... ¿Sabes qué? No tengo idea. Básicamente le dije a Elias que te preguntaría, y hasta ahí llegamos. Ahora que sé que estás disponible, hablaré con él para hacer los arreglos. Creo que manejaremos, es más flexible y le da a Elias una excusa para sacar el coche del garaje y darle un buen recorrido por la autopista. Probablemente salgamos en cuanto termine de trabajar mañana. ¿Te parece bien? El tráfico del viernes por la noche en la M25 no será nada divertido, pero con suerte no nos tomará más de un par de horas llegar a ti.

—Sí, por supuesto. Me parece bien.

Los nudos en su estómago habían desaparecido por completo, reemplazados por un cosquilleo de emoción. Mañana vería a Elias y a Alex. ¡En menos de veinticuatro horas!

—Solo avísame cuando hayas hablado con él y sepas cómo quedamos, así sabré cuándo esperarlos. Prepararé algo de comer.

—Oh, no hace falta que te molestes, Mia. Podemos comprar algo en la autopista.

—Tonterías. ¿Por qué iban a comer esa basura de comida rápida cuando para mí no es ningún problema preparar algo? No soy Nigella Lawson, pero sé hacer una comida decente.

Entonces recordó que se suponía que tenía que *soltar* un poco el control. Tal vez *preferían* parar en una estación de servicio y comer algo allí.

—A menos que prefieran detenerse en el camino, estirar las piernas o lo que sea. Es totalmente su decisión. A mí me da igual, solo necesito saber qué hacer.

—En cuanto hable con Elias, te aviso. Bueno, te dejo entonces, Mia. Pensaba charlar un rato contigo ahora que al fin conseguimos hablar por teléfono, pero sabiendo que te veré pronto, prefiero esperar hasta entonces. Además, necesito hacer la colada para poder secarla y plancharla mañana. Tengo que estar presentable para mi chica, ¿no crees? —soltó una carcajada.

Mia rio con él, en parte porque, por alguna razón, la idea de Alex lavando, secando y planchando su propia ropa le resultaba divertida. Y extraña. Un hombre con sus recursos y tan poco tiempo libre, ¿no estaría mejor pagando a alguien para que lo hiciera por él? Aunque quizá prefería hacerlo él mismo. ¿Incluso lo disfrutaba? O tal vez *solía* encargarlo, pero quería tener cierta ropa lista para el fin de semana y la persona que se ocupaba de ello no iría a trabajar en unos días. Había tantas cosas que aún no sabía de él... pero ahora tendría la oportunidad de descubrirlas.

—Alex —dijo con tono seco—, podrías presentarte con unos vaqueros desgastados y una camiseta arrugada y me daría igual. Quiero verte a *tí*, no a tu maldita ropa.

—Queda anotado y apreciado. Y lo mismo digo. Aunque...

Hizo una pausa, y Mia no supo si era por dramatismo o porque estaba pensando en qué decir a continuación.

—Si me abres la puerta en ropa de dormir, te aseguro que no me quejaré.

Mia soltó una risa ahogada.

—Lo harías si supieras lo que suelo ponerme para dormir. Soy más de pijamas mullidos, sobre todo en esta época del año.

—Apuesto a que te ves adorable con ellos.

—Tal vez lo averigües, si tienes mucha suerte. Nos vemos mañana, Alex. Ya estoy deseando que llegue el momento.

—Yo también. Buenas noches, Mia.

—Buenas noches.

Siguió sonriendo mientras terminaba de secarse, aplicarse crema hidratante en la cara y el cuerpo, peinarse y ponerse el mencionado

pijama mullido. No le importaba que la visita fuera con tan poca antelación, estaba encantada con la idea de verlos.

Su primer impulso al colgar el teléfono había sido vestirse y correr a la cabaña de Thomas para contarle lo que pasaba, pero entonces recordó que él no estaba. Su corazón se hundió... y luego se elevó. Lo echaba de menos cuando no estaba cerca, pero en realidad, el hecho de que se hubiera ido a una feria de jardinería y no regresara hasta el sábado por la tarde era perfecto. Eso significaba que por fin podría contarle a Elias y a Alex sobre la existencia de Thomas y lo importante que era para ella sin sentir que tenía que hacer que se escondiera en su cabaña hasta que terminara, como si fuera un secreto vergonzoso.

Les hablaría también de Arjun. Y con eso, todo estaría completamente sobre la mesa. Se acabaría la preocupación por qué podía decir a quién, y podría concentrarse en avanzar. En planear una boda, por el amor a la bondad. Eso, claro, después de conocer a los padres de Elias y hacer el anuncio oficial. Y eso no tenía que ver con control, era algo que *debía* hacerse de una manera determinada para no incomodar a los padres de Elias y, en consecuencia, a él.

Después de colgar la toalla húmeda en el baño, Mia recorrió la casa asegurándose de que todas las puertas estuvieran cerradas. No se molestó con las ventanas, ya que hacía demasiado frío como para haberlas abierto. Luego, una vez acurrucada en su cama entre su montaña de almohadas y cojines y su grueso edredón de invierno, tomó el móvil.

Primero, escribió un mensaje para Thomas.

"Acabo de hablar con Alex. Él y Elias vienen este fin de semana. Les contaré todo (incluido Arjun) y luego podrás conocerlos..."

Se detuvo y frunció el ceño, dándose cuenta de que, sin querer, estaba haciéndolo otra vez: tratando de controlarlo todo. Borró las últimas cuatro palabras y escribió:

"... si te apetece conocerlos cuando vuelvas a casa, me encantaría. Espero que hayas llegado bien al hotel (avísame, por favor) y que la feria sea divertida y te dé mucha inspiración. Ya te echo muchísimo de menos. Te quiero. Mia xxx"

Pulsó enviar y luego escribió un mensaje para Elias.

"Hola. Acabo de recibir la excelente noticia. Llevo toda la semana queriendo preguntarte algo, pero se me ha ido la cabeza, tengo la memoria fatal últimamente. ¿Alex sabe que estamos comprometidos? No quería decir nada por si no se lo habías contado aún o si preferías que se lo dijéramos juntos. Avísame, por favor. Tengo muchas ganas de verte mañana. Mia xxx"

Enviado el segundo mensaje, dejó el móvil sobre el edredón, tomó el libro de la mesita de noche y se acomodó entre las almohadas con un suspiro de satisfacción.

Pensó que debía aprovechar ese momento de tranquilidad. Con tres, quizá cuatro, hombres en su vida, esos instantes serían escasos.

Aunque, en realidad, ¿vería más a Elias y a Alex de lo que lo hacía ahora, ya fuera juntos o por separado? El trabajo de Elias era más de horario fijo, así que podría verlo los fines de semana y quizá algunas noches si ella tenía que ir a Londres. Pero... ¿la gente no vería raro que no vivieran juntos? Su trabajo estaba allí, el de ella aquí. Claro, podía trabajar en remoto hasta cierto punto, pero le gustaba estar presente. ¿Se esperaría que dejara su trabajo solo porque se casaba con un hombre adinerado?

Demonios, ni siquiera había pensado en eso.

Había estado tan centrada en cumplir las estipulaciones del testamento de su padre que no se le había ocurrido qué pensarían los padres de Elias de que su hijo se casara y siguiera con su vida tal como estaba. Y ellos no sabían ni la mitad...

En cuanto a Alex... sus horarios eran imposibles de predecir. Sospechaba que las citas de última hora con él serían la norma, encajando tiempo juntos entre su trabajo en el hospital. Pero tal vez eso se estabilizaría con el tiempo, a medida que avanzara en su carrera. O quizá empeoraría, al volverse más solicitado.

Dejó escapar un gruñido de frustración y cerró el libro de golpe.

—Déjalo ir, Mia —murmuró—, solo déjalo ir. No importa lo que piensen o esperen los demás. Mientras tú y tus hombres estén felices con la forma en que funcionan las cosas, todo estará bien. Con el tiempo, todo se acomodará. Y, honestamente, mientras todos lleguen a la boda a tiempo, ¿qué importan los horarios?

Mientras llegaran todos a la boda a tiempo. No sabía de dónde había salido aquel pensamiento, pero ahora que lo había tenido, parpadeaba sin cesar en su mente. Aunque había pensado mucho en la boda, nunca había ido más allá del simple hecho de que sucediera: no había considerado el dónde, el cuándo, el cómo ni quiénes asistirían. Pero ahora que lo hacía, resultaba obvio que, al igual que Gabrielle, Phoebe y Lucia serían damas de honor, Alex y Thomas, tal vez incluso Arjun, serían padrinos, siempre y cuando aceptaran, por supuesto. Eran las elecciones evidentes. Luego estaba el asunto nada insignificante de quién sería su dama de honor. ¿Y el padrino de Elias? Apenas había mencionado a sus hermanos, lo cual ya era bastante extraño de por sí, pero si tenía un hermano, ¿sería él el padrino?

Sacudió la cabeza. Poco probable. Si Elias tenía un hermano, pero nunca hablaba de él, eso le decía que no eran particularmente cercanos. En cambio, con Alex sí lo era. Así que, seguramente, él era el candidato más lógico. Pero entonces, ¿no sería extraño que tuviera que dar un discurso sobre Elias y Mia como si fueran una pareja típica?

Otro pensamiento irrumpió en su mente sin previo aviso, haciéndole dar un vuelco al estómago.

¿Quién demonios la entregaría en el altar? Ni en sueños pediría a alguno de sus tíos o primos; ni siquiera le caían bien como para invitarlos a la boda, mucho menos para algo tan importante.

¿Sería raro pedirle a uno de sus amigos que lo hiciera? ¿Los haría sentir incómodos? A ella tampoco le entusiasmaba la idea. Pero tampoco le gustaba imaginarse caminando sola por el pasillo, incluso sabiendo que, al final del camino, estarían esperándola sus cuatro hombres... si todo salía bien, claro.

Ugh. Cuanto más lo pensaba, más le tentaba la idea de fugarse. Que les dieran a las consecuencias.

Dándose cuenta de que había vuelto a caer en el pozo de los "y si..." Ay, parecía ser una constante en su vida últimamente, sacudió la cabeza con fuerza e intentó pensar en otra cosa. En *cualquier* otra cosa. Pero su cerebro se aferró obstinadamente a la imagen de sus

hombres alineados al frente de una iglesia, todos increíblemente elegantes con sus esmóquines a juego.

Todos increíblemente *sexys*.

Mia cerró los ojos. La imagen seguía allí, pero la iglesia y la ropa habían desaparecido. Ahora estaban alineados al pie de su cama, gloriosamente desnudos y erectos. Cuatro hombres hermosos, todos tan diferentes, y cuatro deliciosos y duros miembros. Todos para ella.

Aceptando lo inevitable, Mia tanteó en la mesilla de noche y apagó la lámpara. Luego deslizó la mano derecha bajo el edredón y buscó la pretina de su pijama. Al encontrarla, se coló bajo la tela, descendió y cubrió su sexo, que ya despertaba rápidamente. Siguió bebiéndose la visión de los hombres en su mente, disfrutándolo a fondo. Al apretar su entrepierna, dejó escapar un pequeño jadeo cuando la acción envió descargas de intenso placer por su cuerpo. Una risa inesperada se le escapó, aguda y ligeramente histérica, incluso para sus propios oídos. ¿Qué demonios estaba haciendo? Tenía múltiples novios, amantes, lo que fueran, y ni uno solo estaba ahí con ella, dejándola fantasear con ellos mientras se tocaba.

Qué más daba. Tenía su imaginación; ellos estaban ahí en espíritu.

Centrando su atención en los cuatro, les ordenó que se tocaran mientras ella continuaba apretando su sexo, cada vez más húmedo. Ocho manos fuertes comenzaron a recorrer cuerpos masculinos: unos duros, otros algo más blandos; unos pálidos, otros más oscuros. Mia tragó saliva al imaginar explorarlos ella misma... a todos a la vez. ¿Llegaría a suceder? ¿Cómo funcionaría? Un miembro en su sexo, otro en su trasero, uno en su boca y otro en su mano. Ay, si lo pensaba bien, técnicamente podría manejar un quinto. Era pornográfico.

Gimió al sentir sus jugos empapar su palma, luego dobló dos dedos y los hundió en su interior, jadeando con la sensación tanto en su sexo como en sus dedos. Estaba caliente, húmeda y apretada. Su clítoris latía, y presionó la base de su palma contra él mientras bombeaba con los dedos.

Humedeciéndose los labios, se penetró con mayor rapidez, mientras en su mente los hombres envolvían sus propias erecciones con las manos y se acariciaban. La imagen era obscena, vulgar, y a Mia le encantaba: era el material perfecto para correrse. Y vaya si lo haría.

Añadió un tercer dedo a su húmedo coño y llevó la otra mano a su clítoris, estimulándolo con precisión mientras se masturbaba hacia el clímax.

Con las imágenes eróticas reproduciéndose en su mente, no tardó mucho. Los hombres se acercaron a la cama, algunos incluso trepando sobre el colchón, rodeándola y masturbándose sobre ella. Se movió con más rapidez y fuerza, sin detenerse cuando su vientre se contrajo y los escalofríos de placer la recorrieron, deteniéndose solo cuando el orgasmo la atravesó, dejándola retorcerse en la cama y jadeando en la quietud de la casa.

Las imágenes en su imaginación, por desgracia, se habían desvanecido en el instante en que el clímax la tomó por completo, pero mientras se acurrucaba bajo las sábanas en una dichosa niebla postorgásmica, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro al pensar que tenía a cuatro hombres tan jodidamente sexis que ni siquiera necesitaban estar en la habitación, diablos, ni siquiera en el *condado*, para hacerla correrse.

Con ese pensamiento profundamente satisfactorio, Mia se dejó llevar por el sueño.

Capítulo Catorce

El día había durado al menos una semana, pero por fin, Elias y Alex estaban allí. Mia acababa de abrirles la reja y, en ese preciso momento, avanzaban en coche por su entrada. Un enjambre de mariposas revoloteaba frenéticamente en su estómago, y ella se balanceaba sobre las puntas de los pies, comprendiendo de repente lo que sentía Tigger. Se apresuró a salir al vestíbulo y comprobó su reflejo en el espejo que colgaba allí. Se veía bien, lo cual no era ninguna sorpresa, ya que lo único que había hecho desde que se peinó y se maquilló había sido bajar las escaleras, poner la mesa en la cocina y empezar a preparar una comida sencilla, y respiró hondo antes de dirigirse a la puerta. Quería abrirla para verlos acercarse, saludarlos en el umbral, pero hacía demasiado frío para eso. Tendría que ser paciente, aguantar unos segundos más, hasta que llamaran.

Cuando lo hicieron, ni siquiera se molestó en fingir que no estaba esperando justo al lado de la puerta. La abrió de golpe, con una amplia sonrisa en el rostro, para encontrarse con dos hombres apuestos que llevaban expresiones muy parecidas a la suya.

—¡Hola, ustedes dos!

—Hola, Mia —corearon. Ambos vestían vaqueros y camisas. Elias debía de haber pasado por su apartamento a cambiarse antes de salir, además de chaquetas informales contra el frío invernal. Elias sostenía una botella de vino, y Alex, lo que parecía una enorme caja de chocolates.

—Entren, entren. Salgan del frío.

Lo hicieron, y ella cerró la puerta antes de girarse hacia ellos, aun sonriendo.

Elias le besó la mejilla y luego levantó la botella.

—Decidimos dividir y conquistar. Yo traje vino...

—Y yo traje chocolates —remató Alex, inclinándose para besarle la otra mejilla—. También habría traído flores, pero pensé que no te cabrían más en el escritorio, ¿eh? ¿Siguen bien?

Mia asintió, sintiendo un calor agradable al notar lo condenadamente adorables que eran los dos. Ya les diría en otro

momento lo que realmente pensaba sobre las flores.

—Sí, ahí siguen. Les he estado dando un poco de cariño todos los días. Gracias, chicos, son un encanto. Pasen a la cocina. Tengo lista una pasta, espero que les parezca bien. Como ya es tarde, no quería preparar algo que tardara demasiado en cocinarse.

Asintieron en aprobación mientras los tres se dirigían a la cocina. Mia dejó el vino y los chocolates sobre la encimera.

—Síntense —dijo por encima del hombro mientras ponía la pasta a hervir—. En cuanto termine con esto, sirvo el vino.

La voz de Alex sonó tan cerca detrás de ella que dio un respingo, golpeando con la mano el mango del cazo y haciendo que el agua casi se derramara.

—Déjame ayudarte. Ups, perdón, no quería asustarte.

Ella lo miró de reojo. Su cercanía le provocó otro chispazo de calor en la sangre. Llevaba algún tipo de fragancia especiada y lucía tan bien como olía, aunque algo cansado, sin duda por su carga de trabajo reciente.

—No hay problema. No ha sido nada. Los vasos están ahí —señaló un armario y luego un cajón—. Y el sacacorchos, ahí.

Después volvió a concentrarse en su tarea.

—¿Cómo han estado? Siento que ha pasado una eternidad desde la última vez que los vi.

—Dímelo a mí —gimió él—. El trabajo ha sido una *locura*. Los hospitales siempre están más llenos en esta época por la gripe, pero eso no afecta al quirófano. A menos que haya circunstancias excepcionales, claro. Si te sirve de consuelo, no he visto a *nadie* con quien no trabaje, ni siquiera a él —por el rabillo del ojo, vio que señalaba con el pulgar hacia donde Elias observaba la cocina de estilo rústico—. Mi madre se va a enfadar si se entera de que tuve unos días libres y no fui *directo* a casa. Iré el lunes —añadió—, así que con suerte no se enterará.

Mia volcó el frasco de salsa carbonara en otra cacerola y lo puso en el fuego, luego se giró para ver cómo Alex abría el vino con destreza y servía tres copas. Tomó la que él le tendía.

—Gracias.

Desvió la mirada hacia el otro lado de la habitación.

—Y gracias a ti, Elias, por traerlo.

Él sonrió y cruzó la cocina para recoger su copa de manos de Alex.

—De nada, cariño. Es lo mínimo que podía hacer, ya que nos recibes.

Su sonrisa se apagó un poco cuando su mirada se posó en la mano izquierda de Mia, que sujetaba la copa, y notó la ausencia del anillo. Ella le dirigió una mirada significativa y se dio una palmada en el bolsillo derecho del pantalón vaquero, lo que hizo que él asintiera casi imperceptiblemente.

—Mmm —dijo ella tras dar un sorbo—. Buena elección, está delicioso. Será un placer disfrutarlo con la cena. Alex, ¿puedes ponerlo en la mesa por mí? Tengo que estar lista para remover la salsa cuando empiece a calentarse, si no se pegará.

Dejó la copa sobre la encimera.

—Por supuesto.

Él hizo lo que le pidió y luego preguntó:

—Mia, ¿dónde está el baño más cercano?

Se lo indicó. Tan pronto como Alex salió de la cocina, Mia miró a Elias, que seguía a unos pasos de distancia.

—No te preocupes —dijo en voz baja, por si Alex aún podía oír—. Está a salvo en mi bolsillo, listo para volver a su sitio en cuanto se lo digamos.

Se guardó para sí el detalle de que lo había tenido en la caja fuerte toda la semana y solo lo había sacado media hora antes. No había necesidad de disgustarlo o provocarlo, sobre todo ahora que había logrado calmar a Betty al prometerle que le presentaría a Elias lo antes posible. Necesitaba que él estuviera de su lado para recuperar a su ama de llaves. La mujer mayor no había vuelto a mencionar la escena con Thomas, por lo que Mia no estaba segura de si le había creído, si sospechaba que había más de lo que Mia había contado o si simplemente había decidido dejarlo estar. Pero, a menos que Betty sacara el tema otra vez, ella no pensaba hacerlo.

—Bien —respondió Elias, tomándole la mano izquierda. Pasó el pulgar con suavidad sobre la piel desnuda de su dedo anular,

dejando un rastro de cosquilleo—. Se ve tan bien ahí. Hermoso, como tú.

Se inclinó y le dio un beso fugaz, pero enseguida volvió a buscar sus labios con un gemido, como si no pudiera resistirse a ella. Y si Mia era honesta consigo misma, tampoco podía resistirse a él. Con la pasta temporalmente olvidada, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con hambre, presionando su cuerpo contra el suyo.

Apenas registró el sonido de unos pasos acercándose.

—Ey, ey —dijo la voz de Alex—, ibúsquense una habitación, ustedes dos!

Rio cuando se separaron, luego fue hasta la mesa, donde había dejado su copa junto a la de Mia. Dio un sorbo y la dejó otra vez sobre la mesa. Elias le hizo una peineta, y Mia simplemente sonrió y se giró hacia el fuego, donde vio que la pasta estaba lo bastante hecha como para empezar a calentar la carbonara. Encendió el segundo quemador, tomó una cuchara de madera y empezó a remover la cremosa salsa.

—Oye —le dijo a Elias—, ¿tú también necesitas ir al baño? Esto estará listo en unos minutos, así que si quieres ir, ve ahora.

Con una falsa reverencia y una sonrisa pícara, Elias salió de la habitación. Sus pasos resonaron en el pasillo hasta que se desvanecieron.

—Alex —llamó ella, mirando por encima del hombro—, ¿podrías pasarme el colador, por favor? Está colgado ahí.

Él obedeció en silencio, luego se inclinó y olfateó.

—Mmm... huele delicioso.

La miró a los ojos.

—La comida también huele bien.

Mia cambió la cuchara de madera a la mano izquierda y con la derecha le lanzó un manotazo.

—Muy gracioso.

—Eso creo yo. Dicen que el sentido del humor es una gran estrategia para llevarse a las mujeres a la cama.

Arquearon una ceja y le replicó:

—¿Sueles tener problemas en ese sentido, entonces? Ya sabes, con lo feo, aburrido y poco inteligente que eres.

—Touché. Y, solo para que quede claro, ya no estoy buscando llevar *mujeres* a la cama. Solo a *una*.

—¿Ah, sí? —dijo con fingida indiferencia, reprimiendo una sonrisa mientras cambiaba la cuchara de mano y seguía removiendo la salsa—. ¿Y quién podría ser? ¿Alguien que conozca?

Alex soltó una carcajada y golpeó la encimera con la mano, haciendo que el colador vibrara.

—Ay, Mia, casi había olvidado lo graciosa que eres.

Volteó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Es que el sentido del humor también se supone que es un buen método para llevarse a los hombres a la cama.

—¡Pues claramente te funciona, porque nos tienes a los dos!

Sí, eso es lo que tú crees... Se rio, pero hasta a ella misma le sonó forzado, y esperaba que Alex no lo hubiera notado. Una mirada a la cocina le confirmó que la cena estaba a punto de estar lista, lo que le dio la excusa perfecta para cambiar de tema.

—Con permiso, Alex. Esto ya casi está—dijo—. Solo necesito traer los platos.

Los había dejado en la parte trasera de la cocina para que absorbieran el calor residual, así que en cuanto Alex se apartó, los tomó uno por uno y los llevó hasta la encimera, listos para servir. Miró a Alex.

—Ve a sentarte, cariño.

Cuando él dudó, le dedicó una sonrisa cálida y agitó una mano hacia la mesa.

—Puedo manejarlo. Pero gracias por ser tan atento. Vamos, son mis invitados. Ah, y aquí está Elias.

Al ver entrar al otro hombre en la habitación, le sonrió también.

—La cena ya casi está, Elias, así que por favor, siéntate.

—¿Necesitas...?

—Ya le pregunté si necesitaba ayuda, amigo, y está empeñada en que somos sus invitados y tenemos que sentarnos —intervino Alex mientras se acomodaba en su silla.

—Ah, sí —dijo Elias, acercándose a la mesa y tomando asiento junto a su amigo—. Recuerda que a veces se pone mandona.

Ambos hombres rieron, pero Mia sacudió la cabeza y los ignoró, concentrándose en servir la comida. Cuando vertió la salsa sobre los montones de pasta, su estómago rugió, haciéndola sonreír. *Olía* delicioso y, como solía cenar mucho antes, ya tenía bastante hambre.

Y después, se recordó a sí misma, tocaba *hablar*. Ugh... otra conversación seria. Estaba harta de ellas, sobre todo esta semana. Pero, supuso, con cada una que tachaba de su lista mental de pendientes, se acercaba un poco más al momento en que ya no tendría que tenerlas. Al menos en su vida personal. Las conversaciones serias y las decisiones sensatas siempre serían parte de su trabajo, uno de los pocos inconvenientes de ser la jefa.

Llevó los platos de los hombres a la mesa y los colocó ante ellos, recibiendo murmullos de agradecimiento. Luego regresó por el suyo. Una vez sentada, les sonrió a ambos por turno y tomó los cubiertos.

—No hace falta ceremonias, caballeros. ¡A comer! Solo espero que sepa tan bien como huele.

—Estoy seguro de que sí, Mia —dijo Elias, tomando su cuchillo y tenedor—. Ya lo estoy disfrutando.

—Mmm —murmuró Alex con la boca llena, llamando la atención de Mia. Tragó y le dedicó una gran sonrisa—. No tienes de qué preocuparte, cariño, está buenísimo. Es la primera comida casera de verdad que tengo en mucho tiempo, y no se me ocurre mejor manera de romper esa mala racha.

Mia rio.

—¿Comida casera? ¿De verdad? La pasta es de paquete y la salsa de bote. Lo único que hice fue calentarlo y mezclarlo en un plato.

Alex se encogió de hombros y pinchó otro bocado de pasta con el tenedor antes de recoger un poco de salsa.

—Quizá, pero sigue siendo mil veces mejor que un maldito sándwich, una ensalada envasada o la bazofia producida en masa que sirven en la cafetería del hospital.

—Me parece justo. Espero que lo disfrutes —respondió ella, luego tomó su copa de vino y bebió un sorbo antes de empezar con su propia comida.

No pudo evitar sentir lástima por Alex. Hasta ahora, siempre había imaginado que los profesionales de la medicina, al menos a su nivel, llevaban vidas ocupadas pero bastante glamorosas. Salvaban pacientes, recibían agradecimientos constantes, ganaban bien y, por lo tanto, tenían casas enormes y coches llamativos. Pero aunque no sabía cómo era la casa de Alex, sí *sabía* que nunca se había molestado en comprarse un coche y ahora también sabía que su dieta consistía mayormente en sándwiches insípidos, ensaladas y comida de cafetería. Aquello había destrozado por completo la imagen que se había hecho en su cabeza. Claramente, había visto demasiados dramas médicos en su vida.

Y ahora estaba devanándose los sesos para encontrar la forma de asegurarse de que Alex comiera mejor, si no siempre, al menos un par de veces por semana. Pero al moverse en la silla, un bulto duro que se le clavó en la cadera derecha le recordó que tenía asuntos más urgentes de los que ocuparse.

Por segunda vez en cuestión de días, cenó en su mesa de cocina con dos hombres, charlando sobre temas ligeros y, en ocasiones, triviales, hasta que los platos quedaron vacíos y ambos comentaban lo deliciosa que había estado la comida y lo llenos que se sentían. La diferencia, esta vez, fue que Mia recogió sola, insistiendo en que ellos se quedaran sentados, ya que eran sus invitados. Mientras enjuagaba los platos y los metía en el lavavajillas, apenas consciente de la conversación de fondo, se preguntó si algún día encajarían en su vida aquí de la misma forma en que Thomas lo hacía. Con él todo parecía fluir con naturalidad en situaciones como esta: mientras ella hacía una cosa, él se ocupaba de otra. Pero, supuso, *pasaban* mucho más tiempo juntos que con Elías o Alex; era normal que hubieran encontrado un ritmo propio. Solo tenía que aceptar que su relación con Thomas estaba en un punto completamente diferente. Del mismo modo que la suya con Elías iba más avanzada que la que tenía con Alex.

Lo único que podía hacer era dejarse llevar. A estas alturas, apenas sabía qué iba a pasar la próxima semana, mucho menos cómo sería su vida con ellos dentro de un año. Solo esperaba que, entre todos, encontraran una solución que funcionara.

Al terminar de recoger, trató de llamar la atención de Elias desde una posición en la que Alex no pudiera verla. Él alzó la mirada y ella se dio un leve golpecito en el bolsillo mientras vocalizaba sin sonido: “¿Listo?”

Él asintió una vez.

Con eso, Mia sacó rápidamente el anillo y se lo deslizó de nuevo en el dedo. Sonrió al mirarlo y pensar, una vez más, en lo hermoso que era. Con un poco de suerte, se quedaría justo donde estaba de manera permanente, acompañado por una alianza dentro de unos meses. Después de todo, ya no había ninguna razón para ocultar su compromiso.

Tomó la botella de vino y regresó a la mesa.

—¿Un poco más de vino para cada uno?

Ambos aceptaron, y ella repartió lo poco que quedaba en la botella entre sus copas lo mejor que pudo antes de volver a sentarse. Mantuvo deliberadamente su mano izquierda bajo la mesa por el momento. Justo estaba pensando en cómo abordar el tema o si sería mejor ir al salón, con sus sofás y sillones más cómodos, cuando Elias se le adelantó.

—Oye, Al. Mia y yo tenemos algo que contarte.

Después de la cena, Alex se había dejado caer en su silla con desgana, pero ahora se enderezó y alzó las cejas, con los ojos llenos de curiosidad.

—¿Ah, sí? —miró de uno a otro—. Suéltalo ya, no me tengas en vilo.

Mia no tenía intención de hacerlo. Sacó la mano de debajo de la mesa y la apoyó frente a Alex.

—Estamos comprometidos... oficialmente.

Él tomó su mano con delicadeza y la levantó un poco para examinar el anillo. Luego la miró a los ojos.

—¡Enhorabuena! Es una noticia *increíble*. ¿Cuándo sucedió? ¿Cómo? ¿Dónde? ¡Maldita sea, estoy completamente fuera de onda! ¡Tenemos que hacer una fiesta!

Se puso de pie de un salto, luego ayudó a Mia a levantarse y la envolvió en un fuerte abrazo. Después se acercó a Elias e hizo lo mismo con él.

Cuando volvió a sentarse, con los ojos brillantes de felicidad genuina, el corazón de Mia se llenó de cariño por aquel hombre encantador y maravilloso, que estaba tan feliz de que su mejor amigo se casara con la mujer que compartían.

—Vamos, entonces —dijo, expectante—, cuéntenme cómo pasó.

Elias y Mia intercambiaron una mirada, preguntándose en silencio quién debía ponerlo al tanto, y Mia cedió con un leve movimiento de cabeza, pensando que, después de todo el esfuerzo que Elias había hecho esa noche, bien merecía presumir un poco.

Tras tomar un sorbo de vino, Elias relató la historia, malentendidos incluidos, para sorpresa de Mia, y terminó diciendo con énfasis:

—Y antes de que empieces a destripar mi brillante plan romántico, ¿necesito recordarte que ella dijo que sí?

Para asombro aún mayor de Mia, Alex negó con la cabeza.

—No, no tengo ninguna crítica, amigo. Suena tan perfecto que, en una forma completamente absurda, me alegra que haya habido una emergencia en el trabajo que les permitiera pasar ese tiempo juntos y hacerlo oficial. Así que... —dio una palmada, los ojos brillantes, aunque esta vez de emoción—, ¿cuándo es la fiesta? Y, lo más importante, ¿cuándo es la boda?

—Eh, eh —intervino Elias—. No tan rápido, amigo. Puede que ya lo hayamos hecho oficial entre nosotros, pero primero tenemos que ver a mis padres y luego hacer el anuncio en el periódico. Después podremos empezar a pensar en fiestas y fechas de boda, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —interrumpió Mia, ansiosa por borrar la decepción del rostro de Alex—, eso no es *del todo* cierto. Podemos *pensar* en fiestas y fechas de boda, solo que aún no podemos reservar nada. Ni decírselo a nadie más. Hablando de eso... —se giró hacia Elias—, ¿ya tienes idea de cuándo podremos ver a tus padres?

—Siempre que estés libre, no el próximo fin de semana, sino el siguiente. ¿Es el primer fin de semana de febrero, no? La verdad... —puso los ojos en blanco—, su vida social es mil veces mejor que la mía. Uno pensaría que tendrían más ganas de verme, ¿no? Pero casi

sentí que estaba pidiendo una cita con mis propios padres, y apenas lograron hacerme un hueco.

—Normalmente no te molesta —comentó Alex con una sonrisa burlona.

—Cierto. Pero esta vez estoy tratando de hacer lo correcto, y no me lo están poniendo fácil.

—Uf, los padres, ¿eh? —dijo Alex, pero enseguida hizo una mueca y le lanzó a Mia una mirada de disculpa. Le tomó las manos y las apretó con sinceridad—. Mierda, Mia, lo siento mucho. Ha sido increíblemente insensible de mi parte decir eso. Ay, ojalá pudiera retractarme. De verdad, lo lamento, cariño. ¿Puedes perdonarme?

Ella negó con la cabeza en un gesto despreocupado.

—Alex, está bien. No tienes que medir tus palabras conmigo ni andar con pies de plomo. En serio. Es un hecho que ustedes tienen padres y yo no. No es culpa de nadie. Simplemente... es lo que es.

Sintiéndose cada vez más incómoda bajo la mirada compasiva de Alex, decidió que era un buen momento para cambiar de tema. Se soltó suavemente de su agarre y bebió un poco de vino para darse valor. Todavía podía salir todo terriblemente mal.

—Ya que estamos en el ánimo de compartir noticias, hay algo más que tienen que saber...

Capítulo Quince

—¿Así que realmente no tienen ningún problema con esto? —preguntó Mia a Elias y Alex, sintiendo cómo la tensión y la preocupación se disipaban con cada segundo que pasaba.

Alex sacudía la cabeza, y Elias arrugó la nariz.

—Mia —dijo este último, con un matiz de incredulidad en la voz—, fuimos nosotros quienes te dimos la idea, quienes te hicimos darte cuenta de que esto era siquiera una posibilidad. ¿Cómo podríamos quejarnos si luego decides agregar más hombres a tu harén? Sería, como mínimo, hipócrita.

Alex asintió.

—Bueno, yo ya estaba con Tom antes de que ustedes... me propusieran esto, así que, técnicamente, los agregué a *ustedes dos* a mi harén, ya que Tom fue el primer miembro, aunque en ese momento no lo sabía. Realmente no creí que le interesaría. Es un tipo más tradicional... o eso creía.

—Parece que este Tom está lleno de sorpresas —dijo Alex, esbozando una sonrisa—. ¡Me muero por conocerlo!

—Hmm —murmuró Elias con tono sombrío, frunciendo el ceño.

El corazón de Mia se encogió.

—¿Qué sucede, Elias? ¿Qué ocurre?

Ay, ¿y si ahora cambiaba de opinión? Si lo hacía, era el momento perfecto. Solo tendría que devolverle el anillo y que se marchara, y la mayoría del mundo no se enteraría de nada. La mera idea le revolvió el estómago, y no porque significara que tendría que buscar a otra persona con quien casarse. Porque no *quería* que Elias se marchara. Nunca.

Elias la miró a los ojos y su expresión se suavizó.

—Oh, Mia, no pongas esa cara de preocupación. Es solo que... —suspiró, apoyando las manos sobre la mesa y de repente fascinándose con ellas—. Lo envidio, eso es todo. Lo envidio, le estoy eternamente agradecido y tengo muchas ganas de conocerlo. De descubrir qué tiene él para que estés tan entregada.

Levantó la mirada y soltó una risita seca.

—Se podría decir que tengo sentimientos encontrados con respecto al sujeto.

Mia frunció el ceño.

—Eh... de acuerdo. Explícate, porque no entiendo.

—¿No es obvio? —Su hermoso rostro se contrajo en una mezcla entre sonrisa y mueca—. Lo envidio porque está *aquí*, contigo, todo el tiempo. O la mayor parte del tiempo, al menos. Claramente, este fin de semana es una anomalía. Puede pasar mucho tiempo contigo, y por su trabajo está... integrado, por decirlo de alguna forma, en esta tierra, en esta propiedad que tanto amas. Es el paquete completo. Representa el *hogar* para ti.

—Le estoy agradecido porque ha estado a tu lado en lo que debe de haber sido la etapa más difícil y estresante de tu vida. Me preocupaba mucho imaginarte aquí sola, lidiando con todo mientras llorabas la pérdida de tu padre. Sé que eres fuerte —agregó al ver que ella abría la boca para protestar—. Sé que eres perfectamente capaz de manejarlo todo. No es eso lo que digo. Pero, aun así, me alegra que él haya estado aquí. Parece que fue exactamente lo que necesitabas.

—Y con todo eso, creo que ya he respondido mi propia pregunta. Estás entregada a él porque estuvo ahí cuando lo necesitabas, aunque no supieras que lo necesitabas.

Hizo una pausa, fijando en ella una mirada que pareció atravesarla hasta el alma.

—Estás enamorada de él, ¿verdad? Y él de ti. No es una acusación, por cierto, ni mucho menos. Mereces amar y ser amada. Solo espero que algún día tenga el honor de recibir ese amor también.

—Ay, qué pomposo eres —soltó Alex, logrando expresar justo lo que Mia pensaba, incluso antes de que ella misma lo tuviera claro. No es que ella lo hubiera dicho con esas palabras, pero Alex era directo, sobre todo con su mejor amigo—. Ibas diciendo cosas muy sensatas hasta hace un momento, y yo estaba de acuerdo contigo, y ya sabes cuánto odio estar de acuerdo contigo. Pero tuviste que arruinarlo con esa última parte: "*tenga el honor de recibir ese amor*"... Cristo, qué condescendiente.

Elias puso cara de quien acaba de recibir un puñetazo en la cara. Parpadeó.

—¿Qué? ¿Condescendiente? No era mi intención en absoluto. Oh, joder.

Se pasó una mano por el pelo y frunció el ceño.

—Ahora veo cómo podría haberse malinterpretado. Pero prometo que no era eso lo que quería decir. Escogí mal las palabras. Literalmente quise decir que espero que algún día tú también te enamores de mí, Mia.

Volvió a mirarla a los ojos, y la sinceridad que vio en ellos hizo que su irritación se disipara.

Alex resopló.

—¿Por qué no dijiste eso desde el principio, idiota?

Sacudió la cabeza y luego tomó la mano de Mia.

—No le hagas caso. Estoy seguro de que ya sabes que tiene buenas intenciones, pero a veces dice cada tontería... de todos modos, estoy de acuerdo con la mayor parte de lo que dijo. Sé que aún es temprano, sobre todo entre tú y yo, pero realmente espero que, con el tiempo, esto se convierta en un gran festival de amor para todos. Incluyendo al ilustre señor Chaudary, si las cosas funcionan. Si es así, el condenado probablemente terminará viéndote más que yo.

Soltó un exagerado gemido y puso los ojos en blanco.

Mia sonrió, luego se inclinó sobre la mesa y le dio un beso suave en los labios.

—Encontraremos la forma de hacer que funcione —dijo en voz baja—. Sé que no siempre podremos planear el tiempo juntos con antelación, y que habrá algunos con quienes pase más tiempo que con otros, nos guste o no. Pero haré todo lo posible para que todos mis hombres sean lo más felices posible y sepan lo especiales que son para mí.

Alex chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Mia, el punto de todo esto es que trabajemos juntos para *hacerte* feliz. Para demostrarte lo especial que eres.

Ella se encogió de hombros.

—Por mucho que me guste sentirme apreciada, sabes que no soy una princesa mimada que quiere sentarse en un pedestal y ser adorada. Para mí, esto va en ambas direcciones.

—Ajá —dijo Alex, frunciendo los labios, un destello de dolor en sus ojos—. Supongo que ya me han puesto en mi sitio.

—Sí, parece que no soy el único que está eligiendo mal sus palabras esta noche, ¿verdad? —intervino Elias con una sonrisa burlona.

Mia le lanzó una mirada sucia y él levantó las manos.

—¡Lo siento! Mejor cambiemos de tema, ¿les parece? Alex, preguntaste sobre una fiesta de compromiso y la fecha de la boda.

—No —dijo Mia, recibiendo miradas confusas de ambos—. Nada de bodas. No esta noche.

Suspiró y se frotó las sienes.

—¿Saben qué? Ni siquiera quiero seguir hablando. He tenido suficiente esta semana: discutir, persuadir, confesar, debatir... he terminado.

Miró su reloj y añadió:

—Me voy a la cama.

Elias se levantó lentamente, claramente sin saber si eso era un comentario casual o una invitación. Caminó hasta donde estaban colgadas las chaquetas y sacó las llaves de su bolsillo.

—Iré a buscar nuestras maletas al coche.

Mientras él salía de la habitación, Mia lamentó el bajón de humor que había provocado sin querer.

En ese momento, se dio cuenta de cómo podía *aportar*, aunque fuera solo un poquito.

—Alex, lamento si lo que dije sonó desagradable. Tal vez los tres hemos usado las palabras equivocadas esta noche. Sí, dije lo que *quería* decir, pero si sonó indiferente, desagradecido o combativo, me disculpo. No era esa mi intención, de verdad. Jamás querría molestarte o enfadarte a propósito. Lo sabes, ¿verdad?

Él asintió con cautela.

—Lo sé. Tal vez todos estamos cansados. Yo sé que lo estoy.

Se detuvo brevemente al oír el clic de la puerta principal.

—Dormir suena como una muy buena idea en este momento. ¿Cuáles son, eh, los arreglos para dormir? ¿Habitaciones de invitados, sofás...?

Elias entró en la sala, luego se acercó y le entregó a Alex su bolso.

—Sí —dijo, frotándose la mejilla con barba incipiente con una mano libre—, yo también estoy listo para irme a la cama. Ha sido una semana agitada.

Mia miró a ambos, sintiéndose dividida. Estaban claramente agotados, y ella tampoco es que estuviera llena de energía, pero le parecía absurdo mandarlos a habitaciones de invitados cuando habían venido hasta allí precisamente para pasar tiempo juntos. Lo último que quería era acostarse sola cuando podía estar acurrucada con los dos. Pero entonces, si lo decía, ¿sonaría como si lo único que le interesaba era el sexo?

Oh, madura, Mia. Acabas de decirle a Alex exactamente lo que querías decir. ¿Por qué no puedes hacer lo mismo ahora? ¿Solo porque hay sexo de por medio? Patético. Di lo que piensas y así no habrá espacio para confusiones ni malas interpretaciones.

—No hace falta que usen las habitaciones de invitados ni los sofás. En mi cama hay espacio de sobra. Para dormir, quiero decir. Yo también estoy agotada. Y —le dedicó una sonrisa a Alex— con el beneficio añadido de que podrás ver mis pijamas esponjosos.

—De acuerdo —respondió Alex, devolviéndole la sonrisa—, con una oferta así, ¿cómo podría negarme?

Se puso de pie.

—Adelante, preciosa.

—No tengo ni la menor idea de qué están hablando ustedes dos, pero me apunto —dijo Elias, guardando las llaves en el bolsillo de su chaqueta y esperando junto a la puerta.

—Un segundo. Solo quiero asegurarme de que esta puerta está cerrada.

Se levantó de su silla y caminó hasta la puerta que daba al jardín, luego probó la manija.

—Sí, todo bien.

—Yo cerré la puerta principal al entrar —dijo Elias.

—Gracias. ¿Necesitan algo antes de subir? ¿Vasos de agua, algo de comer?

—Siempre la anfitriona atenta —comentó Alex—. Agua estaría bien.

—Para mí también, por favor —añadió Elias.

Llenó tres vasos y le entregó uno a cada uno antes de recoger el suyo.

—Bien, si no hay nada más, ¿subimos?

Apagó las luces de la cocina y caminó por el pasillo hacia las escaleras. Se sentía raro, incómodo, guiarlos hasta su habitación *solo para dormir*. Pero ¿era por eso que se sentía raro? ¿O era porque, por primera vez, estaban en su territorio? La última vez que habían estado los tres juntos había sido en un hotel. Y su segunda vez con Elias había sido en casa de él.

Al llegar al final de las escaleras y girar en dirección a su habitación, llegó a la conclusión de que probablemente era un poco de ambas cosas. Incluso de niña, había sido muy particular con su habitación y sus juguetes; cuando sus amigos iban a jugar, los regañaba si eran demasiado bruscos o descuidados con sus cosas y, cuando se iban, revisaba meticulosamente que todo estuviera en orden. Quizá con Thomas era diferente porque, como Elias había señalado con absoluta precisión, él representaba el *hogar* para ella. No es que Thomas hubiera sido nunca brusco o descuidado con sus cosas, ni tampoco lo serían Elias o Alex, pero estaba segura de que su instinto protector tenía algo que ver con ello.

De repente, sintió la ausencia de Thomas con un vacío que le caló hasta lo más profundo. Había hablado con él ese mismo día. Estaba teniendo una jornada increíblemente exitosa en la feria de jardinería y estaba más que dispuesto a conocer a Elias y Alex cuando regresara. Planeaba acostarse temprano para poder salir a la carretera a primera hora de la mañana porque, como había señalado, cuanto antes se conocieran los tres, mejor.

Diablos, ¿debería llamar a Arjun y ver si también podía venir? Que estuvieran todos juntos de una vez.

Se mordió el labio inferior para contener una risa, luego apagó la luz del pasillo de la planta baja antes de continuar por el corredor.

Se detuvo frente a la puerta de su habitación, miró a los hombres, que habían parado un par de pasos atrás, y abrió la puerta.

—Bienvenidos a mi *boudoir* —dijo con voz tonta, y enseguida se estremeció por dentro.

Mierda, ¿por qué había dicho eso? Ahora parecía que los había llevado allí con falsas pretensiones y que, después de todo, planeaba seducirlos.

Nervios, eso era. Los nervios la hacían decir tonterías.

Se apresuró a entrar en la habitación sin mirar atrás; no quería ver sus expresiones. Seguro pensaban que estaba loca. Tal vez lo estaba.

Después de dejar su vaso de agua en la mesita de noche, se dirigió a las ventanas, había dos en su habitación, en la misma pared, separadas por un par de metros, y corrió las cortinas. Pasó varios segundos acomodando la tela de la segunda ventana, intentando calmarse. No podía entender por qué le afectaba tanto; ya había compartido la cama con ambos hombres antes, tanto en un sentido sexual como en un sentido de dormir juntos, así que ¿por qué el cambio de escenario hacía alguna diferencia? ¿O quizás era porque estaban ahí y Thomas no?

Obligándose a darse la vuelta antes de que sus pensamientos siguieran volviéndose más raros, sonrió.

—¿Tienen todo lo que necesitan? El baño más cercano está justo enfrente, al otro lado del pasillo. ¿Quién quiere ir primero?

Ambos levantaron la vista desde la cama, donde estaban sacando cosas de sus respectivas bolsas de viaje y colocándolas sobre el colchón.

—Las damas primero —dijo Elias con un guiño—. Además, así puedes calentar la cama antes de que entremos.

Alex soltó una carcajada y le lanzó un par de calcetines hechos bola a su amigo. Esperaba que al menos fueran limpios.

—¿Eso significa que vas de último? A mí no me molesta una cama fría si eso significa que puedo acurrucarme con Mia por más tiempo.

Le dedicó una sonrisa traviesa.

Y, así de fácil, su nerviosismo desapareció. Entonces lo entendió: había vuelto a caer en la trampa de preocuparse y de los “y si”, olvidando la parte en la que todo esto se suponía que debía ser *divertido*. Al mirar a los dos hombres, que en ese momento estaban a punto de enfrascarse en una pelea de lanzar, con suerte, calcetines limpios, no podía creer que semejante detalle se le hubiera pasado por alto. Qué idiota.

Capítulo Dieciséis

Mia despertó en un torbellino de sensaciones. O al menos *creyó* que estaba despierta.

Detrás de ella, unos dedos cálidos habían apartado el cuello de su pijama lo justo para que unos labios suaves, rodeados de barba incipiente, sembraran besos en la piel expuesta de su cuello y su hombro. Frente a ella, una mano grande le acarició la mejilla y le apartó el cabello del rostro con suavidad. Un beso ligero se posó sobre sus labios.

—Mia. Mia, cariño. Despierta.

La voz de Elias rompió los últimos vestigios de sueño, y ella abrió los ojos.

—Ahí estás —sonrió él—. Buenos días.

—¿Mmm? Oh, buenos días —dijo ella—. Qué forma tan encantadora de despertar.

—Buenos días, Mia —susurró Alex contra su oído, enviándole un delicioso escalofrío por la espalda. Otro le siguió de inmediato cuando él acercó su cuerpo aún más al suyo y sintió su erección contra la parte trasera de su pierna.

Giró la cabeza para mirarlo por encima del hombro, pero el ángulo solo le permitió verlo de reojo.

—Alguien se ha despertado cachondo, ¿no?

Alex soltó una risa grave, su aliento cálido acariciándole la piel.

—¿Qué esperabas, si he despertado junto a ti?

—No es el único —comentó Elias.

Mia se volvió hacia él.

—Vaya, qué *giro* de los acontecimientos. ¿Qué podemos hacer al respecto?

Los ojos castaños de su prometido brillaron con picardía.

—Oh, no sé... ¿qué tal empezar el día con un poco de masturbación mutua?

Alex presionó su erección con más fuerza contra su muslo.

—Suenas como una idea excelente, amigo. ¿Qué dices, Mia?

Contoneando las caderas contra Alex, Mia deslizó la mano hasta la entrepierna de Elias. A pesar del edredón grueso, lo encontró enseguida. Su erección ardía bajo sus dedos, incluso a través de los bóxers.

—Digo que es una idea excelente.

—En ese caso —dijo Elias, moviendo las caderas con suavidad y empujando su miembro contra su mano—, hay que sacarte de este pijama.

—Sí —añadió Alex, su mano ya enganchada en la cintura de la prenda, tirando de ella—. Por más adorable que sea, cariño, está un poco en el camino.

Mia se giró sobre la espalda y levantó las caderas para facilitarle la tarea a Alex. Tan pronto como el pantalón desapareció, las manos de Elias se deslizaron por su cintura, subiendo la tela de su parte superior. Ella se dejó hacer, incorporándose lo justo para que la prenda volara fuera de su cuerpo y fuera a reunirse con su compañera en el suelo.

Los hombres se apresuraron a quitarse los calzoncillos y, al unísono, se acercaron a ella. Ella tembló de anticipación cuando el calor de su piel desnuda llegó a la suya. Hubo algunos forcejeos mientras las manos se cruzaban entre los cuerpos, pero después de un momento, Mia tenía un grueso pene en cada mano. Elias y Alex evidentemente habían decidido dividir y conquistar, ya que Alex estaba jugando con su vagina y Elias se había ido por sus pechos, sus hábiles dedos ya enviaban placer recorriendo sus venas.

Tragó saliva, luchando por mantener la concentración. Era difícil masturbar dos penes al mismo tiempo, especialmente cuando los dueños de dichos penes la estaban llevando hábilmente hacia el clímax. Y apenas se había despertado. Pero continuó valientemente, pronto encontrando un ritmo que funcionaba para ella y, más importante, para ellos también, a juzgar por el creciente grosor bajo sus dedos y los sonidos de respiración agitada de ambos lados.

—Mmm, eres tan sexy —dijo Alex, inclinándose para besar su hombro mientras introducía dos dedos profundamente dentro de ella y presionaba su pulgar contra su clítoris.

—¡Ahh! —gritó ella, apretando sus puños y desencadenando una reacción en cadena mientras ellos también gemían y redoblaban sus esfuerzos sobre ella. Un delicioso ciclo de placer comenzó, y pronto Mia estuvo al borde del orgasmo, y cerró los ojos en un intento de mantener su concentración en lo que les estaba haciendo. De alguna manera lo logró, y justo cuando cayó en una espiral descendente de éxtasis, otro grito escapó de ella y sus músculos se estremecieron alrededor de los dedos de Alex, sintió que Elias se ponía aún más rígido e hinchado en su mano, y luego lo escuchó gruñir. Un segundo después, su pene palpito en su agarre y el semen brotó sobre sus dedos y quién sabe dónde más. —Oh, Mia...

Una vez que él terminó, lo soltó y se concentró únicamente en terminar con Alex, incluso mientras ella misma caía en una neblina post orgásmica. No tardó mucho; él había quitado su mano de su entrepierna y la había puesto en su muslo, y hundió sus dedos en su carne y maldijo cuando su clímax se apoderó de él. Un chorro de su semen cayó sobre su cadera, y él gimió.

—Joder, eso es bueno. ¡Oh! —Más líquido caliente golpeó su piel, y lo bombeó un par de veces más hasta que él se relajó, luego lo soltó.

Luego se quedaron acostados en silencio, los únicos sonidos eran sus respiraciones que se calmaban. Si no hubiera sido por la pegajosidad de las sábanas y sus cuerpos, Mia sospechaba que se habrían vuelto a dormir.

El retumbar del estómago de Alex los hizo reír a todos y los sacudió para ponerse en acción.

Mia suspiró, luego estiró sus codos y empujó a ambos hombres.

—Supongo que deberíamos levantarnos. Vamos, les mostraré dónde están los otros baños.

Mia tarareó feliz mientras cocinaba un desayuno frito para tres. Después de una noche maravillosa de sueño y un interludio muy sexy antes de levantarse, se sentía genial. Ahora una comida gloriosamente poco saludable era inminente, y el regreso de Thomas estaba en el horizonte.

Hoy iba a ser un día increíble, lo sabía en el fondo de su corazón. Y el sol, que empujaba sus pálidos rayos a través de la ventana y bañaba la cocina con luz natural, parecía confirmarlo.

Echó un vistazo a la mesa, donde Elias estaba limpiando los manteles individuales y colocando los cubiertos, luego hacia la nevera, donde Alex estaba sirviendo tres vasos de jugo. Les había permitido ayudar esta mañana por dos razones. Una, porque hacer malabares con la preparación de las múltiples partes de su desayuno era un desafío y no quería quemar nada, y dos, porque se había dado cuenta de que, si alguna vez quería que ellos dos se sintieran como en casa aquí, y que ella sintiera que pertenecían, tenía que dejar de tratarlos como invitados. Parecían mucho más felices con este giro de los acontecimientos también, lo cual era una ventaja.

De repente, un fuerte estruendo casi hizo que Mia saltara de su piel: alguien estaba tratando de abrir la puerta trasera. Soltó un chillido y casi dejó caer sus pinzas en una de las sartenes calientes.

—¿Qué demonios...? ¡Tom! —Apretando las pinzas con más fuerza, se movió para quedar en ángulo con la cocina, capaz de usarla, aunque de manera incómoda, pero ver lo que estaba pasando al mismo tiempo.

Elias, que había estado más cerca de la puerta, la abrió con una expresión inquisitiva en su rostro.

—Buenos días, debes ser Tom.

Thomas entró en la cocina y cerró la puerta detrás de él.

—Lo soy. —Extendió su mano, y los dos hombres se estrecharon las manos, sonriendo. Thomas miró detenidamente a Elias, luego a Alex. Le guiñó un ojo a Mia antes de volver su atención a Elias. —Debes ser Elias, entonces, y ese es Alex. Es bueno finalmente conocerlos.

—Correcto. Pero ¿cómo...?

Él se encogió de hombros.

—Solo por lo que Mia me ha contado sobre ustedes. —Le dio una palmada en el hombro a Elias, luego caminó hacia Alex y extendió su mano. —Hola, amigo. Es bueno conocerte también. Me alegra escuchar que finalmente te tomaste un tiempo libre del trabajo.

Alex tomó la mano de Thomas y la estrechó con entusiasmo.

—Igualmente. —Soltó la mano de Thomas y señaló el jugo. — ¿Quieres un poco?

Con un gesto de asentimiento, Thomas dijo:

—Sí, por favor. Literalmente acabo de llegar, ni siquiera he entrado a la cabaña todavía. Por alguna razón, tenía prisa por venir aquí. —Sonrió y cruzó la habitación en un par de zancadas largas, luego tomó a Mia en sus brazos y la besó.

Ella protestó con un chillido, pero luego sintió una mano quitándole las pinzas y un suave empujón en su cadera. La voz de Elias dijo:

—Yo me encargo de esto. Salúdalo como se merece.

Mia permitió que Thomas la alejara de la estufa, todavía besándola, luego correspondió a su ardor con mucho del suyo, diciéndole sin palabras cuánto lo había extrañado. Envolvió sus brazos alrededor de su cintura y lo apretó un poco, luego deslizó su lengua en su boca mientras él hacía lo mismo. Incluso mientras disfrutaba de su beso que se profundizaba rápidamente, no podía evitar preguntarse por qué no se sentía cohibida de estar en medio de su cocina besándose con Thomas mientras Elias y Alex observaban. Pero, por otro lado, no sabía si estaban mirando. Y si lo hacían, ¿qué importaba? Todos aquí sabían cómo eran las cosas. Por lo que ella sabía, podrían pensar que era excitante. Y Elias la había *animado*.

Se separó de Thomas de mala gana, pero si hubieran continuado un poco más, habrían llegado más allá del punto de no retorno y el desayuno habría sido olvidado. Como era, ahora tenía que hacer que la comida para tres alcanzara para cuatro. Sonrió hacia él.

—Yo también te extrañé. ¿Qué haces de vuelta tan pronto? *No* es una queja. Estoy muy contenta de que estés en casa.

Él dejó caer un beso en la parte superior de su cabeza y la soltó, luego caminó hacia la tetera. Verificó que estuviera llena de agua antes de encenderla.

—Me desperté temprano, no podía volver a dormirme. Así que pensé, al diablo. Me duché, empaqué mis maletas y me puse en camino. Y parece que llegué justo a tiempo para el desayuno. — Sonrió brevemente, luego la sonrisa se desvaneció. —Si hay

suficiente, claro. Si no, tomaré un poco de tostadas o cereal, o volveré a la cabaña.

—Tonterías —dijo Elias, antes de que Mia pudiera responder. —Creo que Mia es un poco de alimentar a la gente, para ser honesto. Hay más que suficiente aquí para todos nosotros. Alex, ¿podrías...?

—¿Poner otro cubierto en la mesa? —respondió él mientras metía la mano en el cajón de los cubiertos y sacaba otro cuchillo y tenedor. —Ya estoy en eso. —Se movió de vuelta a la mesa.

Mia observó la escena de Elias parado frente a su estufa, luciendo perfectamente feliz y cómodo mientras volteaba salchichas y tocino, luego miró hacia donde Alex estaba reorganizando la mesa para sentar a cuatro. Parpadeó y sacudió la cabeza incrédula. ¿Cómo era que las cosas se estaban uniendo tan fácilmente, tan rápido? Thomas literalmente acababa de conocer a Elias y a Alex, y ya estaba tomando pedidos de bebidas calientes de los otros dos, mientras ellos cocinaban y se ocupaban de la mesa.

—Sabes qué —se dijo en voz baja mientras la cocina bullía de actividad a su alrededor—, creo que simplemente me sentaré. Parece que tienen esto bajo control.

Se dejó caer en una silla, de espaldas a la ventana para poder observar a los tres hombres.

Alex había terminado lo que estaba haciendo y se sentó a su lado, luego puso su mano sobre la de ella.

—¿Estás bien?

Ella asintió lentamente.

—Sí... creo que sí. Solo me pregunto si todavía estoy dormida, para ser honesta, y si todo esto es un sueño.

Frunciendo el ceño, Alex respondió:

—¿Qué te hace pensar eso?

—Ustedes tres. Llevándose tan bien, como si se conocieran de toda la vida, como si esto fuera una escena normal de la vida doméstica.

Él entrelazó sus dedos con los de ella y apretó suavemente.

—Elias y yo nos conocemos de toda la vida, así que ahí está eso. En cuanto a Tom... bueno, no sé. —Levantó y bajó un hombro. —Tal vez es porque él ya está tan establecido aquí. Tal vez él...

—¿Se siente como parte del mobiliario? —propuso el hombre en cuestión mientras llegaba a la mesa con dos tazas humeantes en las manos. Puso una frente a Mia, la otra frente a Alex. Estaba sonriendo. —Mia —dijo seriamente—, sé cómo eres. Deja de pensar de más sobre esto. Solo déjalo ser. Somos tres tipos que tenemos una cosa importante en común: tú. Tal vez no siempre nos llevemos bien, pero incluso si no es así, no es como si fuéramos a vivir el uno en el bolsillo del otro, ¿verdad?

—Eso es cierto —concedió ella. —Y tienes razón, estaba pensando de más. Como siempre. —Puso los ojos en blanco. —A veces desearía poder apagar mi cerebro por completo.

—Bueno, por mi parte, me alegra que eso sea físicamente imposible —dijo Alex—. Porque tu cerebro es, precisamente, lo que más me gusta de ti.

—¿Realmente? —preguntó Thomas—. Porque lo que más me gusta a mí es su trasero.

—Y lo que más me gusta a mí son sus pechos...—intervino Elias mientras se acercaba, sosteniendo en una mano el objeto en cuestión, lleno de tostadas, y en la otra la mantequera. Sonreía con amplitud, sus hoyuelos bien marcados—. Bien, ¿quién quiere qué? Voy sirviendo.

—Oh, váyanse al diablo, los tres —replicó Mia entre risas, sacudiendo la cabeza—. Nadie es especial con la comida, Elias. Pon un poco de todo en cada plato, por favor.

—Entendido.

Se alejó apresurado. Thomas tomó rápidamente las otras dos bebidas calientes de la encimera y las llevó a la mesa antes de sentarse.

Unos minutos después, mientras los cuatro estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina disfrutando del desayuno, Mia tuvo un pequeño atisbo de lo que podría ser su vida en adelante. Ciertamente, no siempre sería así, como bien había señalado Thomas, no estarían pegados el uno al otro todo el tiempo, pero en ese momento todo se sentía increíblemente perfecto. A pesar de sus distintos orígenes y estilos de vida, los hombres parecían llevarse bien y ya estaban comenzando a formar lazos entre bromas y risas a

su costa. Pero, como siempre, Mia no se dejaba intimidar y respondía con la misma moneda. Carcajadas, risas contenidas y sonoras exclamaciones de alegría se mezclaban con el sonido de los cubiertos y el tintineo de las tazas, llenando la cocina con tanta calidez y luz como el sol, que seguía brillando con valentía a través de la ventana.

—Bien —dijo Mia, colocando una pastilla de detergente en el lavavajillas antes de encenderlo—, ¿quién quiere un tour?

—Eh, creo que a estas alturas ya me conozco el lugar, amor —dijo Thomas con una sonrisa burlona.

Mia apoyó las manos en las caderas y le sacó la lengua.

—Pues, *duh*. ¿Y ustedes dos?

Elias y Alex asintieron.

—Sería maravilloso —respondió Elias, poniéndose de pie, seguido de Alex.

—Tom, ¿vienes? Pensaba enseñarles primero la casa y luego salir al exterior. Para esa parte te necesitaremos, si no te importa.

Thomas frunció los labios un instante antes de responder:

—¿Qué tal si nos encontramos aquí en media hora? Así me da tiempo de sacar mis cosas del coche y guardarlas.

—Me parece bien —dijo ella con una sonrisa—. Nos vemos en un rato.

Mientras Thomas salía por la puerta trasera, los otros tres dejaron la cocina y Mia los condujo escaleras arriba.

—¿Saben? —dijo de pronto, al caer en la cuenta de algo—. Esto va a sonar ridículo, pero ni siquiera sé en qué estado están algunas habitaciones. Apenas las uso. Sé que mi mayordomo revisa las obras de arte, los libros y las antigüedades, y supongo que mi ama de llaves las limpia de vez en cuando, las use o no, pero en realidad no estoy segura. Siempre estoy tan ocupada con el trabajo que ni me doy cuenta. Son tan eficientes que las cosas simplemente... suceden. Ay, eso me hace sonar como la mayor de las esnobs, ¿verdad?

—Para nada —respondió Elias desde atrás—. Serás independiente y capaz, Mia, pero no puedes hacerlo todo tú sola, sobre todo en una propiedad de este tamaño. Tener ayuda no te

hace una esnob, solo significa que te gusta asegurarte de que tu casa esté bien cuidada. Alex y yo tenemos servicio de limpieza, y nuestras casas no son ni la mitad de grandes que esta. No sé Alex, pero yo trabajo muchas horas, llego hecho polvo a casa y lo último que quiero hacer es ponerme a limpiar. Al mismo tiempo, no soporto una casa sucia, así que la solución es sencilla. Contrato a alguien que me ayude. Puedo permitírmelo, le pago un buen salario... personalmente, no le veo ningún problema.

Mia llegó al rellano y se giró para ver a los hombres subir los últimos escalones con una sonrisa.

—Nunca lo había pensado así. Y desde que papá murió, he tenido más cosas de las que ocuparme de lo normal, así que supongo que puedo estar excusada, ¿no?

—No hay nada que excusar, Mia. Pero bueno, si eso te hace sentir mejor... —respondió Elias.

Ella asintió con seriedad.

—Gracias. ¿Por dónde quieren empezar? ¿Izquierda o derecha?

Casi media hora después, regresaron a la cocina justo cuando Thomas se acercaba a la puerta trasera. Al verlos, se detuvo y esperó.

—¿Listos? —preguntó mientras salían al exterior. Alex cerró la puerta tras ellos.

—Sí —respondió Mia—. La mitad del recorrido fue como darme un tour a *mí misma*. Hace años que no entro en algunas de esas habitaciones.

Thomas sonrió.

—Tal vez no, pero seguro que te alegrarás de tener tantas habitaciones de sobra dentro de poco.

Mia frunció el ceño. ¿A qué se refería con eso?

—¿Para la boda? —añadió él, como si fuera obvio, alzando las cejas—. Podrás alojar a un buen número de invitados aquí. No es que el pueblo esté lleno de hoteles o casas de huéspedes.

El corazón de Mia dio un vuelco. No le gustaba nada la dirección que estaba tomando esa conversación.

—Pero si ni siquiera hemos hablado de la boda todavía. No sabemos dónde, ni cuándo, ni nada.

—Oh —dijo Thomas, ruborizándose—. Fue un error mío. Hice eso que nunca se debe hacer... asumir.

Lanzó una mirada a Elias, quien no mostró ninguna reacción aparente.

—Lo siento, amigo. No me hagas caso.

Dicho esto, se giró sobre sus talones y empezó a caminar por el sendero del jardín, lanzándose de inmediato a hablar sobre la distribución de los jardines, sus planes para ellos y lo que ocurría en el resto de la finca.

Mia dejó de escuchar, ya conocía casi todo esto. Lo único en lo que podía pensar era en su suposición de que la boda se celebraría en la casa. No tenía idea de por qué había llegado a esa conclusión, pero cuanto más pensaba en ello, más claro lo veía. Era evidente, en realidad. La casa, la finca, eran el núcleo de todo este matrimonio, el motivo por el que se llevaba a cabo, para asegurarse de que quedaran en sus manos y no en las codiciosas de Quinn. ¿Qué mejor manera de marcar la ocasión que celebrar la boda en la tierra misma que la había propiciado? Además, en cierto modo, significaba que sus padres estarían con ella, ya que descansaban en el cementerio de la finca. Todo encajaba a la perfección, y de repente no podía comprender cómo había contemplado siquiera la posibilidad de casarse en otro lugar.

Ay, a veces Thomas la conocía mejor de lo que ella misma se conocía.

Solo esperaba que Elias estuviera de acuerdo.

Volviendo su atención a la conversación de Thomas, se dio cuenta de que ahora les hablaba de su visión para el parterre que había estado arreglando a principios de esa semana. Elias y Alex parecían escucharlo con atención, asintiendo, sonriendo y haciendo comentarios o preguntas de vez en cuando. Mia, por su parte, permaneció en silencio y dejó que la visita guiada la envolviera.

Después de un rato, tomaron el sendero que pasaba junto al cobertizo de Thomas. Al llegar a su altura, él y Mia intercambiaron una mirada significativa, que los ojos agudos de Alex captaron de inmediato.

—Ah, ¿es así la cosa?

Elias se giró, pues había estado mirando en otra dirección y se lo había perdido.

—¿Qué? ¿Qué es así cómo qué?

Alex soltó una carcajada y le dio un codazo a Mia.

—Tendrías que haber visto cómo se miraron estos dos al pasar junto a ese cobertizo —dijo, señalando la estructura con el pulgar—. ¿Han estado divirtiéndose al aire libre, eh?

—Podemos compartir a una mujer, pero eso no significa que tengamos que compartir historias —replicó Thomas con una sonrisa enigmática—. Si Mia quiere contarlo, es cosa suya, pero yo no beso y cuento.

Mia cerró los puños, preguntándose si Alex interpretaría mal las palabras de Thomas. Hasta ahora todos se habían llevado de maravilla, pero no esperaba milagros, no con tres hombres inteligentes y de carácter fuerte.

—Buena respuesta —Elias le dio una palmada en la espalda—. Desde el momento en que Mia empezó a hablarnos de ti, supe que eras un buen hombre, pero me alegra tenerlo confirmado.

—Y además aguanta las bromas —añadió Alex, dedicándole a Thomas una sonrisa radiante—. Supongo que eso es esencial, teniendo a Mia cerca.

—Supongo que sí —replicó ella—. Así que... —volvió la vista hacia Thomas—, si ya terminamos de molestarnos, ¿adónde vamos ahora?

Los ojos de Thomas se encontraron con los suyos, de repente serios. Hizo un leve gesto con la cabeza hacia el césped y los árboles en la parte trasera de la casa y alzó una ceja, en señal de pregunta.

Mia entendió al instante a qué se refería. Lo pensó un segundo y luego asintió. Estaría bien. Era importante que lo supieran. Las comisuras de los labios de Thomas se alzaron apenas un poco, y guió al grupo hacia el césped y entre los árboles.

—Esto —dijo— es, en su mayor parte, lo que ven es lo que hay. Árboles perennes, bastante fáciles de mantener, salvo por cortar el césped, claro.

—Oye —interrumpió Alex, abriendo mucho los ojos—, ¿tienes uno de esos cortacéspedes en los que te puedes montar?

—Sí —respondió Thomas, primero frunciendo el ceño y luego sonriendo al darse cuenta de por qué lo preguntaba—. Y sí, podrás probarlo algún día.

Puso los ojos en blanco con paciencia mientras Alex alzaba el puño en señal de victoria.

—Como decía... esto no requiere mucho mantenimiento, pero también tiene algo muy especial.

Elias y Alex no dijeron nada mientras los cuatro cruzaban el césped y se acercaban al gran pino adornado con guirnaldas de luces, que ahora estaban conectadas a un dispositivo que las encendía al anochecer y las apagaba al amanecer.

—Guau —comentó Alex al notar la guirnalda de luces rodeando el árbol—. Apuesto a que se ve impresionante de noche.

—Así es —respondió Mia en voz baja—, pero eso no es ni la mitad de la historia.

—¿Ah, no? —dijo Elias, claramente esperando que alguno de los dos explicara.

Mia miró a Thomas, quien le dedicó una sonrisa de aliento. Luego tomó las manos de Elias y Alex y los guio hasta el lado del árbol que daba a la casa.

—Miren.

Tardaron un momento en darse cuenta, pero supo exactamente cuándo lo hicieron, pues sus manos se apretaron sobre las suyas casi al mismo tiempo.

—Oh, Mia —susurró Alex al cabo de unos segundos, soltando su mano para rodearle los hombros y darle un beso en el cabello—. Son...

—Son perfectos —completó Elias. Luego, con tono serio—. Mia, tenemos que casarnos aquí. No me refiero a *este* lugar exacto, pero sí en la finca. En la iglesia, en el parterre, en el maldito tejado si quieres, pero celebrar la boda aquí es la decisión evidente. Es parte de ti, tus padres están aquí en espíritu.

Levantó la mano hacia los dos ángeles plateados que colgaban del árbol, grabados con las palabras "*Mamá*" y "*Papá*".

—Y, después de todo, para esto empezó todo, ¿no? Pero para mí ahora significa mucho más que eso.

Finalmente la miró a los ojos, y Mia vio en ellos sinceridad y algo que se parecía muchísimo al amor.

Ella le apretó la mano y luego la soltó, solo para girarse y lanzarse a sus brazos.

—¡Sí! —dijo, sintiendo una oleada de felicidad tan repentina que casi parecía que iba a echar a volar—. Siempre y cuando sea lo que tú también quieres. En este matrimonio vamos a ser dos—se tapó la boca con la mano al soltar una carcajada y miró a Alex y Thomas, que parecían tan divertidos como ella—. Bueno, más o menos. Ya me entiendes.

Abrazó a Elias con fuerza.

—Lo que quiero decir es que no lo digas solo porque crees que es lo que yo quiero. Me gustaría pensar que esta será la única vez que alguno de los dos se case, así que tiene que ser especial para ambos, ¿de acuerdo? No soy una novia histérica; no quiero que todo gire en torno a mí.

Elias le devolvió el abrazo y luego la apartó suavemente para poder mirarla a los ojos.

—A estas alturas deberías saber, cariño, que no soy un hombre que tome las cosas a la ligera. No lo habría dicho si no lo sintiera de verdad. Para mí, honestamente, se siente correcto. Aunque me alegra mucho saber que no eres una novia histérica.

Se detuvo y echó un vistazo a su alrededor, observando los jardines. Luego se volvió hacia Thomas.

—Dime, amigo, ¿cuándo estarán las flores en su mejor momento?

Thomas se quedó pensativo un instante.

—Probablemente en junio o julio.

Elias miró de nuevo a Mia.

—Entonces, preciosa, ¿qué te parecería una boda en verano?

La mandíbula de Mia cayó. *¿Una boda en verano?* Y obviamente se refería a *este* verano, porque el próximo ya sería demasiado tarde...

—¿T-te refieres a dentro de unos meses?

Él esbozó una leve sonrisa.

—Por supuesto.

—Mierda —replicó ella—. Supongo que más vale que empiece a planearlo, ¿no?

Con el corazón desbocado y la mente a toda velocidad, se giró y echó a correr por el césped de regreso al sendero, lanzándoles por encima del hombro:

—¡Los dejo para que terminen el recorrido... tengo unas cuantas llamadas que hacer!

Capítulo Diecisiete

Cinco meses después

Mia miró a sus tres amigas, vestidas con sus trajes de damas de honor y deslumbrantes. Impresionantes, incluso. Había sido todo un reto encontrar colores y estilos que las favorecieran a las tres, con sus tonos de piel y cabello tan distintos, pero Lucia lo había logrado. De hecho, se había encargado de la mayoría de los arreglos de la boda, desde que Mia la llamó para pedirle su opinión y consejo sobre un vestido, y la conversación terminó con Lucia ofreciéndose a ayudar y Mia aceptando sin dudarlo. Hizo un trabajo increíble, dejando a Mia con muy pocas tareas por completar, y la mayoría de ellas eran las más confidenciales: el acuerdo prenupcial y la transferencia de bienes que se haría una vez que ella y Elias se hubieran casado.

—Chicas, están *espectaculares*. Saben que las damas de honor no deberían eclipsar a la novia, ¿verdad?

Gabrielle soltó un resoplido nada elegante.

—¿Estás *bromeando*, Mia? O sea, sí, admito que nos vemos increíbles—bajó la mirada hacia su vestido y luego observó a las otras dos—, pero todas las miradas van a estar en ti, sin duda. Ese vestido es simplemente perfecto. *Tú* eres perfecta. Ese cabello, esas joyas, ese maquillaje... —Suspiró con felicidad.

Después de muchas deliberaciones, Mia había elegido un vestido blanco de gasa sin mangas, con un escote en V y un dobladillo que apenas rozaba el suelo cuando llevaba puestos los tacones. Un vestido con una larga cola para una boda al aire libre no había parecido una buena idea en absoluto; la sola idea de las manchas de hierba, y no de las divertidas, había sido suficiente para tomar esa decisión. Su cabello rubio había sido peinado en rizos sueltos y dejado suelto, con una delgada diadema plateada con joyas. Para consternación de Lucia, los zapatos tenían un tacón muy discreto, pero después de que Mia argumentara que no quería tropezar ni hundirse en el césped, Lucia terminó cediendo de mala gana. Su maquillaje era ligero y natural, y el conjunto se completaba con unos

pequeños pendientes de diamante, sin collar, sin pulsera. El anillo de compromiso con rubí, por supuesto, seguía en su dedo, y en los meses que lo había llevado había recibido muchas miradas de admiración y elogios.

—Gracias —dijo, sonriendo con un poco de timidez y bajando la mirada a la alfombra. Se preguntó qué pensarían los chicos al verla. Naturalmente, no tenían ni idea de lo que llevaría puesto; una vez que el vestido y los zapatos estuvieron listos, quedaron guardados bajo llave en una de las habitaciones de invitados. Solo ella, Betty y James tenían llaves, y habían jurado mantener el secreto.

La ama de llaves, que también estaba vestida con gran elegancia y encantada con la oportunidad de comprarse un sombrero y un conjunto nuevo, carraspeó.

—Quedan diez minutos, querida.

Mia se volvió hacia ella y le dedicó una sonrisa afectuosa.

—¡Ay! Ya casi es la hora. Bien, chicas —se dirigió a sus amigas—, ¿les importaría bajar al salón trasero a esperarme? Necesito unos minutos más con Betty y luego... empieza el espectáculo.

Las chicas asintieron y comenzaron a salir, riéndose y dándose codazos con entusiasmo.

—Me alegra tanto que el clima esté precioso hoy, las bodas al aire libre son un riesgo. —comentó Phoebe.

Mia sonrió con diversión. Esa era Phoebe, pragmática como siempre.

—Sí, supongo —dijo Gabrielle—, pero también significa que hay muchas oportunidades para encuentros ilícitos entre los arbustos y los setos. Le he echado el ojo al padrino. ¿Sabías que es médico? ¡Puede usar su estetoscopio conmigo cuando quiera!

Mia negó con la cabeza mientras las carcajadas escandalosas de su amiga resonaban por el pasillo. Luego, sonrió para sí misma. Le daba pena tanto a Gabrielle como a Alex. A Gabrielle, porque no llegaría a ninguna parte con Alex, ya que él mismo había admitido que estaba completamente entregado a Mia. Y a Alex, porque Gabrielle podía ser un poco avasalladora. Probablemente en algún momento del día lo encontrarían *escondido* en los arbustos, tratando de escapar de ella.

Apartando esos pensamientos divertidos, volvió su atención a Betty.

—Gracias por estar aquí, Betty. Significa mucho para mí.

—*Bah*, tonterías cariño, ¿dónde más estaría? Para mí es un honor que quieras que esté aquí. Solo desearía que tus padres pudieran verte. Estás preciosa. Estarían tan orgullosos de ti... de cómo has seguido adelante tras perder a tu pobre padre, de cómo has llevado este lugar y mantenido todo en orden. ¡Y ahora casándote! —Bajó la mirada y se puso a alisar innecesariamente el dobladillo del vestido de Mia—. Hablando de eso...

Oh. Aquí vamos. Mia resistió la tentación de poner los ojos en blanco.

—En ausencia de tu madre y tu padre, siento que es mi deber preguntarte esto, cariño, así que, por favor, no te enojés. —Levantó la cabeza y la miró a los ojos, con una intensidad ardiente en los suyos—. Solo quiero asegurarme de que estás segura. Segura de que quieres seguir adelante con este matrimonio.

—Pero pensé que te *caía bien* Elias —replicó Mia, fingiendo sorpresa, aunque no sentía ninguna.

—¡Oh, sí! Me cae *muy bien*. Puede que sea un chico de ciudad, pero es increíblemente educado y cortés, te trata como mereces y, desde luego, es un placer para la vista, ¿verdad? —Soltó una risita que la hizo parecer veinte años más joven.

—Sí —respondió Mia, soltando una risita. Al parecer, la repentina alegría de Betty era contagiosa—. ¡Eso desde luego!

Tras un momento, Betty se puso seria.

—De todos modos, no se trata de lo que yo piense de él. Se trata de *ti*. Todo ha sucedido bastante rápido, ¿no? Y en un momento pensé que tú y Thomas... estoy segura de que ese muchacho sigue sintiendo algo por ti y... —Ante la mirada fulminante de Mia, cambió de rumbo—. Solo quiero asegurarme de que es lo que realmente quieres. Si me dices ahora que estás segura de seguir adelante con esto, no diré nada más.

Mia tomó las manos de la mujer mayor y la miró a los ojos.

—Estoy segura, Betty. No solo *es un placer a la vista*, sino que me hace feliz y, lo más importante, lo amo.

Betty soltó un largo suspiro y pareció relajarse. Apretó los dedos de Mia.

—Eso es todo lo que quería escuchar, y no diré nada más al respecto. Aunque... —le lanzó una mirada de advertencia—. Diré solo una última cosa y luego me callo, lo prometo.

—Adelante... —replicó Mia, con un deje de resignación en la voz.

—Es sobre ese chico, Alex. El padrino.

El estómago de Mia dio un vuelco. Frunciendo el ceño, respondió con fingida indiferencia:

—¿Ah? ¿Qué sucede con él?

Oh, ¿habría visto algo que no debía? ¡Habían sido tan cuidadosos!

—Es solo que... —Betty soltó sus manos y jugueteó con su ropa—. Si fuera tú, tendrías cuidado con él. Será muy guapo y todo un doctor, pero he visto cómo te mira. Y no es la forma en que un muchacho debería mirar a la prometida de su mejor amigo, eso es todo lo que digo. Solo ten cuidado, ¿sí?

Mia adoptó la expresión más sorprendida que pudo.

—Oh... eh, de acuerdo. Gracias, Betty.

Pensó en añadir algo como "*No tenía idea*", "*No me había dado cuenta*" o "*Seguro que te equivocas*", pero siempre había intentado no mentir cuando se trataba de su peculiar situación y no quería ensuciar el día de su boda con una mentira. Especialmente porque, una vez que todo fuera oficial entre ella y Elias y la propiedad pasara legalmente a su nombre, podría empezar a pensar en cómo contarle la verdad a Betty y James sin provocarles un infarto o un derrame cerebral. Eran demasiado cercanos a ella como para no notar que algo no cuadraba, y sabía que podía confiar en su discreción. Al fin y al cabo, era parte de su trabajo.

—Bien —dijo la ama de llaves con una gran sonrisa—. Ahora dime, ¿estás lista? ¿Emocionada?

Mia asintió. Sí, definitivamente estaba lista. Pero la segunda pregunta la hizo detenerse. ¿Estaba emocionada? Los últimos meses habían sido un torbellino y no había tenido tiempo de detenerse a pensar en cómo se sentía. Entre la planificación de la boda, aunque Lucia se encargó de la mayor parte, aún hubo muchas decisiones

que tomar, los trámites con Elias y los abogados, y su despedida de soltera, un fin de semana relajante en un lujoso spa con sus amigas, aunque tuvo que convencerlas. Gabrielle, en particular, se horrorizó al enterarse de que no irían de copas ni a coquetear con hombres, ni a ver un espectáculo de striptease. Pero eso no era lo que Mia quería, ni de lejos. ¿Para qué ver a un grupo de hombres guapos y desnudos que no podía ni quería tocar, cuando ya tenía los suyos propios y podía hacer con ellos lo que quisiera? Además, pensó que evitar el alcohol en exceso era una buena idea: ¿y si bebía demasiado y su lengua se soltaba? Podría dejar escapar algo, y no habría vuelta atrás.

También había estado pasando tiempo de calidad con cada uno de los hombres, tanto juntos como por separado. Como esperaba, dividir su atención de manera equitativa era imposible, pero desde que dejó de intentar controlarlo todo y simplemente fluyó con la situación, todo fue más fácil.

Debido a su incipiente colaboración con la universidad local, Arjun había pasado a tener más tiempo con ella, después de Thomas, por supuesto. Y eso resultó perfecto, ya que les permitió conocerse mejor y averiguar si había algo más que mera atracción física, respeto y admiración mutua entre ellos. Y, unos meses después, estaba claro que Arjun planeaba quedarse y se integraba perfectamente en su relación.

Al igual que el pequeño Harry, el cachorro de Golden retriever que Mia le había regalado a Thomas por su cumpleaños en marzo. Sonrió al pensar en aquella bola de pelo traviesa y se preguntó si se estaría portando bien con Polly, una de las nietas de James, quien había aceptado encantada la tarea de cuidarlo mientras su dueño estaba ocupado como portero. Aunque quizá no lo encontrara tan adorable si empezaba a morderle los zapatos o el vestido.

Su sonrisa se desvaneció al recordar que los últimos meses no habían sido solo momentos felices. También hubo días duros, como el cumpleaños de su padre, el primero sin él, y el Día del Padre, que había sido la semana pasada. Pero, habiendo perdido a uno de sus padres, sabía muy bien lo difícil que sería y se esforzó en centrarse en lo positivo para sobrellevarlo. Afortunadamente, tenía muchas

cosas buenas en su vida y estaba a punto de dar el paso más importante de todos: casarse con el hombre que amaba. O con uno de ellos, al menos.

Se imaginó el rostro sonriente de Elias. Esos hoyuelos. Esos ojos marrones y llenos de vida. La vida que iban a compartir, junto con los demás.

¡Oh, sí, definitivamente estaba emocionada!

Justo entonces, James apareció en la puerta y llamó discretamente al marco.

—Es casi la hora, señoritas.

Sus ojos recorrieron a Mia y, si no se equivocaba, se humedecieron un poco.

—Elias es un hombre *muy* afortunado. Estás preciosa, Mia.

Ella sonrió, sintiendo un nudo en la garganta al recordar por qué James estaba allí. Él sería quien la llevaría al altar, algo que, en cuanto se le ocurrió, le pareció la opción más obvia. Era el hombre perfecto para hacerlo.

—Gracias, James. —Se volvió hacia Betty—. ¿Estoy lista, Betty? ¿Algo más que necesites ajustar, cepillar, retocar?

No pudo evitar sonreír burlonamente.

La mujer mayor entrecerró los ojos y le dio un suave toque en el brazo.

—Nada de eso, solo me aseguro de que todo esté bien.

Mia abrazó a Betty con calidez y le susurró al oído:

—Siempre lo haces.

Le besó la mejilla y luego dijo:

—¡Vamos allá!

Betty, ahora también con los ojos brillantes, salió apresurada de la habitación, dejándola sola con James.

Él se acercó y le ofreció el brazo. Mia lo tomó.

—No tienes idea de cuánto desearía que fuera tu padre quien estuviera haciendo esto, Mia, pero no puedo expresar con palabras lo honrado que me siento de que me hayas elegido en su lugar.

Un nudo se formó en su garganta y parpadeó rápidamente.

—Oh, no me hagas llorar, James. ¡Betty y las chicas me matarán si arruino mi maquillaje!

Se inclinó y besó su mejilla.

—Gracias por aceptar. También me gustaría que fuera mi padre, pero en su ausencia, no hay nadie más a quien quisiera a mi lado. Significa todo para mí.

—Y para mí —respondió él con voz temblorosa. Miró su reloj—. Nos quedan un par de minutos, así que voy a decir algo que probablemente no te guste, pero no quiero que Edward me persiga el resto de mis días, así que siento que es mi deber.

Sonriendo, Mia dijo:

—Lo siento, pero Betty se te adelantó. Sí, estoy segura de esto. Amo a Elias y quiero casarme con él.

—Oh —fue la respuesta. El mayordomo parpadeó, sorprendido, pero se recuperó rápidamente—. En ese caso, para tomar prestadas sus palabras, *¡hagámoslo!*

No había nada más que decir. Con el pulso acelerado y un torbellino de mariposas en el estómago, salió de la habitación del brazo de James. Juntos recorrieron el pasillo, bajaron las escaleras y llegaron al salón trasero, donde la esperaban sus damas de honor. James la soltó por un momento mientras las mujeres intercambiaban abrazos y besos. Hubo un último repaso de peinados y vestidos, un retoque de maquillaje, y luego todas tomaron sus posiciones.

Era el momento.

Capítulo Dieciocho

Era un día perfecto para una boda. El cielo tenía un tono deslumbrante de azul, con apenas un par de nubes blancas y etéreas flotando a la deriva. El sol brillaba con fuerza sobre los jardines, mostrándolos en todo su esplendor. Los árboles, arbustos y el césped lucían en vibrantes tonos de verde, mientras que los parterres que bordeaban el área preparada para la ceremonia estallaban de color. Atrevidos rosas, morados, amarillos y rojos resplandecían y zumbaban de vida con la presencia de insectos. Thomas había trabajado más duro que nunca desde que se decidió celebrar la boda en la finca, y el esfuerzo había dado frutos con creces. Por insistencia de Mia, no había ni una sola flor cortada a la vista.

El montaje de la ceremonia era muy bonito, aunque sencillo. Sillas blancas con lazos morados estaban colocadas a ambos lados del pasillo. Un arco de madera blanca, también decorado con cintas moradas, se alzaba detrás del oficiante. El tema morado continuaba en los cinturones de las damas de honor y, aunque aún no podía verlos, también en las pajaritas de los mozos y el novio. A medida que se acercaban a las últimas filas de sillas, Mia vio que incluso el pequeño Harry, que en ese momento estaba sentado tranquilamente en el regazo de Polly, con la lengua fuera mientras los invitados lo adulaban, llevaba un lazo morado alrededor del cuello. Sin duda, obra de Thomas. Sonrió.

Una música suave comenzó a sonar de fondo mientras el cortejo nupcial se aproximaba al área, y todas las miradas se volvieron hacia ellos. Mia mantuvo la cabeza en alto e intentó no ruborizarse ante tanta atención ni pensar en las personas que *deberían* estar allí, pero no lo estaban. Como si leyera su mente, Ay, esperaba que no, James le apretó el brazo, y ella le dedicó una sonrisa afectuosa antes de volver a centrar su atención al frente.

Desde esa distancia podía abarcar con la mirada a los cuatro hombres sin que nadie supiera a quién o a qué estaba mirando, así que aprovechó la oportunidad. Tal como en su fantasía de meses

atrás, lucían increíblemente elegantes y atractivos con sus esmóquines a juego. Era una verdadera lástima que esa noche solo pudiera ayudar a *uno* a quitárselo. Ugh, era su boda... ¿por qué no podía tener el pastel y comérselo también?

Cuando estuvo más cerca del altar, fijó la vista en Elias y la mantuvo ahí. Se sonrieron mutuamente, y su sonrisa pareció ensancharse a medida que la distancia entre ellos se acortaba. Cuando por fin llegaron al altar, las damas de honor tomaron sus posiciones y James se retiró discretamente a su asiento. Elias la recorrió con la mirada y, en voz baja, dijo:

—Me dejas sin aliento, querida. Sabía que ibas a estar preciosa hoy, pero... ¡guau!

Echó un vistazo rápido por encima del hombro de Elias y vio la misma expresión en los rostros de Alex, Thomas y Arjun. Volviendo a mirar a su futuro esposo, dijo:

—Gracias. Ustedes también están muy elegantes.

—Antes de empezar —murmuró Elias—, Thomas tiene un mensaje para ti. Dice: "Mira el arco".

Frunciendo el ceño, se giró para obedecer. Al instante, las lágrimas brotaron en sus ojos al ver a los ángeles plateados colgados allí, uno al lado del otro, con la luz del sol reflejándose en sus brillantes superficies. Sus padres estaban allí, después de todo. Se llevó una mano a la boca por un momento, tragó con dificultad y luego miró a Thomas, que se veía ligeramente borroso debido a las lágrimas que amenazaban con caer. Suponiendo que nadie sabría lo que estaba pasando, o que asumirían que se debía al trabajo en los jardines, apartó la mano y le articuló en silencio: "Gracias".

Él inclinó la cabeza, y ella se apresuró a volver su atención a Elias.

—¿Estás listo?

—¿Es azul el cielo?

Sonrió y miró hacia arriba.

—Creo que nunca lo he visto tan azul.

—Yo tampoco. Debe de ser una señal.

Se giró hacia el oficiante y le hizo una señal para que comenzara.

La música de fondo cambió, y el oficiante dijo:

—Estamos reunidos aquí en este hermoso día de verano para ser testigos de la unión de Mia y Elias. Serán unidos en matrimonio, en amor y en vida.

El corazón de Mia latía acelerado, y no pudo resistirse a echarle un vistazo a Elias por el rabillo del ojo. Parecía radiante. Apretó los labios para contener la sonrisa y trató de concentrarse en las palabras del oficiante. Por razones obvias, habían decidido omitir la parte en la que alguien entregaba a Mia en matrimonio y pasar directamente a una lectura sencilla, seguida de sus votos, que también habían modificado para adaptarlos a su situación, eliminando la parte sobre renunciar a todos los demás. Preguntar si alguien tenía objeciones a la boda les había parecido tentar demasiado al destino, así que también lo habían descartado.

—Así que, si están listos para intercambiar sus votos... —los instó el oficiante.

Mia y Elias se volvieron el uno hacia el otro. Elias carraspeó, le dedicó una sonrisa tímida y comenzó:

—Yo, Elias, te tomo a ti, Mia, como esposa, para tenerte y cuidarte desde hoy en adelante, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarte y respetarte; desde hoy y hasta que la muerte nos separe.

Mia intervino sin necesidad de que se lo indicaran:

—Yo, Mia, te tomo a ti, Elias, como esposo, para tenerte y cuidarte desde hoy en adelante, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarte y respetarte; desde hoy y hasta que la muerte nos separe.

—Gracias —dijo el oficiante, y luego se volvió hacia Alex—. ¿Tienes los anillos?

Alex dio un paso al frente sujetándolos con fuerza, seguramente Elias lo había amenazado con su vida si los perdía, y se los entregó.

Le dieron las gracias, y Mia extendió su mano izquierda. Elias deslizó el anillo en su dedo mientras decía:

—Yo, Elias, te entrego a ti, Mia, este anillo como símbolo eterno de mi amor y compromiso contigo.

Tras una breve pausa, intercambiaron los papeles, y Mia deslizó la alianza de platino en el dedo anular de Elias mientras repetía las

mismas palabras:

—Yo, Mia, te entrego a ti, Elias, este anillo como símbolo eterno de mi amor y compromiso contigo.

Se miraron a los ojos, y ella pudo ver su propia felicidad reflejada en la mirada de él, así como la impaciencia porque el oficiante pronunciara las siguientes palabras. Finalmente, lo hizo.

—Por el poder que me ha sido conferido, los declaro marido y mujer. Pueden...

Pero ya era demasiado tarde. Elias ya había rodeado la cintura de Mia con sus brazos y la había atraído hacia él para besarla, un beso que ella correspondió con entusiasmo. Se escucharon vítores y silbidos de los invitados, y Harry dio un ladrido emocionado. Se separaron a regañadientes, riendo, y luego se abrazaron con fuerza.

—Maldición, Mia —susurró Elias junto a su oído—, lo hemos hecho. En cuanto firmemos ese certificado, todo esto será tuyo.

—¿Te refieres a ti o a la propiedad?

Se echó a reír.

—¡Ambas cosas! Vamos, terminemos con esto. Y luego... que empiece la fiesta.

—Eso me gusta.

Ella se apartó un poco y le tomó la mano.

—Vamos, entonces, esposo.

—De acuerdo, esposa, suena bien, ¿verdad? Te amo.

—Realmente sí. Y yo te amo a ti.

Se sonrieron el uno al otro, y la música cambió una vez más mientras la pareja encabezaba la procesión de salida. Hicieron una breve pausa para firmar los documentos que legalizaban su unión antes de regresar con sus invitados, que los esperaban en la carpa instalada en otro de los jardines.

Cuando entraron, entre vítores y confeti lanzado al aire, Mia no recordaba haberse sentido más feliz en su vida. Había conseguido un esposo maravilloso y asegurado su futuro, así como el de muchas otras personas, de un solo golpe. Si eso no era la manera más increíble de pasar un día, no sabía qué podría serlo. El hecho de que también lo compartieran con Alex, Thomas y Arjun, además de sus amigos y familiares, solo lo hacía cien veces mejor.

En cuanto la puerta del hermoso coche clásico se cerró tras ellos, aislándolos de los rostros sonrientes y las voces jubilosas, Mia se giró y se acurrucó contra Elias.

—Uf, un poco de paz y tranquilidad al fin.

—Mmm —murmuró él, rodeándola con un brazo y atrayéndola hacia sí—, y ahora podemos terminar el beso que nos interrumpieron tan groseramente antes.

—Oh, sí —respondió ella, alzando el rostro hacia él—, esa es una muy buena idea.

Fue vagamente consciente de más silbidos y exclamaciones de los invitados, pero entonces el coche comenzó a moverse. Los llevaba directamente a Heathrow. Le habían dicho que estaría fuera por tres semanas, y eso era todo lo que sabía. Se le hacía extraño dejar la propiedad atrás después de haber dado un paso tan grande para asegurarse de que le perteneciera, pero estaba en las capaces manos de James, Betty y Thomas, así que sabía que todo estaría bien.

El pensamiento de Thomas la hizo suspirar y separarse del beso.

Elias alzó una ceja.

—¿Ya te aburríste de mí? Caray, eso debe de ser un récord.

Ella soltó una risa y le dio un suave golpecito en la pierna, ahora vestida con vaqueros, pues se habían cambiado a ropa cómoda para viajar.

—No. No seas ridículo. Es solo que... no lo tomes a mal, pero se siente raro que seamos solo nosotros dos.

—Sé que tengo amigos influyentes, cariño, pero ni yo puedo hacer legal el matrimonio poliándrico.

—No me refería a eso y lo sabes —replicó, rodando los ojos—. Raro que solo los dos nos vayamos de viaje.

—Ah, ya veo... —Se recargó en su asiento, y Mia sintió que un nudo se formaba en su estómago al pensar que podía haberlo molestado. Al fin y al cabo, se había casado con él, no con los cuatro hombres, aunque de algún modo, el hecho de que todos hubieran estado a su lado en la ceremonia hacía que se sintiera como si lo hubiera hecho.

—¿Qué dirías si te dijera que no somos *solo* nosotros dos? ¿Y si te dijera que nos encontraremos con los demás en el aeropuerto más tarde?

Mia lo miró fijamente, sin poder creer lo que oía.

—¿Hablas en *serio*? ¿Vamos todos juntos... a donde sea que vayamos?

Rebotó en su asiento, y la inquietud en su estómago se disipó, reemplazada por una emoción feroz. Resultaba que sí podía tener su pastel y comérselo también.

Elias alzó las cejas.

—Te lo he dicho antes, mi hermosa esposa, no bromeo con estas cosas.

—¡Demonios, Elias! ¿Organizaste todo esto y lograste mantenerlo en secreto? ¡Eres el mejor esposo del *mundo*!

Le tomó el rostro entre las manos y le plantó un sonoro beso en los labios.

—Así que... —batió las pestañas—, ¿a dónde vamos?

Él negó con la cabeza.

—Sé que hice votos, Mia, pero *nunca* prometí arruinarte las sorpresas.

—Maldición... Sabía que debíamos haber agregado eso. —Hizo una pausa—. ¿Ni siquiera una pista?

—No.

—¿Una pequeñísima pista?

—Ni pensarlo.

Cruzó los brazos sobre el pecho y le lanzó una mirada severa.

—Ahora deja de preguntar o tiraré tu pasaporte por la ventana cuando tomemos la autopista.

Eso la hizo callar. Se acomodó en el suave asiento de cuero, con una sonrisa que le iba de oreja a oreja y una emoción que le llenaba cada célula del cuerpo. No importaba a dónde fueran. Ahora que sabía que todos sus hombres irían con ellos, bien podrían estar yendo de campamento a Devon y le daría igual.

Pero, en el fondo, sabía perfectamente que, fuera cual fuera el destino, sería *increíble*.